

VILLA de MADRID



VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DIRECTOR:

R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A D E L A V I L L A

DELEGACION DE EDUCACION

Precio por ejemplar: 70 pesetas

SUSCRIPCIONES:

Año 280 pesetas

Tel. 242 62 29

M A D R I D

AÑO VII

NUM. 27

LA «ALEGORIA DE LA VILLA DE MADRID», DE GOYA

Por

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

Me pregunto si serán muchos los madrileños, natos o adoptivos, que hayan tenido la curiosidad de acercarse a la Casa de la Villa, y no con propósitos administrativos o burocráticos de alguna especie, sino con los de visitantes de museo o colección. Más bien estimo que sean pocos, pero estos pocos saben bien que esa colección municipal contiene obras tan bellas como la maravillosa *Virgen y Niño*, de Pedro Berruguete, el tenso *Calvario*, de Francisco Ricci, o el dramático y gran cuadro de *Las víctimas del Dos de Mayo*, de Vicente Palmaroli. Y, sobre todo, un lienzo muy grato—al propio tiempo henchido de crónica, anécdota e historia—de Goya, que se conoce con el nombre, más bien impropio y obligado por muchas circunstancias, de *Alegoría de la Villa de Madrid*, y que será objeto de estas líneas. Líneas de poca novedad, porque quien quiera hable de esta pintura ha de recurrir a su primer monografista, no otro que el saladísimo Felipe Pérez y González (1846-1910), donoso autor de *La Gran Vía*, pero cuidadoso rebuscador de erudición histórica (1). Sus datos se han repetido cuantas veces—y no han sido pocas—el tal cuadro ha figurado en exposiciones (2). Y como no es cuestión de remitir a libro tan agotado ni a la difícil colección de catálogos de las exposiciones aludidas, y recordando la exacta sentencia de que todo está dicho, pero no hay más remedio que repetirlo para que todos se enteren, procuraremos trazar una nueva síntesis monográfica del cuadro más sensacional de la colección de nuestro Ayuntamiento.

* * *

Es pintura grande (2,60 × 1,95), sobre lienzo, clara, rica y encendida de color, dentro de la mejor gama posible en el gran artista y tan dentro de su personalidad que hasta el menos avezado a reconocer obras de Goya percibiría el nombre del autor, haciendo innecesaria la firma, que, por supuesto, no tiene. Su tema aparente, el de una bella matrona, en pie, que descansa su desnudo brazo derecho sobre un escudo de la villa de Madrid, mientras que con la mano izquierda señala una cartela ovalada y enmarcada que sostienen dos mancebos alados, que no podemos decidirnos a considerar ángeles, sino genios. Otras dos figuras mitológicas, una de ellas la de la Fama, tocando una trompeta, y la de un portador de corona de laurel revolotean alrededor del óvalo, con lo que se muestra ser éste el elemento protagonista. Desconectado de

todo ello, un perro, de simbolismo o cometido desconocidos, descansa al pie de la matrona.

Que la pintura sea hermosísima, sensación a la que nos conduce principalmente la figura de la matrona corporeizando a la villa, no significa que resulte igualmente afortunada como alegoría. Es curioso poder comprobar que Goya, hombre de desatada imaginación, se conducía con muy pequeños vuelos cuando de imaginar figuras alegóricas se trataba. No es preciso recurrir como ejemplo al cuadro que nos ocupa. Ya por 1797, al pintar un cuadro sin duda de encargo, *España, el Tiempo y la Historia* (3) no había obtenido sino un mediocre resultado, y la figura simbolizando a España era el recurso principal, como lo es en este caso, y con una modelo guapetona, como la que ahora nos importa. No, por cierto: Goya no se hallaba a su gusto con estos encargos de alegorías. Y aún se sentiría, más exactamente, a disgusto cuando recibió el enojosísimo de que se trata. Con lo que suspendemos el análisis y pasamos a la historia.

* * *

El 20 de julio de 1808 hizo su primera entrada en Madrid el rey intruso José Bonaparte, entrada que bien puede calificarse—gracias a felices hechos de las armas españolas—de provisional. Más efectiva fue su segunda entrada, la del 22 de enero de 1809, y que el ritmo de los sucesos bélicos pudo hacer creer a muchos fuera la definitiva. Así lo bosquejaban acontecimientos como la reorganización del Ayuntamiento madrileño por el intruso el 28 de agosto del mismo año, y el nombramiento de dieciséis nuevos regidores el día 30. Entre los nuevos concejales figuraba don Tadeo Bravo del Rivero, ilustre caballero limeño, abogado y teniente coronel del Ejército, residente en Madrid, ya regidor en 1808, y caracterizado por su fidelidad a la casa de Borbón, habiendo engalanado su casa de la plaza de las Descalzas en las solemnidades de la proclamación de Fernando VII. Había sido retratado por Goya, en 1806, en un magnífico retrato, hoy en la colección Harrison Williams, de Nueva York. Pues bien, a poco de tomar posesión el nuevo Ayuntamiento, acuerda, en su sesión de 23 de diciembre de 1809 «que desde luego se formase por el mejor artífice que se encontrase un retrato del medio cuerpo de nro. actual soberano y se colocase en la Sala Capitular, como han estando siempre los anteriores Sres. Reyes, y a este obje-





"Las víctimas del 2 de Mayo", de Vicente Palmaroli

to se dió comisión al Sr. D. Tadeo Bravo del Ribero, inteligente en el noble arte de la pintura, para que lo haga disponer por el profesor que fuere de su agrado...» Ya se comprendía quién iba a ser este profesor. Goya y nadie más que Goya, que maldeciría interior y exteriormente del encargo, pero que difícilmente podía eludirlo. Por lo menos, reduciría al mínimo, a un medallón, la efigie del intruso. Por lo menos se dio prisa en cumplir. Don Tadeo manifestaba al secretario del Ayuntamiento, el 27 de febrero de 1810, que el cuadro estaba concluso, aunque por ausencia del rey el pintor había tenido que inspirarse en una estampa que lo representaba de medio perfil. Por lo demás, convenía librar cuanto antes el costo de 15.000 reales a Goya, cuya situación económica no parecía nada boyante.

En fin, ya sabemos la fecha exacta de nuestro cuadro. Encargado poco después de 23 de diciembre de 1809 y terminado el 27 de febrero de 1810. Pero no duró en su traza original sino poco más de dos años; por el 10 de agosto de 1812, luego de la batalla de Salamanca, los franceses volvieron a evacuar Madrid. ¿Qué hacer con el medallón josefino del soberbio cuadro? Sencillamente, borrar el retrato y pintar encima la palabra CONSTITUCION, aludiendo a la primera que ha tenido España, la creada en Cádiz el 18 de marzo del mismo año. Por desgracia, las tropas francesas

vuelven a invadir la capital el 29 de octubre, y las autoridades se van cuidando de que todos los emblemas, retratos, etc., se refieran a José Bonaparte. Y ha de hacerse todo con la mayor rapidez. El 30 de diciembre, el Ayuntamiento acuerda oficiar a Goya para que vuelva el medallón a su primitivo estado, y tres días más tarde, el 2 de enero de 1813, el gran pintor comunica que «el quadro de la alegoría está ya como en su primitivo tiempo, con el retrato de S. M., el mismo que yo pinté quando salió de mis manos». La verdad es que Goya no ha practicado ningún trabajo, sino que lo ha encargado a un discípulo y paisano, Felipe Abas Aranda, para el que recomienda la entrega de ochenta reales de vellón. Y Goya habla de «descubrir el retrato», luego no se había borrado, sino que se cubrió con una mano de pintura y las letras de la palabra sabida. Poca cosa se puede decir del artífice del cambio: Felipe Abas Aranda, nacido en Calaceite (Teruel), el 30 de abril de 1777, autor de cuadros religiosos de escaso numen—dos de ellos en el Museo de Zaragoza—, estaba muy unido a Goya y fue perito tasador de los bienes de éste, en 1812, a la muerte de Josefa Bayeu. Falleció en Madrid en 1813, poco después de la fugaz intervención relatada.

Pero el destino se empeñaba en seguir jugando con el cuadro de Goya. De nuevo se marchan los franceses y vuelven las patriotas. Otro acuerdo municipal,



Custodia procesional de plata, fabricada en 1582 por Francisco Alvarez



"Calvario", de Francisco Ricci

esta vez, el 23 de junio de 1813, manda que desaparezca el retrato de José I y que se ponga de nuevo al medallón de la alegoría la palabra CONSTITUCION, lo que hizo el mediano pintor Dionisio Gómez, cobrando por ello la pequeña suma de sesenta reales. Poco dinero, es verdad, pero casi demasiado para lo que iba a durar el trabajo que en tal se estimaba. Vuelto a España Fernando VII y luego de cuidarse de establecer el régimen absoluto, la peligrosa palabra debía desaparecer a toda prisa. Desde luego, antes del 13 de mayo, fecha de la entrada en Madrid. El óvalo del cuadro, ya acostumbrado a cambiar de casaca, se vio recubierto por un retrato de Fernando, que se ignora a qué pintor se debiera, muy verosíblemente al propio Goya. En cualquier caso, debía tratarse de una pintura hecha con toda la prisa del mundo. Pero los regidores no se dieron cuenta del escaso parecido de ella con el monarca hasta junio de 1823, fecha en que

se encarga el pintor de cámara don Vicente López que mejore el retrato. Don Vicente se llevó el cuadro a su estudio y allí lo tuvo nada menos que hasta octubre de 1826, siendo extrañísima cosa que el Ayuntamiento no protestara de tan largo encarcelamiento de la tan beligerante pintura. Devolvióla finalmente el pintor palatino y cobró por su intervención 2.000 reales. Poco a poco, se encarecía el precio inicial de los 15.000 cobrados por Goya. De que el nuevo retrato fuera fidelísimo, no podemos tener duda. Vicente López estaba prácticamente especializado en retratar a Fernando.

Esta versión fue duradera, pero de ningún modo eterna. Llegó hasta la regencia de Espartero, o, por mejor decir, hasta el 21 de mayo de 1841, en que, a propuesta del síndico don Juan José Aróstegui, se acuerda eliminar del cuadro el retrato de Fernando y volver a mencionar la Constitución. Se llevó a cabo la primera parte de la propuesta, pero no la segunda, prefiriéndose, con excelente criterio, el rótulo mucho más neutral y aceptable por todos de DOS DE MAYO, que es el que ha subsistido. De no haber sido así, bien podemos imaginar la multitud de cambios que hubieran continuado afligiendo por más de un siglo al sufridísimo óvalo, tantos que el lienzo no hubiera podido resistirlos. Ya es suficiente que a una pintura de 1810 se le hayan hecho, en el transcurso de treinta y un años, seis repintes. Sin embargo, nada es visible al espectador, el que, sin la anterior historia, contemplando el cuadro, se avendría a creer, de buen grado, que todo él fue pintado al mismo tiempo. Y, en efecto, lo sustantivo del mismo sólo data de 1810. El desventurado óvalo guarda bien el secreto de sus metamorfosis.

Cuenta Felipe Pérez y González en su libro que el alcalde de Madrid de 1872, el marqués de Sandoval, tuvo curiosidad por saber si en el fondo del dichoso óvalo podría encontrarse algún rastro del primitivo retrato de José Bonaparte pintado por Goya. Hizo las calicatas don Vicente Palmaroli, en presencia de don Cristóbal Ferriz, y resultó, desgraciadamente, que estaba borrado. Se comprende, porque, de no haber sido así, de superponerse las sucesivas siete pinturas, el óvalo estaría hoy hinchadísimo. Y, no obstante, dado que la radiografía proporciona actualmente fundamentales servicios en estos menesteres, quizá no fuera impropio emplearla en este caso para tratar de ver qué hay en ese medallón tan insistentemente pintado y repintado. No sería la mayor injuria inferida al más bello cuadro del Ayuntamiento de Madrid.

J. A. G. N.

(1) Felipe Pérez y González, *Un cuadro... de Historia*. Madrid, 1910.

(2) Figuró en la exposición de pinturas de Goya organizada por el Ministerio de Instrucción Pública en 1900; en la del Centenario del 2 de Mayo, Madrid, 1908; en la del Festival Internacional de Granada, 1955; en la del Festival de Burdeos (De Tiépolo a Goya), 1956; en la Exposición Francisco de Goya, organizada por el Ayuntamiento de Madrid y la Dirección General de Bellas Artes, con motivo del IV Centenario de la Capitalidad, Madrid, 1961. En las fichas de los catálogos de estas exposiciones, otras referencias bibliográficas.

(3) En la colección Silberman, de Nueva York. Vid. mi libro *La pintura española fuera de España*, Madrid, 1958, lámina 256.

LA ETIMOLOGIA DE "MADRID"

POR JAIME OLIVER ASIN
Cronista de la Villa

MADRID no es vieja como Roma, Londres o París... Madrid es joven. La vieja es Toledo. Madrid no tiene más que once siglos de edad. Se creó entre los años 852 y 886. Y se creó porque había que cortar el paso a los cristianos que, bajando desde el puerto de La Fuenfría, venían por aquí a cruzar el Manzanares, al pie de lo que es hoy la Villa, en busca de la confluencia del Jarama con el Henares, a fin de atacar por allí el camino vital de Córdoba a Medinaceli por Toledo.

Y la creó Muhammad I. El bisabuelo de Abderrahmán III, que hizo Medinazara. Y trazó y construyó la ciudad civil o *medina*, y la ciudad o ciudadela militar que es la *Almudena* o *almudaina* (diminutivo de *madina*), con su castillo donde hoy está el Palacio de Oriente. Y se levantaron las murallas. Y se hicieron las *Cavas*. Y se encontró al abrirlas uno de esos gigantescos esqueletos fósiles del *Elephas antiquus*, que el cadí fue en persona a examinar.

Su fundación fue simultánea de la de otras fortalezas no lejanas, levantadas con el mismo fin de defender los diversos accesos a ese camino de Medinaceli. De ahí que Muhammad convirtiese en ciudad fuerte la visigoda Talamanca y levantase, entre otros, el castillo de *Peñahorada*, cerca de Hita, y más allá, el de *Esteras*, todos, como Madrid, en la vertiente meridional del colosal espinazo de la Cordillera Central, frontera de las dos Españas.

Muhammad supo muy bien dónde y cómo tenía que emplazar la nueva ciudad. Ciudad con fachada que mira el inmenso campo de guerrillas, en torno al curso alto del río Guadarrama y al inmediato curso medio del Manzanares, ante el soberano telón de fondo de la Sierra. La *Almudena* era una espléndida atalaya defendida por una muralla que desde el *Alcázar* corría hasta las Vistillas no sin cerrar en cremallera la abertura del vallejo que hoy constituye la calle de Segovia, abierta muchos siglos más tarde por Felipe II, donde ya en tiempos primitivos existía un insignificante e indefenso núcleo de población.

Fachada toda ella al borde inferior de una altiplanicie ondulada y ascendente; borde a sesenta metros de altura sobre el nivel del río y a unos trescientos de distancia respecto del mismo. Una puerta de acceso a la *Almudena*, la puerta de *Alvega* o de la *Vega*, venía a centrar el lienzo de la muralla que, torciendo por ambos extremos siempre hacia el Nordeste, terminaba protegiendo la ciudad por el dorso de la misma. A la Villa llegaban por la puerta de *Bisagra* (hoy de *Moros*) los que venían de Toledo. Por la de *La Culebra* (hoy *Cerrada*), los que procedían de tierras de Cuenca o de Valencia. Por la de *Guadalajara* (hacia la mitad

de lo que fue y es hoy calle Mayor), los que venían de tierras de Alcalá o de Guadalajara. Y por la de *Valdanú* (por encima de lo que es hoy Teatro Real), las gentes sobre todo de Talamanca, la ciudad hermana de Madrid.

A seiscientos cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar, se alzaba el apretado caserío de la Villa, con su Mezquita Mayor (al lado de lo que es hoy el Ayuntamiento), así como también el de la *Almudena*, igualmente con su mezquita donde estuvo la iglesia de Santa María, derruida en el siglo pasado. Hacia el Norte, desde la puerta de Valnadú, y hacia el Nordeste, desde la puerta de Guadalajara, se subía por la ondulada altiplanicie hasta alcanzar los setecientos once metros, allá por la divisoria del Manzanares y el Jarama, por donde hoy está la calle de Arturo Soria, a unos cinco o seis kilómetros de la Villa.

Todos esos terrenos intermedios aparecían cubiertos de frondosa vegetación, pues todo eran *almunias*, *jardines* y *huertas*, palabras estas dos últimas propias hoy todavía de dos calles madrileñas. Frondosidad inconcebible si no supiéramos que en la estepa primitiva de esta altiplanicie brotaba el agua por todas partes, gracias, según vamos a ver, al sabio moro de los tiempos de la fundación.

Agua que llegaba a Madrid y a su campo por galerías subterráneas, aireadas por innumerables pozos que, protegidos por la tierra extraída cuando los abrieron, aparecían como pequeños cráteres a todo lo largo de las laderas del camino de Alcalá a la Villa, a partir de *Canillas*. Galerías o minas que absorbían el agua de las esponjosas arenas del subsuelo de la altiplanicie. Galerías o minas construidas sobre la capa impermeable de «peñuelas» en la que reposa la fina arena madrileña que llamamos «de miga». Minas siempre en suave declive para que el agua al fin de su «viaje» aflorase en las huertas y fuentes de este Madrid «que está en alto y no está en alto», como decía Lope de Vega pensando en el Manzanares, que está allá abajo, y en el Palacio Real, que está allá arriba, pero mucho más abajo que Santo Domingo o Cuatro Caminos o el Buen Retiro o la Ciudad Lineal, por donde el agua subterránea inicia sus «viajes».

Obra admirable toda ella, de fontaneros que Muhammad mandó venir o de Oriente, o del Norte de Africa donde también se venía observando esta técnica oriental de obtención y conducción de aguas subálveas. Fontaneros sin los cuales Muhammad no hubiera levantado Madrid, pues erigida la ciudad, conforme exigía la estrategia, a sesenta metros de altura sobre el nivel del río y separada de él por unos trescientos metros de distancia, absurda hubiera resultado la construc-

ción de una ciudad si, no habiendo más agua que la que el cielo envía, no hubiera contado Muhammad con los inteligentes y arriesgados fontaneros o *zahoríes* árabes, maestros en el arte de ver y de captar y conducir las aguas de los vejigones del subsuelo. Fontaneros los árabes nunca artífices en el arte de traer el agua de lejos por acueductos, como los romanos hicieron, y como hacemos hoy obligados al ingente esfuerzo y sacrificio que impone el crecimiento de Madrid, así como también el peregrino emplazamiento histórico de nuestra capital, «que tiene y no tiene río», como igualmente decía Lope.

* * *

Sin averiguar lo que en brevísimo resumen acabo de narrar, imposible hubiera sido dar con el origen del nombre de la Villa. Nombre que alude a ese gran conjunto de minas y pozos en línea, continuamente rehechas y ampliadas desde los tiempos de Muhammad hasta 1850, en que se empezó a traer el agua de la Sierra. Minas y pozos que modernamente, desde el siglo XVII, llamamos *vías*, pero que antes recibieron diversos nombres. Uno, el de *qana*, voz aramea que los árabes adoptaron y trajeron a España, derivando de ella los madrileños mozárabes, el diminutivo *Canillas*, pueblecito hoy incorporado a Madrid, con campos regados por **qanas* o *canillas*, y con agua que Isabel la Católica prefería a la de las fuentes de Madrid, cuando alguna que otra vez venía por aquí. El otro nombre es *majra*, voz árabe que significa «canal», lo mismo si corre bajo el cielo que si corre bajo la tierra. Voz derivada de la raíz *jry*, que encierra la idea de «correr el agua». Voz que por esta otra vertiente, la del Manzanares, fue la preferida. Y voz que podemos documentar en estas mismas tierras, por ejemplo en escrituras mozárabes toledanas de los siglos XII y XIII, donde llaman *majras* a ciertas acequias pertenecientes a las monjas de San Clemente. Ahora bien: a esta palabra la población mozárabe madrileña (que hablaba árabe y romance) le aplicó el sufijo *-ít*, sufijo apto para crear nombres colectivos, nombres que signifiquen abundancia o conjunto de un elemento característico, formando así la voz MAJRÍT, con el sentido, por tanto, de «conjunto de *majras*», es decir, «conjunto o abundancia de canales subterráneos aireados por pozos» que desde el primer momento constituyeron el elemento característico y fundamental de la Villa, «armada sobre agua» como decía en 1550 don Juan Hurtado de Mendoza, señor de Torote, y como decía también el intérprete del primer escudo de Madrid, en el que no faltaban unas ondas con la siguiente inscripción:

«Fui sobre agua edificada.»

Ese sufijo es de origen latino. Es sencillamente el sufijo *etu(m)* de sentido abundancial. Sufijo que al otro lado de la Sierra pronunciaban *-edo*, mientras aquí, de Somosierra para abajo, decían *-ít*. De modo que si a un *fraxinetu(m)* o conjunto de fresnos le llamaban allí *fresnedo*, aquí le llamaban *fraxenit* (de donde viene *Fregeñit(e)* en Granada).

MAJRÍT es un topónimo de la misma estructura que otros infinitos del antiguo territorio de la España musulmana. Topónimos híbridos a base de voces

árabes unas veces, y otras, romances, más el sufijo *fr*. Había (algunos de ellos perduran) nombres como *Alpetrit*, «pedredo» o «pedregal»; *Toronjít*, «naranjal»; *Iornachít* o «lugar de hornos para la fundición de metales junto a una mina», o *Besbachít*, *Alfelchít*, *Alit*, *Arnít* (en el Norte, *Arnedo*), etc., etc.

Si se quiere saber, aunque sea de un modo muy elemental, cómo de MAJRÍT salió MADRID, consúltense los documentos madrileños de los siglos XII y XIII, y se verá que MAJRÍT, transcripción fiel de lo que antes sólo en árabe se había escrito, comienza a escribirse MAJDRIIT, o sea, con una *D* intercalada entre *J* y *R*, hasta que llega a escribirse MADRIIT, y, al fin, MADRID, siempre, antiguamente, al lado, claro es, de otras variantes cultas o vulgares.

Un *Madrid* con una *d* final que nadie pronuncia, si no se da cuenta de que no la ha pronunciado, pues lo normal es pronunciar *Madri*, si es que al ignorante no le sale *Madriz*, salvo el valenciano, que dice *Madrit*, conforme todo ello a fenómenos fonéticos, que por conocidos no vamos a explicar.

Y si alguien no técnico pregunta concretamente por qué se intercaló esa *d*, recuerde que si existe el verbo *mejorar*, también existe *medrar* (pasando por **mejrar*), los dos del mismo origen (*meliorare*) y con el mismo significado. Explicaciones elementales, pero necesarias en un resumen para que no sigan saltando al ruedo de la etimología los espontáneos que nunca dejan de surgir.

La exposición del origen de MADRID se comprende hoy muy bien dentro, sobre todo, del mundo musulmán, el cual, ante una misma realidad verbal y material, puede identificar lo suyo con lo nuestro quizá mejor que nadie. Origen que ha sorprendido también a los historiadores de la hidráulica, como, por ejemplo, al ilustre ingeniero francés Henri Goblot, que ve se aplicó en ciertos países de América (Chile, Perú, Méjico y California) la misma técnica que en Madrid por obra no del elemento humano precolombino, como antes se creía, sino de determinados fontaneros que llegaron de España en los años de la colonización.

Restos de lo que dio origen al nombre «Madrid» quedan todavía en nuestra capital. Aún queda alguno que otro capirote por la *Dehesa de la Villa* de aquellos con que se cubrían los pozos de aireación en tiempos de Felipe III, cuando se hicieron no pocas nuevas *majras*. Aún se ven galerías cuando se profundiza en la cimentación. Aún deben de quedar «arcas de agua» subterráneas más o menos viejas. Recuerdo la curiosísima de *Mochuelillos* por las *Ventas del Espíritu Santo*, cuyas minas, aparte de otras varias, recorrí con el gran maestro pocero del Ayuntamiento, Santiago Martínez, en marzo de 1952, en terrenos cubiertos hoy por la edificación. Su oficio venía de sus antepasados. Oficio delicado y arriesgado. Fue el oficio también de San Isidro, perfecto labrador porque era fontanero. Hizo *majras* al otro lado del Manzanares. Una, de agua famosa, queda junto a la ermita del Patrono de la Villa.

Conservemos lo que se pueda como testimonio del origen del nombre de la ciudad fundada por Muhammad. De la única capital europea que tiene no propiamente nombre árabe, sino más bien nombre híbrido o mudéjar, símbolo del benéfico encuentro de dos grandes civilizaciones.



ESCUDO DE ARMAS DE LA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY HEROICA, IMPERIAL Y CORONADA VILLA DE MADRID (1)

El escudo de Madrid está formado, sobre campo de plata, por un madroño sinople (verde), terrazado de lo mismo, frutado de gules (rojo) y acostado de oso empuñante de sable (negro); bordura de azur, cargada de siete estrellas de plata. Sobre el escudo, corona real antigua.

En un principio, el blasón de la Villa estaba reducido al oso pasante. Fue éste el que figuró en la enseña o pendón que llevaron las milicias madrileñas en las campañas de Alfonso VII, en la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa y en la conquista de Sevilla, y el que aparece en sellos de cera de documentos, asimismo, medievales.

les. La sustitución del oso pasante por el madroño y el oso empinado a él se atribuye por varios autores al resultado de un largo pleito entre los Cabildos eclesiástico y municipal, en el siglo XIII, sobre pastos y arboledas, que terminó en una avenencia, en virtud de la cual pasaron a ser propiedad de la clerecía los primeros, correspondiendo los árboles al Concejo. Como consecuencia de ese laudo, el clero siguió usando en su escudo el oso pasante, mientras que el Concejo adoptó para el suyo el oso erguido y el madroño, emblemas éstos ya tan tradicionales, elegidos, según se cree, por la abundancia de ambas especies en los frondosos bosques que rodeaban la Villa.

Posteriormente se añadió al escudo, rodeándolo, la bordura azul, cargada de siete estrellas, la cual explica el cronista madrileño del siglo XVI Juan López de Hoyos —entusiasta enaltecedor de su villa natal— en los siguientes términos:

«Tienen las armas de Madrid por orla siete estrellas en campo azul, por las que vemos junto al Norte, que llamaban en griego *Bootes*, y en nuestro castellano, por atajar cosas y fábulas, llaman el carro, las cuales andan junto a la Ursa; y por ser las armas de Madrid Osa, tomó las mismas estrellas que junto a la Ursa, como hemos dicho andada, por razón de que, como en tiempo de Don Alfonso VI, viniendo a ganar este reino de Toledo, el primer reino que ganaran fuera Madrid, y para denotar que así como aquellas siete estrellas que andan alrededor del Norte son indicio de la revolución y del gobierno de los orbes celestiales, así Madrid, como Alcázar y Casa Real y primeramente que él, había de ser pueblo de donde los hombres conocieran el gobierno que para asistencia de los Reyes y señores de estos reinos de Madrid había de salir, y también porque este nombre Carpetano, que quiere decir Carro, por eso tomó las siete estrellas que en el cielo llamamos Carro.»

El escudo, constituido por el oso y el madroño y circundado de las siete estrellas, vino siendo adoptado sin interrupción hasta bien avanzado el siglo XIX. Ahora bien: en 1842, a consecuencia de un dictamen del Archivero de Villa, ratificando otro de los reyes de armas de Su Majestad, se acordó incorporar al blasón un nuevo cuartel, que representa, en campo azur, un dragón alado de oro, a la vez que también se agregó al escudo, en manteladura, una corona cívica, sobre campo de oro.

El dragón alado había sido, sin duda, invención del ilustre cronista López de Hoyos, antes citado, que para encarecer el rancio abolengo de la Villa llegó a forjar las más fantásticas leyendas. Así, a este respecto, dice lo siguiente: «Entre las antigüedades que evidentemente declaran la nobleza y fundación antigua de este pueblo, ha sido una que en este mes de junio de 1569 años, por ensanchar la Puerta Cerrada, la derribaron, y estaba en lo más alto de la puerta, en el lienzo de la muralla, labrado en piedra berroqueña, un espantable y fiero dragón, el cual traían los griegos por armas y las usaban en sus banderas...» De ahí deducía que a los griegos era debida la fundación de Madrid. Tal fantasía del bondadoso cronista del siglo XVI, otro no menos ilustre, pero más concienzudo, del siglo XIX, don Ramón de Mesonero Romanos, la comenta en los siguientes térmi-

nos: «De esta gratuita denominación de dragón, dada a la culebra por el maestro Hoyos, parte, a mi ver, el origen del fantástico dragón alado, que mucho tiempo después apareció en las armas de la Villa, y estaba pintado en el techo de una de las salas del Ayuntamiento, y aún hoy ha vuelto a reproducirse en su escudo. El mismo Hoyos no estampa tal dragón, y sí la culebra.» Porque es de advertir que el relieve que López de Hoyos calificó de espantable dragón era, todo lo más, como dice Mesonero, la representación de una vulgar culebra que había campeado sobre una de las puertas fortificadas de la muralla que circundaba Madrid —sobre la llamada Puerta Cerrada—. Sin embargo, dando por buena la afirmación de López de Hoyos, como tal dragón llegó a ser incorporado al escudo de la Villa, si bien (salvo en el caso de algún relieve o pintura mural) se tardó tres siglos en efectuar oficialmente esa agregación.

Por último, la corona cívica, adicionada en manteladura, a los demás elementos heráldicos del escudo, tuvo su origen en un acuerdo de las Cortes extraordinarias de 1822, que quisieron se conmemorase un episodio acaecido en aquel agitado período de constantes revueltas políticas —el 7 de julio del indicado año—. Se dispuso entonces la agregación de ese emblema al escudo de Madrid, pero su inclusión no llegó a efectuarse hasta veinte años después (en el ya citado de 1842).

Según indicamos anteriormente, con los dos cuarteles que quedan descritos —el del dragón alado en campo azur y el del oso y madroño, rodeados de siete estrellas— y su manteladura con la corona cívica, se ha venido (desde mediados del siglo XIX) aceptando como oficial ese escudo de Madrid; pero recientemente, en vista de alguna discrepancia en la interpretación gráfica de las diferentes empresas de dicho escudo, el Ayuntamiento solicitó y obtuvo un dictamen de la Real Academia de la Historia. En él, tras un estudio documentadísimo, se declaraba que el escudo tradicional de Madrid, con remotos antecedentes históricos, *es el constituido únicamente por el oso y el madroño con la bordura de las siete estrellas*, y que las demás piezas heráldicas carecen de ese valor histórico y tradicional.

No obstante, como quiera que realmente ha venido aceptándose —sobre todo en los documentos oficiales— durante más de un siglo el formado por los dos cuarteles y manteladura, aun reconociendo el Ayuntamiento como oficial a todos los efectos el tradicional del oso y el madroño, mantiene, de momento, aquel blasón, por lo que se refiere a la documentación administrativa, con la composición que gráficamente se representa en esta página.

La Ley Especial dictada en 11 de julio de 1963 estableciendo un régimen especial para el Municipio madrileño, al declarar, al frente de su articulado, que a Madrid correspondía la Capitalidad del Reino, señalaba como distintivo de tal preeminencia la inclusión en su escudo de armas, en manteladura, de la corona del escudo nacional.

(1) *Manual Informativo de la Villa de Madrid*. FRANCISCO BAZTÁN VERGARA, 1967.

Una mutación sorprendente:

MADRID,

DE VILLA A VILLA Y CORTE

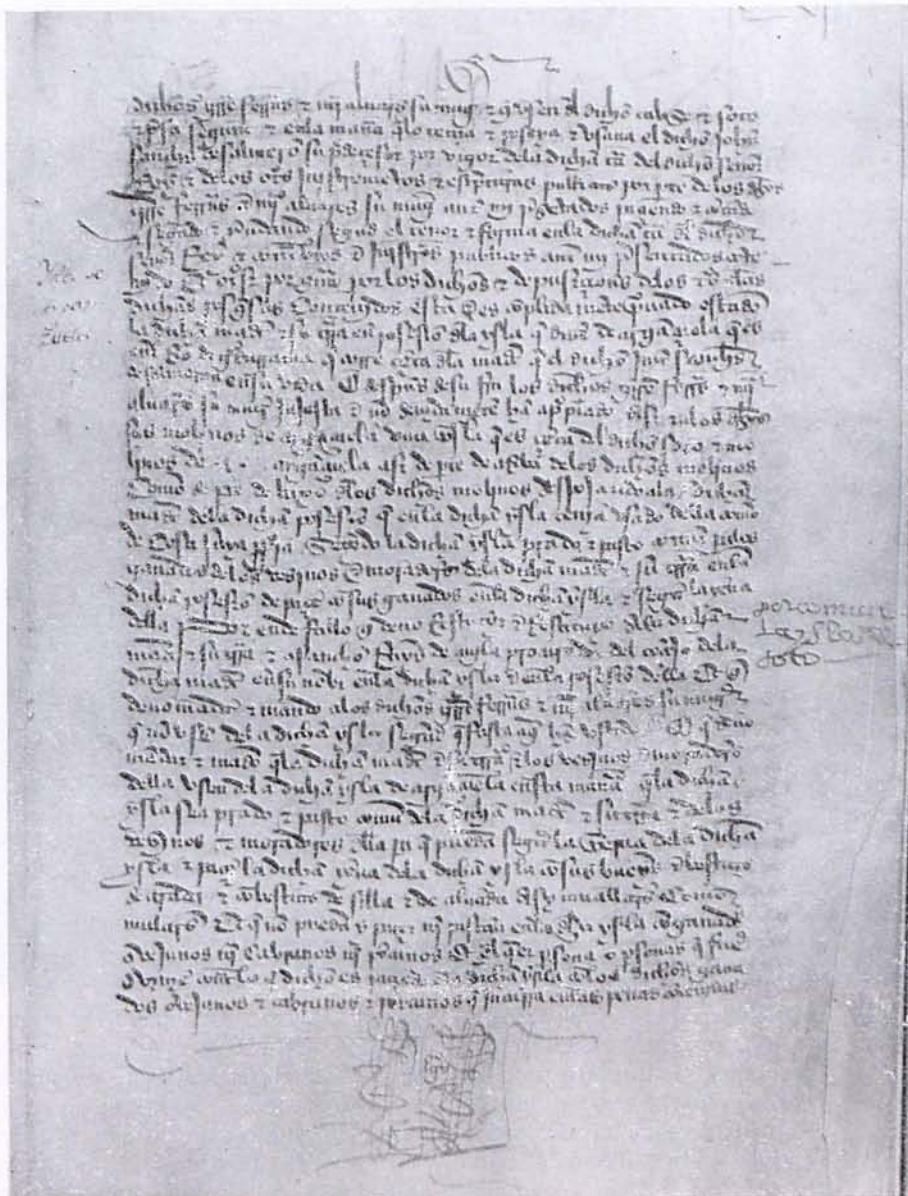
Por AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS

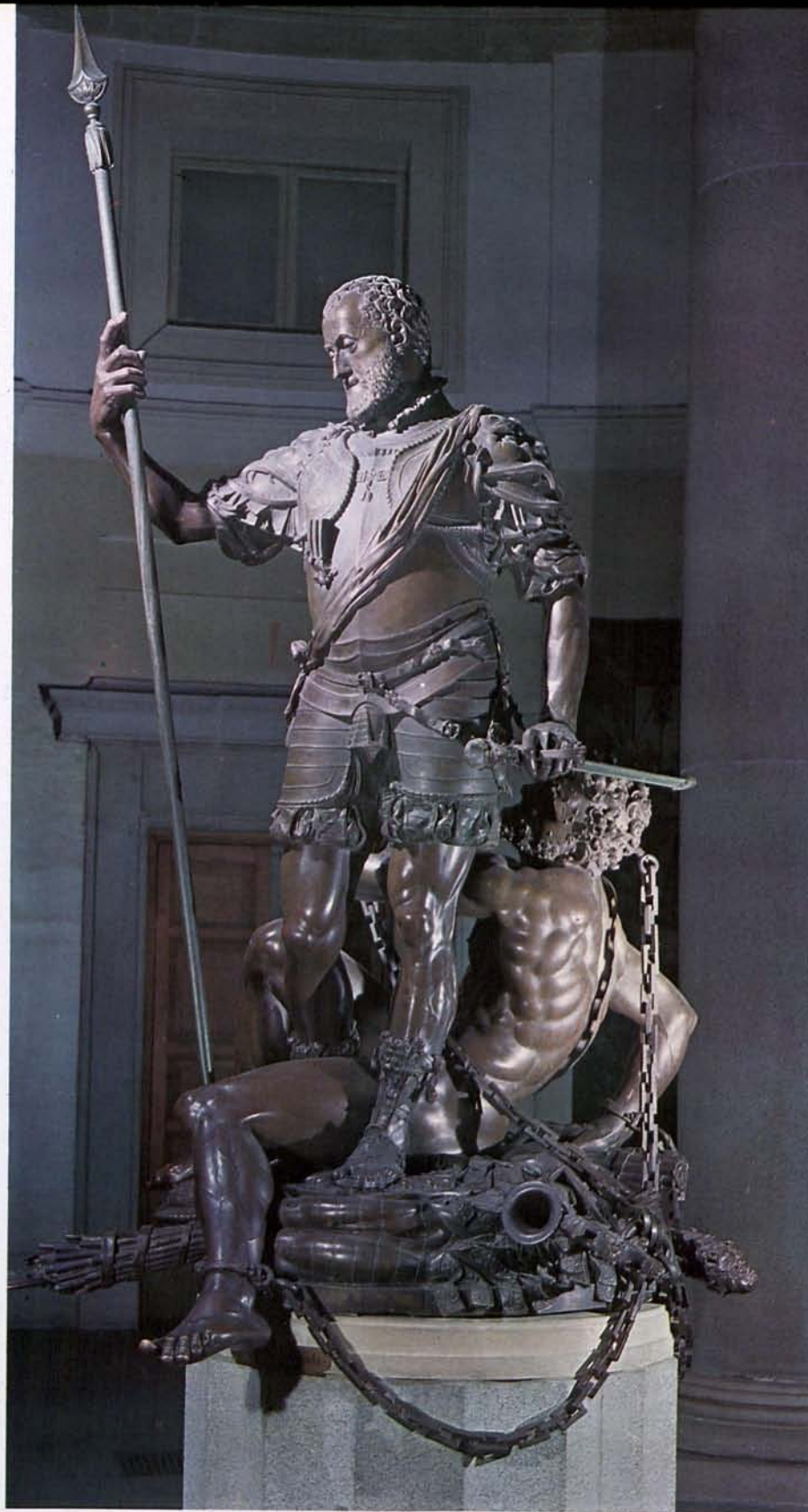
Fuero de la Villa

ANTES de llegar al meollo de este corto artículo procede fijar algunas etapas importantes, sólo las más significativas, en la evolución urbana de la Villa, que, conforme a las normas canónicas, ascendió a ciudad en 1887, fecha de la creación de la diócesis episcopal madrileña; sin embargo siguió y continúa aún—ya metrópoli pujante y, demográficamente, muy millonaria—denominándose Villa de Madrid, fiel a su tradición y a un algo de arrogancia de buen tono.

1.^a Hacia 1085, año de la caída de Toledo, el Madrid musulmán se rinde a Alfonso VI. Y ya cristiana, inaugura su existencia de villa libre vinculada a la Corona, más con una autonomía amplísima (1). Cercada de fuertes muros, responde al típico ejemplo de ciudad o villa medieval, definido en las *Partidas* del rey Sabio: «do quier que sea fallado este nome *ciudad*, que se entiende todo aquel lugar que es cercado de los muros, con los arravales, e con los edeficios que se contienen con ellos». Ley 6.^a, tit. XXXIII, Part. 7.^a

2.^a Dentro del reinado de Alfonso VIII y más concretamente entre 1158 y 1202, como fechas extremas, acaece la promulgación del *Fuero de la Villa*. La redacción se debe al propio Concejo, que hace uso de sus facultades normativas, como representante y gestor de una





Carlos I dominando al Furor (Museo del Prado)

Villa libre vinculada a la Corona castellana. El venerable código, llegado a nosotros incompleto constituye la pieza más valiosa de los ricos y copiosos fondos conservados en el Archivo de la Villa. La finalidad de la obra se indica al comien-

zo del Fuero: «A la mayor honra del Rey Alfonso y a la suya propia emprende el Concejo su redacción, para que ricos y pobres vivan en paz y en seguridad.» No es muy extenso; sus preceptos reglamentan, sobre todo, el Derecho penal y pro-

cesal, y unos pocos atañen a la organización política y administrativa. Desde el punto de vista lingüístico presenta particularidades notables, que llevan la atención hacia el dialecto mozárabe toledano, lo que permite suponer que entre los vecinos de Madrid existía en esa época un núcleo mozárabe importante; aparte de otras características relativas a los dialectos leonés y aragonés. Jurídicamente ofrece un régimen primitivo y rudimentario, que establece notables diferencias entre vecinos y no vecinos, y permite la actuación privada, la enemistad y las penas de composición en los delitos; en cambio, la denominada *Carta de otorgamiento*, que el Fuero indica haberse hecho por consejo del mismo Alfonso VIII, implanta ya un sistema penal de índole público.

3.^a La comunidad municipal madrileña comprendía la ciudad amurallada y un término rural (*alfoz*, *términus*) bastante exiguo; a las veces se reúnen los concejos de la Villa y los de las aldeas dependientes de ella (Aravaca, Húmera, Vicálvaro, Vallecas, Rejas, Canillas, Hortaleza, Chamartín, Villaverde, Getafe, Carabanchel de Arriba, Carabanchel de Abajo, Torrejón de la Calzada, Perales, Boadilla, Alcorcón, San Sebastián, Pozuelo, Las Rozas, Fuenlabrada, etc.) en un Concejo general, integrado por la asamblea de todos los vecinos de la Villa de Madrid y de los poblados del *alfoz*.

Un cambio de excepcional importancia para el Concejo madrileño, y en general para la institución municipal, ocurre en el reinado de Alfonso XI. Por un lado, introduce la trascendental reforma de sustituir el Concejo general de vecinos por el Concejo de número limitado y con carácter permanente, hecho que para Madrid ocurre en el año 1346; de otro, implanta el famoso Ordenamiento de Alcalá (1348), que viene a incrementar la actividad legislativa del Estado al dictar el Derecho para todos los Concejos, clausurando la etapa local. La norma jurídica preferente sería el mencionado Ordenamiento; el fuero privativo, que era entonces para Madrid el Fuero Real, regiría en segundo lugar, y las Partidas, como derecho integrante o supletorio.

Quedaba, sin embargo, una masa de privilegios, prácticas, usos y costumbres peculiares de la organiza-



*Carlos I dominando al Furor
(detalle)*



Felipe II.—Leo Leoni (reproducción de C. Valera)

ción y vida del Concejo madrileño que son objeto de sucesivas confirmaciones reales por parte de Enrique II (1371), Juan I (1379), Enrique III y los Reyes Católicos (1476), a petición de los procuradores de la

Villa. Obsérvese en tales disposiciones la persistencia de un derecho relativo a la organización municipal madrileña y un campo sometido a la regulación del propio Concejo, que abarca asuntos de policía urba-

na y rural (regulados mediante Ordenanzas), elecciones de oficios, normas sobre funcionarios, etc.

4.^a El impulso inicial, el primero de los hitos que luego se llaman Felipe II, Felipe IV, Carlos III e Isabel II, y que marcan la ascensión de Madrid a la categoría de gran ciudad, se debe a los Reyes Católicos. Ellos se preocupan de todo, y se custodian centenares de cédulas y provisiones, que testimonian su celo e interés por la Villa: desde simples medidas de policía urbana (que no anden puercos por la Villa, que se limpien y empedren las calles, que las tenerías se instalen en los arrabales, establecer el orden en las medidas de pan y vino y que se reparta una sisa para la fabricación de un nuevo reloj) junto a otras de más entidad. Tales como aquellas de que los vecinos de Pinto, Alcobendas, Valdemoro y Torrejón, contribuyan al reparo de los muros; que se forme la dehesa de Arganzuela para pacer caballos y mulas, o sea ganado de labor, y que se conserve la de Amaniel; que el alcaide de El Pardo respete los términos de la vieja Dehesa Real, tantas veces amojonada; nombramientos de jueces de término, a fin de poner orden y restitución en lo usurpado a la Villa y su Tierra; que se quite del año 1464 acá lo acrecentado en portazgos e imposiciones; que se terminen tiendas y portaladas en la plaza del Arrabal (1493) y que se arrienden a precios justos con destino a los Propios de la Villa; que los Regidores asistan a las sesiones; forma en que debían cobrarse los diezmos de la Villa; reparto de sisa hasta 20.000 maravedises para fabricar casa en la puerta del Arrabal que sale a Santo Domingo, en la que se pesasen los costales de trigo y la harina que se trajese después (1496). Estas sabias medidas, expuestas algo desordenadamente, originan el hecho de que, a fines del siglo XV, existiesen en la Villa alrededor de un centenar de oficiales con obrador abierto, conforme nos testimonian los libros de *Acuerdos* del Concejo: desde borceguineros y cambiadores hasta sederos, tundidores, zurradores y zapateros; pasando por los oficios y profesiones de cabestreros, carniceros, cereros, cinteros, curtidores, especieros, físicos (médicos), herradores, mercaderes, relojeros, sastres, tejedores, etcétera.



Felipe II.—Reproducción de C. Valera (detalle)

5.^a Recojamos ahora algún testimonio procedente de los viajeros durante la Edad Media. Jerónimo Münzer—a la latina, Monetarius—estuvo en Madrid del 17 al 25 de enero de 1495; hombre práctico y veraz, es lástima que dedicara toda su atención a los RR. CC. y a transmitirnos su discurso: «Madrid es tan grande como Biberach, pero tiene muy extensos arrabales, tiene muchas fuentes vivas y muy buen mercado de víveres y dos morerías llenas de sarracenos.» Alude a la *morería vieja*, sita en San Andrés, al otro lado de la calle de Segovia, y a la *morería nueva* en Puerta Cerrada.

Las referencias relativas al paisaje madrileño son muy abundantes; todas ellas se resumen en la frase de Antonio de Lalaing, señor de Montigny, de la época de Felipe II: «Lugar magnífico de puertas afuera.» Respecto a los cotos de caza, citemos en primer lugar la Casa de Campo, donde Alfonso XI cazó dos grandes osos, según informa el *Libro de la Montería*, las dehesas de El Pardo y la Zarzuela; el Puente de Retamar y la venta de Matas Altas, Vaciamadrid, Boadilla, Batres, sin contar con el interés de la proximidad a los antiguos reales sitios de Riofrío y Balsain, comarcas también de tupidos bosques y abundante caza y retiro de príncipes y princesas en los tiempos de Enrique IV, y de nuevo en los del Emperador Carlos y su hijo Felipe II.

Aparte de las cercanas residencias de tales cotos de caza, los monarcas prefieren para aposento suyo los conventos y, sobre todo, las cómodas viviendas de las familias nobles durante su permanencia en la Villa; así, Sancho IV alojóse en Santo Domingo—convento antiguo (1218) y famoso, fuera de muros, que se hallaba en la actual cuesta de su nombre—y Juan II y Enrique IV en las casas de Luis Martínez, señor de Villafranca. Los Reyes Católicos acudían al palacio de los Lasos, junto a San Andrés, si bien residieron, a las veces y durante alguna de sus cuatro estancias, en el propio Alcázar, en cuya puerta y frente al Campo del Rey administraban justicia los viernes; esta explanada, más amplia que la actual plaza de la Armería, era lugar de ferias y mercados por reiterada disposición de Enrique IV y de los Reyes Católicos—los mercaderes preferían la

plaza del Arrabal, o sea, el sitio actual de la Plaza Mayor—y aun de las fiestas de toros y cañas durante la época medieval. La antigua fortaleza árabe había sido convertida en alcázar tras varias reformas; una de ellas debida a Enrique III, que residió en Madrid gran parte de su reinado y celebró en él sus bodas con Catalina de Lancaster; otra por Enrique IV que la convierte en residencia favorita; mas ya antes, su padre, Juan II, había celebrado allí solemne reunión de Cortes.

La predilección real tuvo consecuencias felices para el desenvolvimiento y ascensión de la ciudad. Como la elección del lugar dependía del monarca, Madrid recibe Cortes siete veces al final de la Edad Media; tras Fernando IV (1309) reúnelas Alfonso XI, Enrique III, Juan II y don Fernando el Católico. El sitio de reunión parece ser la desaparecida iglesia de San Martín, en la plaza de su nombre; más con certeza sólo se conoce que el monasterio de San Jerónimo el Real fue utilizado para la convocatoria de don Fernando el Católico. Fue Enrique IV quien concedió a la Villa los honrosos títulos de «Muy Noble» y «Muy Leal», más el establecimiento de un mercado franco—excelente y positiva merced regia, que tanto contribuyó al desarrollo de las ciudades medievales—y la apertura de dos mercados ordinarios: uno fuera de muros y otro en el interior de la ciudad, en el lugar que el Concejo quisiese.

Rematemos este apartado anotando la gentil opinión de Isabel la Católica sobre Madrid, tanto más de apreciar cuanto que la reina Isabel era muy sobria en alabanzas. Nos la transmite Fernández de Oviedo, en sus *Quincuagenas*, escritor madrileño sumamente veraz: «el oficial y artesano de Madrid y oficios mecánicos vivían tan como hombres de bien que se podrían comparar a los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas, y los escuderos y ciudadanos eran semejantes a honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid, a los señores y grandes de Castilla».

6.^a El éxodo hacia Madrid de los oficiales y cortesanos próximos a la persona del monarca, comienza en el reinado de Juan II, y son los te-

soreros y contadores mayores los que edifican varias mansiones cerca de las iglesias de San Justo y de Santiago; son los Alonso de Cota, Alvarez de Toledo, luego los Arias Dávila, señores de Puñonrostro, que edificaron su casa en la plaza del Cordón, y los Lujanes y Luzones, cuya casa solariega estaba en la actual calle de su nombre, antigua de San Salvador. Los literatos contribuían al ornato de la Villa y vienen atraídos por la Corte: Pérez de Guzmán, Alvarez Gato, Clavijo, Enrique de Villena, etc. Con los Reyes Católicos aumenta, naturalmente, el número de cortesanos que se avecindan en la Villa: Juan de Oviedo, Diego González de Madrid, los Mendoza, los Vargas, los Rivadeneyra y los marqueses de Mora, leales servidores y de la intimidad de la reina Isabel.

Así, lentamente, la Villa fue haciéndose Corte, sin tener ningún título que la proclamase como tal, sino como consecuencia de las largas y reiteradas estancias de los últimos reyes de la Edad Media. El Cardenal Cisneros, que tanto se preocupó del ornato y policía de la Villa, continuó tal costumbre, y aquí se instala, aposentándose en el palacio ya mentado de los Lasos.

7.^a Carlos V mostró alguna predilección por Madrid, de la cual participó la emperatriz Isabel. Desde la carta de Carlos V dirigida al Concejo, participándole su venida a España (1522, junio 8; *Acuerdos IX*, fol. 69 r.), el marqués de Foronda recoge innumerables estancias del Emperador Carlos en Madrid; sus vecindades y cotos de caza: El Pardo, Aranjuez, Valdemoro, Buitrago, Galapagar, etc. Con frecuencia pasaba el día en el Alcázar madrileño y pernoctaba en El Pardo. Ello se da principalmente en la primera mitad del reinado, andariego y trashumante, del Emperador-Rey. Un hecho muy importante, que debió ser concienzudamente meditado, es la elección de Madrid como lugar de residencia y prisión de Francisco I, el monarca francés.

El emprende la reforma del Alcázar, vieja fortaleza o castillo que, dentro del recinto murado, desempeñaba la función de ciudadela, bien protegida por sus lados norte y oeste por profundas barrancas; el foso natural era el Manzanares. Para la reforma del Alcázar se vale del



- | | | | |
|----------------------------|-----------|----------------------------|--------------------|
| Nº 1. Templ: S. Dominici. | 11. P. i. | 25. Hospitale Arragonicum. | 30. Porta Toledi. |
| 2. Templ: ad Portæ Vegane. | 12. Te | 26. Coenob: Rosarii. | 31. Flumen Xaramæ. |
| 3. Porta Vegana. | 13. M | 27. Hospitale Generale. | |
| 4. Ions Incarnationis. | 14. Po | 28. Templ: S. Blasii. | |
| 5. Templum S. Mariæ. | 15. H | 29. Coenob: S. Barnabæ. | |

Georg. Balthasar Probst, excudit. A. 1793.



- | | | | | | | | |
|------------------------------------|-------------------------------|-------------------------------------|-------------------------|---|---------------------------|-------------------------------|---------------------------------|
| Nº 1. S. Miguel. | 5. C.º de S. Felippi de Neri. | 10. C.º de S.ª Maria. | 15. Hóspital. | 20. C.º de S. Buenavendura. | 24. Sant Gieronimo. | 29. Convente de Sant Bernabe. | Nº 1. Templan S. Michaelis. |
| 2. el Palacio Real. | 6. San.º Domingo. | 11. los P.º P. de la Comp.º de J.º. | 16. C.º de D. Pedro. | 21. C.º de la Flor. | 25. Hóspital de Imperial. | 30. Puerta de Toledo. | 2. Palatium Regium. |
| 3. la Tesauraria, Casa del Tesoro. | 7. Vista de la P.º de la V.º. | 12. Sant France.º | 17. Con.º de la Pasion. | 22. Santo Barbara. | 26. Convente del Rosario. | 31. Arama Rio. | 3. Gazophylacium. |
| Puerta de Segovia. | 8. Puerta de la Vega. | 13. Casa de la Moneta. | 18. Recoletos. | 23. Convento de la Incar.º lation Real. | 27. Hóspital General. | | 4. Segovia Pons. |
| | 9. Monte Inarnato. | 14. Puerta de la Puente. | 19. S. Juan. | | 28. Sant Blas. | | 5. Monast. S. Philippi de Neri. |
| | | | | | | | 10. T. |

DRITUM



Convente de Sant Bernabe.
Puerta de Toledo.
Carama Rio.

1683

- | | | | | | | |
|---------------------------------|----------------------------|--------------------------|-----------------------|------------------------------|----------------------------|--------------------|
| Nº 1. Templum S. Michaelis. | 6. Templ: S. Dominici. | 11. P. P. Iesuitæ. | 16. Monast: D. Petri. | 20. Convent: S. Bonaventura. | 25. Hospitale Arragonicum. | 30. Porta Toledí. |
| 2. Palatium Regium. | 7. Templ: ad Portæ Vegane. | 12. Templ: S. Francisci. | 17. Monast: & Templum | 21. Templ: S. Floriani. | 26. Coenob: Rosarii. | 31. Flumen Xarami. |
| 3. Gazophylacium. | 8. Porta Vegana. | 13. Monetarium. | Passionis. | 22. Templ: S. Barbaræ. | 27. Hospitale Generale. | |
| 4. Segoviae Pons. | 9. Mons Incarnationis. | 14. Porta Pontis. | 18. P. P. Recolecti. | 23. Congregatio Regia. | 28. Templ: S. Blasii. | |
| 5. Monast: S. Philippi de Neri. | 10. Templum S. Mariæ. | 15. Hospitale. | 19. Templ: S. Iacobi. | 24. Templ: S. Hieronymi. | 29. Coenob: S. Barnabæ. | |

Georg. Balthasar. Probst. excudit. Ann. 3

Ayuntamiento de Madrid

El Ayuntamiento de Madrid

maestro Covarrubias, cuya obra exterior es la portada plateresca con su escudo y águila imperial, bien visible en las denominadas *Vistas de Viena*, donde aparece enmarcada entre las dos fuertes torres cuadradas medievales; se trata de la fachada meridional del edificio. Aparte de su propia reforma, el Alcázar era ya muy habitable desde que el príncipe Felipe, luego Felipe II, realizó obras para su padre, cuando era gobernador de la Monarquía española en ausencia del César. De la época de Carlos V fue el primer ensanche de la calle Mayor y el ensanche de la Puerta de Guadalajara y derribo de su fuerte torre, cuyo trazado árabe de pasadizo en codo no permitía el paso de las carrozas a la *borgoñona* que el César Carlos introdujo profusamente.

* * *

Con tales precedentes, Felipe II instala su Corte en la Villa (1561) sin que medie disposición real alguna que recoja su intención de acabar con el nomadismo tradicional, ni manifestar su idea de la elección de lugar, que él, por lo que fuere, mantuvo secreta. Ni su propio hijo, Felipe III, tan respetuoso y admirador de la memoria de su padre, llegaría a ser partícipe del secreto; de haberlo compartido, con seguridad hubiera rechazado el decreto del Duque de Lerma relativo al traslado de la Corte a Valladolid, donde había de permanecer cinco años. Precavido y cauteloso de por vida, Felipe II fue propenso a alejar su Corte de las urbes más pobladas y vitales de la Monarquía. La tendencia apuntada se manifiesta, dentro de la ciudad, en el hecho de que Madrid no tuvo ni un solo cuartel hasta 1720 (c. de Guardia de Corps, luego Conde-Duque); la escasa guardia de los «Monteros de Espinosa»—hidalgos naturales de esta villa burgalesa—y los alguaciles estatales y municipales eran la única fuerza nacional y ciudadana que había en la Villa. Su retraimiento, fruto de su carácter tímido—«bien que supiera esconder su timidez en la máscara de su omnipotencia», Marañón—era tal, que hizo desaparecer las casas particulares, incluso aquellas de los más inmediatos alrededores, en los sitios reales de Aranjuez,

Balsaín, El Pardo, El Escorial y Ateca, al menos durante su estada.

Más si desconocemos la idea del monarca y las causas determinantes de su decisión, nos son conocidas, en cambio, bien que no muy puntualmente, los efectos del traslado, cuestión histórica compleja de suyo a causa del gran cúmulo de incidencias y detalles concomitantes y confusa, además, dada la gran diversidad de interpretaciones.

Con arreglo a la más atinada conjetura, Madrid contaba con unos tres mil inmuebles en 1561. La Villa se consideraba holgada, y a menudo había conocido estancias, más o menos prolongadas, de la Corte durante la Edad Media y comienzos de la Moderna, conforme hemos apuntado. No se trata entonces (1561) de una estancia transitoria más, sino de acoger dentro de su exiguo caserío una administración complicada; para subvenir la necesidad se acudió a una única e improvisada medida: la común de ceder al Real Aposento la mitad de las casas de la Villa. «Madrid quedó así materialmente ocupada por la Corte de Felipe II.»

La improvisación fue inevitable, porque la actividad de la Corte era restringida al principio y se consideraba provisional, como lo prueba el hecho posterior del traslado; más asentada de hecho, la población creció a ritmo vertiginoso y de manera espontánea. Felizmente, el nuevo caserío se adaptó a la topografía del lugar, medida que favorecía el tránsito, facilitaba los desagües, evitaba gastos de desmontes y rellenos y procuraba perspectivas agradables, por añadidura.

Honor a un lado, la presencia de la Corte representó una tremenda carga económica para el pueblo madrileño, ya que los gastos eran cuantiosos, los recursos nacionales no aparecieron por parte alguna y todo recayó sobre la modesta hacienda municipal. La función y el rango de capitalidad respecto al país no se definió con claridad, ni menos le fue atribuida a Madrid de modo concreto. En realidad «fue una ciudad con Corte, una urbe como otra cualquiera, que cada vez iría alcanzando las más desmedidas proporciones».

Justo es reconocer que Felipe II se dio perfecta cuenta del angustioso estado financiero del Municipio madrileño, así que éste se lo expuso; el remedio fue pronto y un tanto eficaz, y así surgieron las llamadas *sisas ordinarias* (1582), después prorrogadas por más tiempo y que, cronológicamente, fueron las primeras de la serie extendida a través de los años 1582-1679. La exposición de motivos, contenida en la provisión del Consejo de Felipe II (1582, enero 31, Madrid), aclara la precaria situación financiera concejil, y en ella se compendia además la institución de las *sisas ordinarias* y el objeto de tan famosas y antipáticas rentas, como sus sucesores inmediatos, los «derechos de puertas».

Con la mayor concisión, vamos a exponer los momentos cruciales relativos al desarrollo urbano del Madrid filipino. Hay una primera etapa representada por los *Limites y Ordenanzas de 1567*. Otra provisión del Consejo de Castilla, dada en Madrid y en septiembre de tal año, delimita la Villa, utilizando los linderos del año anterior (1566), en que «estuvo cerrada con puertas y cercada con casas y tapias» a causa de una epidemia; o sea que los límites de esta cerca, debida a un hecho accidental se establecen, oficialmente, al año siguiente. Quedaba prohibido edificar fuera de estos linderos, que en la provisión mencionada se enuncian con detalle, pero enumerarlos nos llevaría muy lejos. En la exposición de motivos del documento se alegan aquellos de índole económica, social y aún política: «se labran muchas casas pequeñas alrededor de la Villa, gastándose excesivos materiales y empleándose en ello numerosos oficiales; disminúyese así el ennoblecimiento y ornato del pueblo y se da con ello aposento a gentes vagabundas y de mal vivir, lo que proporciona ocasión de cometerse y encubrirse muchos delitos».

No se cumplieron los designios del Monarca, ni se contuvo la expansión de la Villa, ni se logró el ornato apetecido, a pesar de las normas especificadas en la parte dispositiva y de las sanciones conminatorias estipuladas. La gran afluencia de gentes continuó y la modestia de la mayoría las hacía incapaces de costear tanto el mayor precio de los

solares, ubicados en el interior, como las obligaciones impuestas por las nuevas ordenanzas. Fue necesario acudir a otros estímulos, como la exención de la carga del aposento y a medidas severas contra las casas a la malicia y a las denominadas «composiciones», que allegaron recursos a la Hacienda pública. Sin embargo de ello, fueron unas cinco mil las casas construidas dentro del reinado de Felipe II, según una fuente seria y casi contemporánea (1618). Bien que se tratara de casas de pobre aspecto, las llamadas *casas a la malicia*, el esfuerzo constructivo fue inmenso, sin comparación posible con el de otros monarcas de la dinastía austríaca y borbónica (Iñiguez Almech). La amarga queja, expresada nada menos que por Juan de Herrera, aposentador de Palacio a la sazón y luego Maestro Mayor de Obras de Felipe II, en carta al secretario Mateo Vázquez, resulta un testimonio esclarecedor y de calidad:

«Es menester ir ennobleciendo este pueblo de esta manera, porque cierto es cosa extraña con todo lo que se fabrica en él y gastan dineros en edificios, cuán poco luce y se echa de ver, y todo esto a costa de no aver fabricado con orden, ni en lugares que se acompañen unos con otros, sino tan desbaratado todo que no ay tomalle tino; y convendría mucho, siendo su Magd. (*Felipe II*) servido, que las ruines casas, o choças por mejor decir, que ay dentro de lo principal de la Villa, que o los dueños las reedificasen o se las tomasen por lo que valen, no pudiendo ellos reedificar, que esto sufriendo es hacerse. Por la pulicia y buen gobierno, cosa es que en coyuntura podrá V. M. (*Mateo Vázquez*) tratallo con su Magd.» (marzo, 1582).

Hasta el año 1590 no surge la *Junta de Policía*, creada por real cédula de Felipe II y fechada en 6 de mayo de tal año. Ello no supone que con anterioridad la Villa hubiera estado regida tan sólo por su Concejo y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte; aparte de la Sala, las intervenciones del Consejo de Castilla eran frecuentes y obligadas, y a las veces, cuando se trataba de asuntos de gran importancia para la existencia de la Corte, las decisiones dimanaban del propio don Felipe, siempre rodeado de sus técnicos, o

*Felipe III, por Juan de Bolonia
y Pietro Tacca (1616)*



sea de Herrera y sus ayudantes y bien asesorado por los miembros de su Junta de Obras y Bosques. Más seguramente ello no bastaba a la ordenación y expansión de la ciudad, y a causa de ello don Felipe decidió crear la *Junta de Policía*, cuyas facultades amplísimas y régimen autónomo originó frecuentes protestas, del Concejo madrileño, que veía mermadas sus facultades.

Dejando a un lado su intervención en labores menudas—abastos, limpiezas, reglamentación de oficios, construcciones de puentes y

lavaderos—fijémonos únicamente en sus más sobresalientes realizaciones. Entre todas ellas destacan los asuntos de índole netamente cortesana, sobre todo la cuestión de los accesos al Palacio Real y la apertura de la Plaza Mayor. Durante el reinado de Felipe II se continúa la transformación de la calle Mayor: se nivela y ensancha y se sustituyen los postes de madera por otros de piedra en todos los portales de la plaza y calle Mayor, así como en los correspondientes a las calles de Toledo y Atocha; y sobre todo se derriba la Puerta de Guadalajara,

la Nueva, cuya efímera vida apenas llegó al medio siglo. Así, la calle Mayor alcanzó la Puerta del Sol del Arrabal, concibiéndose sus antiguos trozos, Almudena y Platerías, como una sola calle.

La continuación de las obras de la calle de Segovia fue la primera preocupación de la Junta; ella y la ordenación de la Plaza Mayor llegaron a ser objeto de los más repetidos acuerdos obedeciendo, sin duda, a las instrucciones directas del monarca. El propio Felipe II se ocupa en sus cartas de la calle Nueva

Grande, actual de Segovia, cuyas obras debieron comenzar simultáneamente a las del Puente de Segovia, denominado en el expediente de construcción *Puente real Nueva*; este puente, situado aguas abajo del anterior, fue utilizado ya para la entrada en Madrid del monarca ocurrida el 28 de marzo de 1583.

La apertura de la calle de Segovia facilitó la comunicación con Palacio a través de la calle del Arco de Santa María, actual Sacramento. Los enlaces se completaron con otra vía importante, la calle de Toledo, y asimismo con la calle de Atocha; ambas alcanzaban la Puerta de Guadalajara, el más importante nudo de comunicaciones a través del Arrabal. Menos afortunado fue el Rey con el asunto de la Plaza Mayor, a la que desea darle dignidad, a fin de adaptarla a su doble destino de mercado y escenario de fiestas cortesanas. Se traza el primer proyecto en 1581, que era un proyecto pobre, cuya traza desagrada a Juan de He-

rrera, desahuciándolo así que llegó a sus manos. Las trazas de Juan de Herrera no se conocen bien; sin duda serían las mismas desarrolladas por su discípulo predilecto Francisco de Mora. Ellas lograron la más calurosa acogida por parte del monarca, que nada quería que se hiciera sin el parecer de su maestro mayor; más ni la intervención de Herrera ni la de la Junta, lograron el grandioso remate ocurrido en el reinado siguiente. Junto con el Puente de Segovia, la Plaza Mayor fue la más sobresaliente edificación pública de la época, aparte, claro está, del Palacio Real.

Para darnos idea del considerable incremento del caserío logrado durante el reinado de Felipe II, sería inapreciable conocer los resultados de aquel lacónico acuerdo de la Junta de Policía, tomado el 12 de abril de 1592: «que se vea lo que toca a los límites que su Majestad ha mandado poner en contorno desta Villa y el estado en que está». Sin

embargo basta a darnosla aproximada la curiosa información de *Pedro Tamayo, de la Guardia de a pie de Su Majestad*; más su enumeración detallada sería prolija.

Para finalizar, cumple decir que antes de acabar el reinado (faltaban aún ocho años), Madrid había duplicado la extensión de 1587, a la que hemos aludido más arriba.

A. G. I.

(1) Bien que *villa* sea una palabra más humilde que la de *ciudad*, la autonomía municipal era idéntica dentro del señorío realengo o feudal. La diferencia entre ambas se acusaba, sobre todo, en el aspecto eclasiástico y canónico, conforme hemos indicado al comienzo.

MADRID PROTAGONISTA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES



Fusilamiento del 2 de Mayo, por Goya

1. MADRID, ESCENARIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Ni la fecha 1561 ni la fecha 1606 deben engañar a nadie. En la primera, Madrid queda nombrado, sin nombrar, con esa eventualidad española que suele ser la más larga

permanencia, capital de España. En la segunda, recobrada por Madrid esa capitalidad eventual, al ganársela a Valladolid—que se la ganó seis años antes con idéntico procedimiento—de jugársela por sus Concejos respectivos empeñándose hasta las pestañas, lo que en verdad

recobraba Madrid era una capitalidad *escenario* sobre el que iba a representarse cada uno de los sucesos, de los lances y trances de la máxima significación nacional. Porque nada más engañoso que pensar que Madrid desde 1561, año en que aún España era mucho, y

menos aún desde 1606, en que España empezaba a ser poco, era una cierta y cerrada geografía desde la cual se ponían en marcha los más poderosos resortes del Imperio para conmover y remover al mundo occidental. Ciertamente que en 1561, pero relativamente cierto que en 1606, era España «ombligo» universal, y por ello tenía obligación de convertirse en eje o en quicio por el que girase aquel mundo. Pero en verdad este mundo, y aun el de Oriente, eran movidos de izquierda a derecha, y viceversa, por las manos pálidas que el artrismo añudaba en sus artejos de don Felipe II, perpetuo habitante de San Lorenzo del Escorial, la auténtica capital de España hasta 1598. Como si estos mundos cupieran, reales, en una de aquellas esferillas armilares sobre soportes con las que jugaban los cosmógrafos y... los reyes casi omnipotentes, pero a juegos bien distintos: el de las leyes de la Naturaleza y el de las leyes de la política, de tiempo en tiempo menos aristotélica.

Madrid, en definitiva, desde 1606, semejante a un menor que tiene intervenidos los caudales y las prebendas de mayorazgo, hubo de divertirse con prestar sus escenarios para las representaciones del gran teatro del mundo. En realidad, todo Madrid fue escenario teatral, siempre a punto sus escenografías adecuadas para los acontecimientos sensacionales o morrocotudos que ese impar dramaturgo que es el Destino—con D mayúscula, ¡ojo!—fue escribiendo con decidida, con implacable decisión de representación inmediata. Acontecimientos bien diversos: bodas y bautizos reales, paces concertadas entre naciones, ejecuciones de lujo para la gran ejemplaridad, fiestas de toros y cañas, procesiones e inquisiciones con gran derroche de cera y esperma, motines y bullangas, recibimientos y despedidas de los que caen pocos en año, citas al por mayor de litigantes y buscones procedentes de todo el mapa español.

Si se lee con detenimiento una puntual historia de Madrid se comprobará que hasta 1808 Madrid, *lo que se dice Madrid*—pueblo y nada más que pueblo (y no olvidemos nunca que son los pueblos en su acepción de colectividad, situado cada uno de ellos en su geografía, y profesos en comunidad de intereses y afectos, quienes hacen la úni-

ca historia legítima y fecunda)—, Madrid pueblo no cuenta algo ni toca pito. Es decir, cuenta como público espectador. Cuenta en ocasiones como el coro relegado a un último plano del escenario, y cuya misión es *hacer bulto* o corear estrambillos mientras se contonea con más o menos compás. Pero entre 1606 y 1808 Madrid pueblo *no pinta* lo que se dice rasgo o chafarrión en la historia nacional. Quienes tocaban a orquesta plena y pintaban a paleta rica eran la monarquía, la nobleza, las audiencias y chancillerías, los Consejos del Reino, las Secretarías del Estado, la alta milicia y el alto clero... Quienes para pintar y tocar a lo grande precisaban, como es lógico, escenarios estupendos y muy diversos, preparados con celeridad y rumbo. Pues bien: Madrid pueblo, con sus inveteradas propensión y afición a lo teatral, durante dos siglos largos, se conformó, inclusive muy jacarandoso, con papel meramente decorativo. No hubo entre 1606 y 1808 mejor escenógrafo que Madrid.

Lo curioso *del caso* fue que además de aficionarle a lo espectacular, los grandes dramaturgos de nuestro Siglo de Oro, con el único aliciente—y único por el esplendor y la resonancia que excedían de las fronteras patrias—de representar sus obras en Madrid, fueron contribuyendo con sus dramas y comedias a sacudir la comatosa conciencia política de las clases populares; a irlas azuzando para que tomaran su parte protagonista en el jaleo histórico; a convencerlas de que sólo en ellas estaba la razón del Poder y de que sólo por ellas el Poder alcanzaría su eficacia de razón. Quien haya leído mucho teatro clásico estará convencido de que gran parte de las obras mejores de aquellos excelsos poetas dramáticos representa—como ahora se dice con énfasis—una *toma de conciencia popular*. Verdad que nuestros más eximios autores manifestaron constantes simpatías—algunas de éstas sin su cuenta y razón—por una exaltación de los valores nacionales más eficaces en aquellos tiempos: teología y política, esto es, religión y monarquía. Pero aun en esta exaltación siempre pueden encontrarse flecos a los que asirse las más legítimas aspiraciones populares. Era como si nuestros dramaturgos, sin dejar de embobarse ante los grandes símbolos de las instituciones,

sintieran el remusguillo de sacar al pueblo de su villanesca condición, estimulándole a merecer su jerarquía máxima. (A merecerla, sí, pero en ocasiones y cuando truena gordo a tomársela por sus manos. Recordemos *Peribáñez*, *Fuenteovejuna*, *El alcalde de Zalamea*.)

En efecto, el pueblo de Madrid entre 1606 y 1808 daba la impresión de *estar achicado*, de sentirse *menor de edad*, y por ello incapacitado para dar independencia a sus decisiones, obligado a obediencia ciega y sólo a levantar el gallo para decir «Amén». Ya era tal su costumbre a tal achicamiento que las clases altas lo creyeron ley inmutable, y como ley inmutable la impusieron, castigando implacables al pueblo apenas éste sacaba un pie del plato, apenas delataba *un estado latente de rebeldía*. Todo ello explica el asombro de las clases rectoras cuando en 1776 Madrid pueblo, dejándose por unos días de su condición pública, de su condición comparsa, decidió hacer pinitos como protagonista en una trapiesta entreverada de esperpento y drama, y que llevaba este estimulante título: el motín de Esquilache.

Cierto. El motín de Esquilache fue como esa función de aficionados en las que velan sus armas, para más altas empresas, futuros primeros actores. Futuro primer actor en 1776: Madrid pueblo. En verdad, a no ser por algunas desgracias personales, no fatales, acaecidas durante la representación, el motín de Esquilache habría sido un estafermo asainetado digno de la pluma salerosa de don Ramón de la Cruz. (Otro gran autor teatral que, tozudo y alegre, fue engolosinando a su pueblo para que tomase en serio su condición de protagonista.) Porque no creo que el argumento del motín de Esquilache tuviera calidad para hacer gritar a Sófocles o gemir a Shakespeare. Muy al contrario, rompe y rasga populachero que está pidiendo el romancillo burlesco y la tonadilla bailoteada. ¡Aquel doble ordeno y mando de capar las capas y los sombreros! Sí, un motivo poco serio. Y, sin embargo, fue como el ensayo de un plante y de un desplante popular, un conato de aspiración escandalosa a una empresa que dos siglos antes pareciera delirio.

Y el historiador debe declarar que el ensayo alcanzó gran éxito entre



1808. El pueblo madrileño lucha contra el ejército francés, ante la primitiva Puerta de Alcalá

los espectadores de las clases populares, no así entre las altas, entre quienes cundió el ceño frucido, la mueca disgusto, el ademán repulsa. Aquéllas, en las calles y plazas de Madrid tomaron por pocos días el timón de la *circunstancia política interior*, y debieron convencerse de que no lo habían hecho mal del todo, pues que consiguieron que el odiado Esquilache, remate efectivo del Poder, escurriéndose como una liebre, perdiera *sus papeles* en una de las huidas más de visto y no visto que recuerda la Historia. Y que monarca tan serio y volutarioso como Carlos III, mejor acuñado por el arte de Mengs y de Goya que por el oro de la Real Casa de la Moneda, se disgustara hasta el pun-

to de largarse, enfurruñado, al palacio de Aranjuez, donde se encerró como niño enojadísimo.

2. MADRID, PROTAGONISTA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Pero fue necesario que llegara el año 1808 para que Madrid pueblo se convirtiera—mejor aún se sintiera—en protagonista de la historia, mereciendo, por fin, la dignidad comprometida y gloriosa de capital de España, tamiz y crisol de todas sus gentes. Momento glorioso el día 2 de mayo de aquel año. Pues que en él Madrid, embajador plenipotenciario de su patria, pronunció muy terne y gallo el «¡Arriba

el telón!» y se adelantó hasta las candilejas para presentar las cartas credenciales de su gesto y de su gesta. ¡El y sólo él protagonista de uno de los sucesos más tremebundos de la tremebundísima historia patria! ¡Ah!, y sin dejar de prestarle los escenarios más propicios conforme se fueran presentando las efemérides—actos de la tragedia—. Y hay que anotar—y nadie dentro ni fuera de España, consciente de la verdad, ha dejado de reconocerlo—que desde entonces Madrid pueblo se ha comportado como quien es: héroe o mártir que escribe o interpreta la historia. Hasta el punto que cuando dentro de la geografía española *se estrena un suceso* de importancia decisiva, no obtiene la



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

definitiva calificación hasta que es estrenado en Madrid.

Conviene insistir mucho y con frecuencia en que fue el 2 de mayo de 1808 la fecha cumbre de Madrid, la ocasión solemne y trágica que aprovechó Madrid para demostrar que su designación de capitalidad había sido justa y que él tenía el buen genio y el mal genio—las agallas—, y el talento para prever y ejecutar los designios españoles.

Mas conviene recordar que la solemnidad de aquel 2 de mayo no sólo tuvo para la gloria y para la perennidad del recuerdo ejemplar a ciertos portentosos actores—ya empadronados en el santoral laico matritense—que se llamaron Daoíz, Velarde, Ruiz, Arango, Malasaña y su hija Manolita... Quienes deben seguir representando en la tragedia reprisada sus grandes papeles. No obstante, la gran hazaña de Madrid pueblo, convertido en autor protagonista, fue haber utilizado para tan grandiosa tragedia a incontables y magníficos actores que hoy viven en el conocimiento de los muy letrados, pero que son anónimos para la generalidad precisamente de ese Madrid pueblo. Y yo quiero ahora presentarles haciéndoles que se adelanten hasta las candilejas uno a uno. No a todos, porque suman muchos miles—pues que no sólo Zaragoza tiene sus innumerables mártires—, pero sí a los más metidos en las entretelas de esa emoción que por humilde queda siempre, ¡cuán injustamente!, condenada al anonimato.

Me refiero:

1.º A lo más sano y cotillón del pueblo matritense, que desde algunos meses antes al 2 de mayo estuvo *haciendo ambiente y pulsando la opinión* contra los invasores franceses, reuniéndose en los claustros de los conventos, en las tertulias domésticas, en las botillería y bodegones, en las gradas de San Felipe y en las trastiendas de las librerías, en los atrios de la Victoria y de la Soledad, en las posadas de las Cavas y de la Cuesta de Segovia...

2.º Al innominado hombre del pueblo que a las ocho en punto de la mañana del 2 de mayo de 1808, ante la puerta del Príncipe del real palacio, cuando era empujado al interior de la carroza de viaje el infantito don Antonio, sacó el pecho fuera, como lo sacó el río Tajo en dramática situación leonina, para

dar el estridente grito—que fue el poner el fuego a la mecha—mandador categórico del ¡empiece el drama y sea lo que Dios quiera!

3.º Al anónimo gentilhombre que cuando ya el infantito estaba metido en la carroza se asomó al balcón principal del palacio para advertir, clamoroso: «¡Vasallos: a las armas, que se llevan al infante!»

4.º Al cerrajero José Blas Molina y Soriano, que haciendo de su voz trompeta del gran juicio ordenó a los centenares de paisanos arracimados ante la carroza del infantito, próxima a partir, y cuando se aproximaban a palacio unos cuantos soldados franceses de Caballería: «¡Matadlos, matadlos! ¡Que no entre en Palacio ningún francés!» A este José Blas Molina y Soriano, que guió a varios centenares de patriotas paisanos hasta el Parque de Monteleón para que allí les dieran armas y municiones.

5.º A los centenares de bravas mujeres que desde los terrados, ventanas y balcones de los alrededores de Palacio arrojaron a las tropas francesas ladrillos, piedras, barroños, vasos, calderas de agua hirviendo, muebles destrozados, «y todo cuanto podía descalabrar, herir, magullar o producir la muerte», sin miedo alguno a las feroces represalias en sus personas o en las de sus hijos, y acompañando a sus acciones *arrojadizas* con un repertorio extensísimo de improperios denigradores.

6.º A la chispera del barrio del Barquillo que desde su balcón acertó a dar en la cabeza con un pesado tiesto de flores mayas nada menos que al general Legrand, paje que había sido de Bonaparte, y a quien éste quería como a hermano menor.

7.º A las mujeres bizarras, quienes, sin miedo ni al dolor ni a la muerte, subieron a la Puerta del Sol, desde los barrios de Lavapiés, de la Cebada, para abrir con sus navajas el vientre de los caballos bretones de los mamelucos.

8.º A cierto caballero muy bragado, llamado José Antonio López Regidor, que murió de un pistoletazo en la boca, a boca de jarro, mientras él atravesaba el pecho con su cuchillo al mameluco que era su asesino. La gloria a toma y daca.

9.º A los niños José del Cerro, de diez años, descalzo de pie y pierna, y José García, de once, quienes, apostados en el esquinal de la Casa de Correos con la calle de Ca-

Monumento a los héroes del Parque de Artillería de Monteleón



*Cuadro de Goya, los mamelucos en la Puerta del Sol.
2 de Mayo*

rretas, tundían cabezas francesas a cantazo limpio, y que murieron acribillados por la metralla, pero sin perder sus risas de puro juego.

10. A tantos, a tantos otros niños entre los siete y los doce años, los hermanos Manuel y Antoñito, Tomás y Catalina, Manuelita y Marcelina, Clarita, Pepín, Estebanito y Santiago, Juanito y Anselmín, con sus honrados apellidos vulgares: García, Fernández, Izquierdo, Alvarez, Amador... A tantos otros niños con nombres y apellidos parecidos, que saliendo de sus modestas casas en las calles de Milanese, de San Miguel, del Tesoro, del Espejo, de la Inquisición, y creyendo que se trataba de jugar a las guerras de

mentirijillas, tomaban parte en ellas cantando y riendo, llorando y gritando, al fin, pateados por corceles, ensartados en los sables... A los innumerables niños mártires cuyo padrón completo queda en los archivos parroquiales, en las listas de los alcaldes de Casa y Cortes, en los legajos del Archivo de Madrid.

11. A los grupos de patriotas que inventaron la lucha de guerrillas y que la dramatizaron con no escasos éxitos en la plaza del Matute, junto a la Botillería de Rodríguez de la Carrera, en la Carrera de San Jerónimo, en la calle Ancha de San Bernardo y en su doblez hacia la Cuesta de Santo Domingo...

12. Al magnífico catalán don An-

drés Rovira, jefe de una guerrilla volante, que causó centenares de muertos a los franceses y que se unió al capitán don Pedro Velarde en el Parque de Monteleón, y con su guerrilla rescató el cadáver del heroico artillero y lo llevó a la cripta de San Martín.

13. Al tremendo atleta Tomás Alvarez Castrillón, que con absoluto desprecio de su vida dedicó su fuerza corporal extraordinaria a colocar los cañones donde eran de urgente necesidad, y a quien una bala de cañón hizo papilla sangrienta.

14. A la bella viuda doña María Beano, madre de cuatro hijos que hubo con un capitán de Artillería, enamorada luego del compañero de

su esposo don Pedro Velarde, y por quien, sabiéndole luchando en el Parque, intentó unirse a él, jugándose la vida y perdiéndola.

Las referencias a estos héroes anónimos o casi, serían interminables. Sumaron muchos miles. Los más murieron matando. Pero muchos fueron bárbaramente fusilados durante la madrugada del 2 al 3 de mayo en los altozanos del Prado, en los declives de la montaña del Príncipe Pío. Estos últimos, además de su gloria, han tenido la suerte de ser presentados a la posteridad y por los siglos de los siglos, y tan

resucitados que..., ¡ahí están!, por los pinceles geniales de don Paco Goya. Fíjense bien en ellos, en los que están muertos y desangrados, en los que están recibiendo las descargas, en los que esperan recibirlas, aterrados. ¿Verdad que están tan vivos aquéllos como éstos y que hasta nos parecen, porque el arte de Goya lo ha querido, unos grandes actores que se levantarán tan campantes apenas caiga el telón del último acto? El 2 de mayo de Madrid pueblo levantó en vilo patriótico a la España toda. Y la dio ejemplos y lecciones, y la calentó el corazón

y la encalenturó el ánimo hasta convertirla en el viento huracanado que arrasaría la gloria napoleónica. El 2 de mayo de Madrid pueblo fue el horóscopo fatal del genial corso. Pero también fue el horóscopo *oficial* de la capitalidad de Madrid, en el que se le preveía infortunios y fortunas sin cuento, pero siempre sobrellevados aquéllos y compartidas éstas con el esforzado y ejemplar ánimo de quien tiene en su mano el crisol y el timón de España.

F. C. S. de R.



Ayuntamiento de Madrid

LAS 100 COSAS

Por **TOMAS BORRAS**



1. Abre usted un planisferio: Madrid es el punto central del mundo. Toda la vida se desarrolla alrededor de él, en círculos concéntricos.

2. También es el punto de intersección entre Europa y África, el hito medio.

3. Asimismo la encrucijada del aire, el sitio donde se cortan las líneas aéreas, donde las azafatas de todos los idiomas cuentan: «¡Ya no falta más que la mitad!»

4. Y el metacentro de la Península Ibérica, que es la plataforma de lanzamiento sobre hemisferios y meridianos.

5. En fin, el curioso caso geográfico-geométrico que mira para todos lados. Madrid es el superjano.

6. Dice el señor Greenwich que ocupa este sitio, precisamente: 14° 45' de longitud Oeste y 40° 24' 30" Norte. A él dejamos la responsabilidad de una cosa tan seria. Lo más seguro es que está en el Cerro de los Angeles, donde se posan los ángeles.

7. Es una villa. Nada de ciudad, cosmópolis, megalópolis, urbe ni enfáticas pamplinas. Villa, que es lo que da añejo de solera.

8. Tiene radios a todas las comunicaciones con lo extra, terrestre y astral. Como la Rosa de los Vientos.

9. Villa, sí. Mas rodeada de reales sitios con los últimos palacios que quedan de las monarquías suntuosas. Depósitos de arte, tradición, historia, nobleza de arriba, de abajo y de en medio. Obras incomparadas, tesoros, acumulación de tesoros sin posibles parangones, puesto que lo viejo no puede hacerse «ya» viejo también.

10. Estación de llegada turística, por ello. Anualmente, 19.000.000 de viajeros curiosos que salen repletos de estética y pasados por la rueda de afilar de la sensibilidad; bajo los brazos, cultura en láminas y explicaciones para soñar diez vidas. Turismo, turismo; idiomas en las aceras apresuradas yendo y mirando.

11. Es capital de España. Sin comentario.

QUE ES MADRID

(GUIA VELOZ PARA NORTEAMERICANOS)

12. Es el hormiguero de tres millones cien mil personas, más doscientas mil diarias añadidas (forasteros).

13. Es el jugueteo de ochocientos mil ratones metálicos. Cien mil, de entra y sal; los otros, matriculados, que ratonean esquivándose hábiles y retozones por las calles del centro (laberinto) y las del anillo anchuroso del Madrid modernísimo (largas caravanas).

14. Es la topera de cincuenta kilómetros de Metro, y pronto lo será de los otros cincuenta que va zapping la tozudez para poder llegar cronometrados a todas las afueras.

15. Es la sede del Jefe del Estado, Gobierno, Administración superior, diplomacia, aspirancia, petición y logranza.

16. La cabeza. Originadora, invencionera, acumuladora, expandidora, observadora, calculadora, tuteladora, amadora y unidora del conjunto.

17. Por lo que está Madrid erguido a setecientos metros sobre el nivel de los mares que rodean su plataforma, orlada entre Madrid y los mares de ubérrimas montañas.

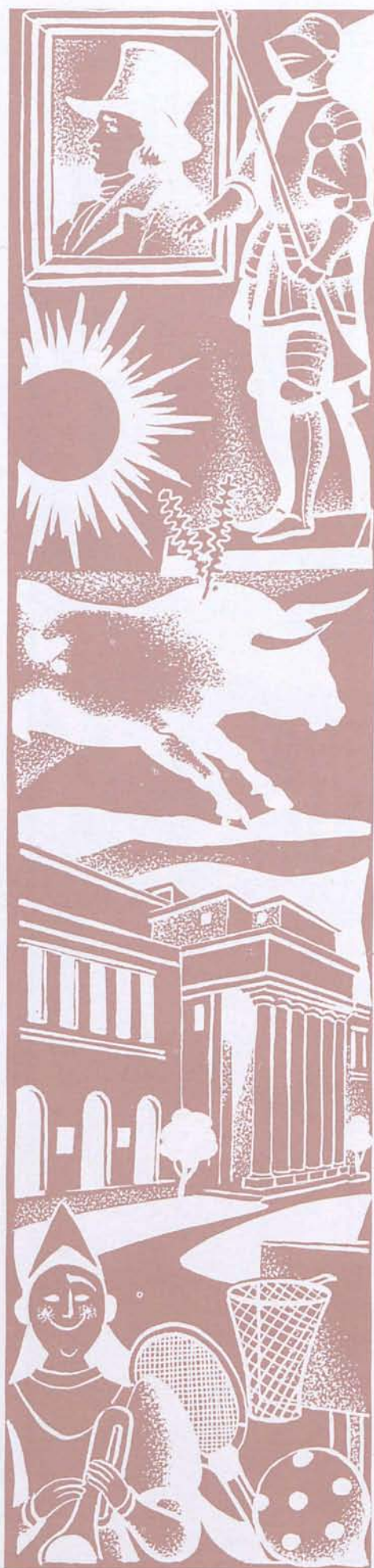
18. Una de ellas, el murallón del Guadarrama, es su recuerdo de los tiempos en que Madrid era la capital del Cuaternario. De esto hace más de quinientos mil años. Tal es la data de su linaje.

19. De todo el cuerpo del país, es asimismo el corazón que bombea la sangre de vitalidad, cuanta recibe y envía. No hay glóbulo rojo que entre en él que no se reexpida oxigenado: idea, acción, ensueño, logro, revulsivo, gozo, dolor.

20. Escuela de doscientos cincuenta mil escolares. De párvulos a doctores. En todos sus grados: iniciaciones, técnicas, maestrías y aprendizajes.

21. De ellos, veinticinco mil hispanoamericanos que madrileñizan su ánima y respiran su aire sutil, que no mata un hombre valioso, pero apaga un candil de ignorancia y penumbra.





22. Es un solar de seiscientos cinco millones de metros cuadrados. En 1939, sólo sesenta y seis. Decuplicado en treinta años. Crecimiento sólo superado en el mundo por Tokio. Los pueblos de alrededor de entonces: los dos Carabancheles, Chamartín de la Rosa, fueron asimilados en 1948; Aravaca, Barajas, Canillas, Canillejas, Hortaleza, en 1949; Fuencarral, El Pardo, Vallecas y Vicálvaro, en 1950. Hoy, con los proyectos del Area Metropolitana (organismo de la extensión), echa el ojo a Majadahonda, Las Rozas, Villanueva de la Cañada, Villanueva del Pardillo, Valdemorillo, Navalagamella, Zarzalejo, Las Matas, Colmenarejo, El Escorial, Galapagar, Torreloa, Hoyo de Manzanares, Villalba, Peguerinos, Cercedilla, Los Molinos, Navacerrada, Becerril, Collado-Mediano, Alepedrete, Negrale, Cerceda, Getafe, Villaverde, Torrejón de Ardoz, Chinchón... En los diarios se anuncian pisos (pisos de bloques) en Móstoles, Alcalá de Henares y aun en La Cabrera. El Area Metropolitana del Ayuntamiento traza sus proyectos sobre Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Paracuellos del Jarama, San Fernando de Henares, Coslada, Ribas del Jarama, Leganés, Brunete, Mejorada del Campo, Velilla de San Antonio, Pinto, Colmenar Viejo, Villanueva del Pardillo, Majadahonda, Villanueva de la Cañada, Pozuelo, Boadilla, Villaviciosa de Odón, Alcorcón, Getafe y Torrejón. Además de los antes citados, que son barrios del cogollo de Madrid en realidad, y éstos, lo que llaman «las afueras», o sea, dentro de Madrid y fuera del casco viejo. Madrid será pronto otra decuplicación. Esta es la noticia de última hora.

23. Es el nudo de los ocho ferrocarriles de primerísima importancia y de las seis autopistas-carreteras de llegada a todos los litorales y fronteras. Nudo que no anuda, sino que hace continuar las rutas. Madrid no se queda ni hace quedar. Es el supersemáforo, el acicate.

24. Es el aeropuerto transoceánico universal. (Ya dijimos su categoría de punto centro del planisferio.) Además tutela otro gran aeródromo para el mundo entero, el de Torrejón de Ardoz. Y sostiene otros: Cuatro Vientos, Getafe y Griñón.

25. Es la posada de treinta mil inmigrantes anuales que a Madrid llegan, hallan habitación, trabajo y compañía fraterna.

26. La ciudad con sólo un 25 por 100 de madrileños. Todos madrileños en cuanto pisan por primera vez sus calles, todos de «aquí». Pues para Madrid no hay «allí» ni «otra parte». Es la plaza popular de las Españas.

27. Es la cuna de veinte mil nuevos madrileños de taller casero, anualmente. Los que piden disculpas a los demás: «¡Dispense que sea de los madriles!»

28. Pila bautismal de una de las mejores literaturas de la cultura absoluta: Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Er-cilla, Benavente, para citar sólo nombres de inscripción en mármol.

29. Paradoja suya es ondular en un llano con pequeños pechos de colinas, alisado por el urbanismo, y a menos de treinta kilómetros poder subir a 2.430 metros (Peñalara) o a 2.138 (Siete Picos). Es su mayor riqueza el Guadarrama. O, más arriba aún, Gredos, baluarte de la vieja Castilla.

30. Como no tenía mar, Madrid se lo ha hecho, y es marítimo. Los embalses de San Juan y el maravilloso de Entrepeñas y Buendía son sus mares interiores. Es éste un Madrid de lanchas y balandros, con los que juega al mar en su mar gracioso rodeado de casitas de campo con pájaros, muchos, y pocos peces.

31. Es el salón donde se puede contemplar lo viejo y lo nuevo: lo mismo la torre de San Pedro que la avenida del Generalísimo. O sea, el románico y el corbousier. Igual las tablas de los primitivos que los abstractos. Las sillas de mano o el último reactor. Si se quiere, el libro de horas de Isabel I y el texto camélistico de Mao Tse Tung.

32. Es cincuenta museos, cada uno de su especialidad. El Prado o el Lázaro Galdeano, el Arqueológico o el Decorativo. Los platos árabes de Osuna y las botellas de Chicote. Todas las gamas, todos los capítulos, todos los gustos y deseos cumplidos. (También el Museo del Mar, ¿no se lo decíamos?)

33. Madrid tiene una temperatura media de catorce grados centígrados. Oscila desde cuatro hasta veintinueve (invierno o verano). La Sierra manda, además de la estación. La Sierra es su manantial de equilibrio y medicina. Por eso es Madrid una de las ciudades más sanas.

34. Es la del otoño hermoso, con cielos de celajes admirables hasta el éxtasis; inviernos tolerables y alegres, corta primavera, precoz verano y un estío de noches frescas. Madrid es de piel morena, tostada por montaña. Sólo sesenta días al año está entoldado de nubes. ¡Diez meses de sol, villa solar, campesina perpetua!

35. Es la sede de los teléfonos directos a la Luna, a lo estratosférico, pronto a Marte, desde Robledo de Chavela, Cebreros, Fresnedilla y Buitrago. Y se cambia imágenes por los satélites de continente a continente. Ciudad astrofísica.

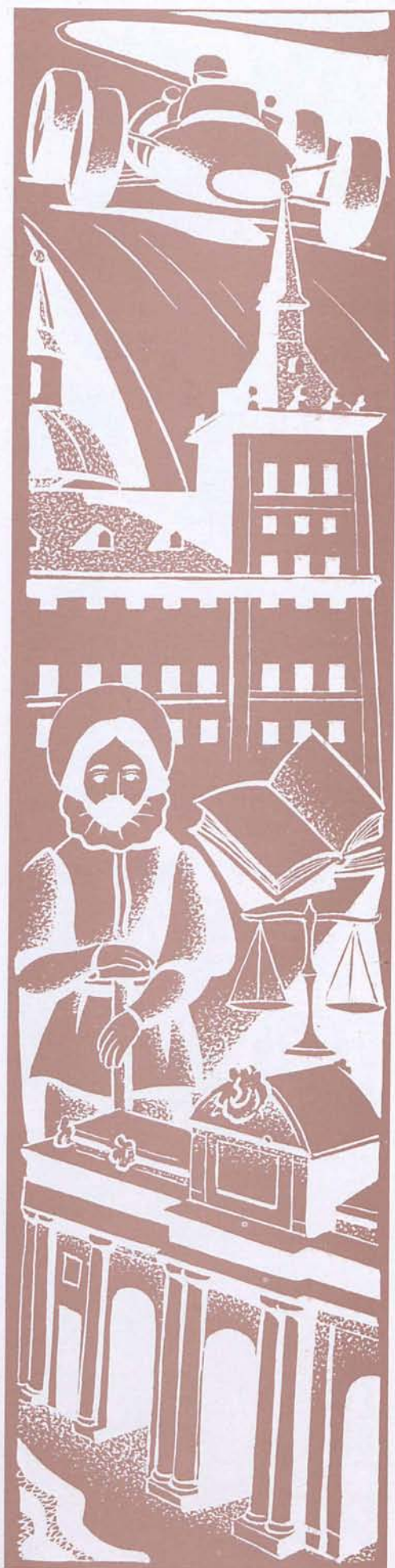
36. Es doscientos cincuenta mil abonados al teléfono. (Las señoritas se cuentan como abonado doble.)

37. Además, los teletipos y los enlaces, hasta el cable submarino y la T. S. H. Un Madrid invisible de ondas interiores y electrónica.

38. Registra tres millones de viajeros diarios en Metro, autobús, taxi, microtaxi y autocares a los distritos-pueblos-ensanches.

39. El de los «aparcamientos» subterráneos. Unas veinte mil plazas. Y se excavan otras con precipita-





ción de urgencia. Madridsub o Submadrid, escamoteada de la superficie tanta circulación abajo, en la termitera, como en el sobresuelo, bajo cielo.

40. Es el generoso que a cada cuestación callejera —y hay varias al año— se saca del bolsillo sesenta u ochenta millones y los abandona una y otra vez en la bandeja de la peticionaria.

41. Se bebe, ya a estas horas, los ríos Lozoya, Sorbe, Guadarrama, Jarama, y empieza a hacerle sangrías al Tajo, el que enfría la primera central de electricidad atómica. El sistema de embalses serranos y del Sur para dotar de agua a Madrid cuenta ya los diez, con más de dos mil millones de metros cúbicos líquidos almacenados .

42. La noche de Madrid es una galáctica. Pues Madrid usa dos sistemas solares: el del astro y el del mercurio, el neón y el átomo transformado en destellos. Por la noche no es villa, su campo desaparece; es ciudad artificial con estrellas oscilantes y danzantes, que se presentan como vicetiples de la luz y anuncian algo prestidigitado.

43. Es cincuenta exposiciones de pintura, escultura, grabado e intento original todos los días del año, renovándose como hojas del calendario de la fama.

44. Es la charlatona: conferencias, conferencias, conferencias. Dice el proverbio: «A las siete, o la das o te la dan». Las ciencias y la sabiduría, y aun la burla. Lenguaraz y comunicativa, salones que opinan que sí, aplauden y «¿Qué ha dicho?», «¡Ha estado admirable!», rebose de cultura de cada cual, samaritano del cántaro vacío de los otros.

45. Es el autor de doscientos estrenos teatrales todos los años. Madrid, meridiano del teatro del habla.

46. El que alberga veintidós teatros, un circo fijo y varios de carpa.

47. El que ve correr toros en tres plazas, incluido San Sebastián de los Reyes, al mismo tiempo.

48. El de cuatro estadios para el balompié. Entre ellos, el del Real Madrid.

49. El de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, más otros conjuntos universitarios, juveniles o de asociados. Todo el de menos de treinta años en cultivo de algún juego de gallardear y virilizarse. Incluido el esquí y el noble, solitario, desinteresado y sin público montañismo.

50. Es Madrid el fomentador de suplementos de ensueño en ciento cuarenta y tres cines. Entre ellos se alistan los más lujosos de Europa.

51. El de los frontones de pelota, los canódromos, el hipódromo, el Palacio de Deportes para competiciones multitudinarias.

52. El de las cincuenta y cuatro salas de fiestas nocturnas con jonkonsismos, yanquismos y demás cosmopolitismos y frasquismos de alcoholismos.

53. Y las..., ¿cuántas?..., ¿doscientas, quinientas?..., cafeterías de paladar exquisito, el plato rápido de pie para el hombre de negocios, la barra de brindar, el apurar café ardiendo que van a quitar la lista de la oficina, los novios haciéndose muecas de labios, las botellas de elixires de alargar la tristeza al que la tiene o incitar a la audacia al tímido.

54. Dista por carretera a Avila 113 kilómetros; a Cádiz, 693. Entre ese compás, todas las cuentas. Ferrocarril: 58, a Guadalajara; 784, a Gerona. Por aire: seis horas, a Nueva York; nueve horas, a Buenos Aires; nada, a Barcelona; hora y media, a Baleares; seis horas, a Roma.

55. Ciudad de conciertos: dos orquestas oficiales, varias de cuarteto, la Banda Municipal (famosa). El Teatro Real, bellísima sala para escuchar. Música en sociedades y en ámbitos elegantes. (Pues la música, como la piedra filosofal, transforma en oro todo lo que roza con su ala.)

56. El que ha plantado la televisión para todo el país, el año cincuenta y seis. El que teje la red que deja con la boca boba a los visoespectadores y escuchas en número inusitado. La televisión, en su palacio regio de Prado del Rey.

57. El que envía, desde los años veintitantos, por Radio Nacional, La Voz de Madrid, Intercontinental, España, Juventud y Peninsular ondas incesantes, saturando de noticias, enseñanzas, oportunidades, gracejo y horizontes a los que alternan TV. con R. Molino, que no cesa, de aspas infinitas.

58. La villa de las doscientas parroquias, ciento treinta y cinco conventos de religiosos y ciento cincuenta y cuatro femeninos, con un total de setenta mil oficiantes, que ruegan a Dios por los aturridos. Y cuatro seminarios de la sapiencia.

59. La que tiene la iglesia más vieja, San Nicolás, poco después del 900, y la catedral que se terminará poco menos del 2200.

60. El de los Bancos. Calles de Bancos; ochocientos mil millones en depósito. Bancos centrales, sucursales, universales, extranjeros, indígenas. Bancos en esquinas, en palacios, de día y de noche; salas congestionadas de gentes con papelitos en la mano, cambio de la moneda de cualquier rincón del negocio. Bancos, banqueros, oficinas donde doblan el espinazo miles de miles de pesetas a la orden del Banco domador. Bancos y más Bancos con oficiantes que pululan, trabajan, ahorran, entregan, gesticulan, meditan, anotan en las amplias cámaras de los Bancos donde dormita su sueño, y a veces despierta, el serpentón del oro. (No se olvide, mil y un Bancos.)

61. Diez mil asociaciones de todo y para todo, edificios enteros para negocios. Asociados, cooperativas —el cooperativismo, invento moderno de lo sindical del Madrid renovado—, asociaciones en las que todos se apretujan con los demás, que la unión hace la fuerza y hasta el jolgorio.

62. ¿Restaurantes en Madrid? ¿Comedores y comederos? Lo refinado y de precios de cucaña o lo re-





galado—los de Auxilio Social—. La categoría entera y en su dimensión enorme. Recoletos o para pópulo algarero, al aire libre o entre cortinas de incierto calor y velo de silencio, saboreadísimos de gusto, servidos por la aptitud de los españoles, que del mesón agrio del diecisiete han llegado a la sutileza, el delicadismo y la cortesanía de los maestresalas y coperos, especieros, lamineros y camareros supremos de la gran cámara del estómago.

63. El de las tabernas, aquellas de mostrador de cinc y la media copa, transformadas en figones succulentos, dignos de antología de viajero de paladar. La taberna, mediada de una cosa y de otra, deja de ser aquello para ser aquello del 900 y esto del casi 2000, mitad y mitad. Lo que de ella sale al mundo mediante los millones de turistas es la serie insuperada de las «tapitas», la golosina que no empalaga, la variedad de la imaginación de la cocina, la mezcla de estilos regionales; las «tapitas» con su vasito de tintorro—a veces rioja—, alineadas al borde del deseo; «tapitas» abrebocas que quitan las ganas de repetir una vez más la minuta consabida, pesada, de plato lleno; cuando ellas, las «tapitas», están allí, en su cazuelita o su platillo, rubias azafranadas, de embutido, amarillas de tortilla de diente menudo, verde aceituna de luna y río; «tapitas» para cantadas por los poetas, rodajitas de algo que sabe a salmón, «soldaditos de Pavía» ayer, hoy trocitos de bacalao frito... ¿Quién es capaz de hacer su fichero?, hijas de Andalucía, ¡hijas de mi vida!, gulilla, hermanas del vino blanco también, excitantes y calmantes: el capricho de eso tan caprichoso que es el sensorio.

64. Madrid es la industria. Desde 1940 ha creado tantas como haya en las regiones donde se enlazan pueblos sin solución de continuidad de fábricas. Brinco desde el cero hasta ser Madrid la segunda ciudad contribuyente por la tarifa industrial. Ochenta mil camiones cargados, los madrileños con el carterón negro del negocio colgando de la mano, ir y entaponarse las rutas, asaltar los vehículos, el pedido, la factura, la productividad, conversaciones al paso, en la calle, sólo sobre si tantas unidades o si suben los escandallos. El Madrid paseante se hizo huracanado, olor a gasolina, a aceite que lubrica, ruido de máquinas, máquinas bajo cobertizos como bólidos por las vías, monótonas en su rodar sobre sí mismas en las naves que lanzan piezas calientes que ensamblan las líneas de productores en el taller adjunto. Y camiones, camionetas, furgonetas, hacia el comprador a plazos; 35.000 contribuyentes industriales, 116.247 centros de ese trabajo, 888.228 trabajadores machacando lo duro para darle forma de «elevado nivel de vida».

65. Los periódicos, al pie del manantial de la información en Madrid. Diarios de estampa prócer, estampas en las revistas al hueco y al todocolor, el orbe en cada página, el orbe irrumpiendo en la vida de Madrid. Y la controversia eterna entre la necesidad y la posibilidad, eje de las polémicas. Diarios y mediolibros removiendo la caldera de la inquietud, sin dejar espacio para el descanso que oxida, alerta espuela. Centro de su vocabulario: problema. Misión: ordenar las confusiones.

66. Madrid es el Sindicato. Ha organizado la fórmula. Tiene enlazado el pueblo en solidaridad. En todo el área nacional, unos centros nerviosos llamados Sindicatos. El trazado se une en el consabido punto central de la circunferencia. Treinta y ocho millones de españoles (con los cinco que españolean fuera de España), de ellos treinta dependen de lo sindical-nacional. El Sindicato ha creado las condiciones para el ascenso de los que llamaba el marxismo, despectivo, «proletarios» hasta los que hoy se consideran «la familia». Las Obras Sindicales cuidan de su casa, de sus diversiones, de su artesanía, de su educación, de su perfeccionamiento político; como de su ascensión al Poder y de su satisfacción económica. El Madrid de España en la tarea más trascendental de su vida histórica.

67. También es Madrid el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se llama así el árbol Iuliano, en estructuras catalogadas y especializadas. Divisiones de competentes en cada rama, creadores, equipos, individualidades en colaboración. Lo más abstruso, lo radicalmente tecnificado, lo afiladísimo de cada teoría, aplicándose. Otra red abarcadora. Esta de la mente y la dedicación semirreligiosa a la hermosura de devolver a Dios, ordenado, el mundo.

68. Y es el Instituto Nacional de Industria la tercera red que tendió sobre España la victoria para apresar la anarquía, domeñarla y convertirla en prosperidad común. El impulso político fue El Pardo; el impulso social, el Paseo del Prado; el impulso fabril, la plaza de Salamanca.

69. El impulso auxiliar realizador de la justicia social, la calle de Alcalá, el Instituto Nacional de Previsión, que protege la caída, la desventura, la enfermedad, la desgracia. El complemento del Sindicato. Madrid, creador del orden nuevo, el que ha derrotado a la mentira de la utopía, y a la pereza y la inercia del abandono, y a la cuquería de los mayores de baños de explotados.

70. Es casino, bastantes casinos, y los casinillos de las tertulias, que no mueren y se alojan en cada hueco propicio. Vida de casino al medio vacío, sólo ancianos o apresurados precisos de citas, las bibliotecas usadas como consulta y redacción, redundancia del diecinueve en un veinte sin tiempo, en el Madrid del sesenta que necesitaría días de cuarenta y ocho horas.

71. Fue campo, luego parques, buenos retiros y sitios para la realeza. Hoy es parques, conserva de su villavivir la afición al jardín dentro de sus patios (léase plazas). El Norte y Noroeste se lo han preservado los monarcas. Allí están sus parques sin parigual: El Pardo, la Casa de Campo. El teleférico une al caserío con el pulmón de la Casa de Campo, zoo y diversiones; la carretera, con el monte de El Pardo, encinas y corzos al salir de las calles, a la mano. Un primor de Madrid. El Retiro, cada vez queda más en maceta en el balcón; hermoso, codiciado por el negocio, defendido por el Municipio, mimado poco a poco por los alcaldes. Esparcidos, otros parques de menor dimensión, árboles en las calles anchas, preciosa condición la de ser villa que no rechaza, sino que atrae a sí la naturaleza.





72. Congresos internacionales y de dentro de casa, en Madrid. Es ciudad—su doble condición—de congresos; gentes que cuando salta Madrid a la propuesta dicen que sí en cualquier Estado. Actividad de órdenes intelectuales para alternar y recibir a la augusta estatua de la cultura, a hombros de sabihondos de todas especies, con sus familias, sus visitas al Prado y su «Pero ¿esto qué es?» ante el Greco.

73. Tres hemerotecas. La Municipal es Madrid desde su raíz, y también el periodismo general. En Madrid se consulta al día el vivir de Adán y Eva desde que se pudo copiar en una hoja de bosque transformada en lámina en una tina.

74. Y archivos. Los papeles que guarda Madrid le hacen notario mayor. Es parigual a Simancas, Sevilla, al de Aragón; a los Venerables. La historia la hace volver Madrid, con sus compañeros de cuidadoso testamento conservado, y se mezcla a la vertiginosidad con su pausa anterior, pero con su tremenda vida interior, que sustenta la de ahora.

75. Es el Circuito del Jarama. La diversión—o banco de pruebas—que sólo soportan las grandiosas poblaciones. La velocidad es musa moderna, y Madrid se suma a su séquito. Circuito motorizado, culmen del deporte, el muso de estas musas.

76. Madrid es donde juran los reyes, los presidentes, los ministros, los diputados, procuradores, directores. Es el juramentero, el garantizador, el que puede exigir cuentas. (¡Y cómo las ha exigido en 1808 y en 1936!) Y el que sienta en Cortes, que consideran y legislan a los españoles.

77. Es academias. Se depuran, se engrandecen idioma, arte, ciencias espirituales, ciencias aplicadas y puras. Academias en que se aprecia gravedad a la asignatura de vivir, aprendiendo para los otros.

78. No sólo «es» Madrid la villa. «Es» también su anchurosidad, su cerco: Avila, Segovia, El Escorial (casi barrio), Aranjuez (que está estudiado para ello), La Granja, El Páular, el Valle de los Caídos, Riofrío, El Pardo (ya lo es, ya es Madrid). Y la soberbia, la soberana montaña de la serranía, la de pinares severos, cantiles grises, galayos dorados. Y beso de boca fresca.

79. Madrid es el de las ocho de la mañana, cuando miles de muchachas van a su trabajo, un poco dormidas, el libro en la mano, leyendo en el Metro, gentiles y entre «chuletas» que se encaminan a las fábricas, peinados a lo ochocientos sin ellos saberlo, y diciéndolas con los ojos piropos que ellas conocen y procuran olvidar.

80. Madrid de un barrio nuevo cada año, o en proyecto, o en construcción, o inaugurado. Un barrio, veinticinco mil vecinos. Y los madrileños, despistados cada día: «¿Dónde cae eso de Aluche? ¿Y eso del Conde de Orgaz?»

81. Es el que tiene el rascacielos más pequeño del mundo. Madrid los llama rascasuelos. (Somos teológicos.) La Torre de Madrid, ciento veinte metros. Otros

rondan esas dimensiones. Muchas torres, es tradición. Jerónimo de Quintana, en el XVI, le llama: «Madrid, Madrid gentil, torres mil». Rascasuelos mil. Villa picuda.

82. Es el de las diez mil calles, por ahora.

83. El de la Bolsa, cuadro a la vista de cómo va la carrera de los dineros, barómetro de tiempo económico del país, juego a ganador y colocado. El dinero es redondo y rueda; la Bolsa puntúa su velocidad. De esta Bolsa de Madrid dependen las bolsas con minúscula.

84. Es el de la Lotería, hija de Madrid, con casa propia, aunque excursione a otras ciudades, bombos con los ojos de la suerte que miran a quien menos se lo figura, misterio de sentido inexplicable.

85. También es el Tribunal Supremo de la Justicia, el que dice la última palabra: la balanza exacta. Eso asimismo para cada uno y cada cual.

86. Es el de las puertas abiertas: Puerta de Alcalá, de Toledo, Puerta de Hierro. Había una Puerta Cerrada y se quitó; no iba con el genio de Madrid ni con su misión hispanuménica.

87. Dos santos, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento y San Isidro, dicen lo que es Madrid a quien sabe leer cuando no hay letras escritas. Lo alto y lo bajo, lo cotidiano y lo místico. El espíritu de sus santos demuestra a Madrid, pues tienen un pie en el suelo y una mano en la región celeste. Madrid ha creado elementos espirituales de suma categoría, pero no ha abominado el barro que pisa.

88. Alrededor de una mesa, conferencia en Madrid el Alto Estado Mayor.

89. Es la estadística, ciencia sin la cual no hay política ni progreso. Madrid, en su constante—lo repetimos—situación centrípeta, maneja ese preciso instrumento de cálculo. Conocer no sólo es amar, sino no fracasar ni ser arbitrista.

90. Es el que necesita madriles satélites: Guadalajara, Aranda de Duero, Toledo, Alcázar de San Juan... Polos de atracción, además de los pueblos aledaños, el alfoz; pues Madrid no cabe en sí mismo, se le rompen las costuras, cuando piensa ensancharse, ya está lleno: ha de irse Madrid a crecer fuera de Madrid.

91. El de la Feria del Libro y el libro en la calle en un aniversario cervantino, y el de los libros en carritos y en el suelo, y el de las librerías de lance y la Cuesta de Moyano, y las lujosas librerías con aire de confitería, la caja de pastelillos de literatura envueltos en celofán. El libro, protagonista. Las edades con libro: de seis a veintidós años, el libro bajo el brazo; de treinta a cincuenta, el libro comprado en casa a los agentes; de los cincuenta a los noventa, el libro rebuscado.

92. Es la ciudad que envía quinientos mil madrileños a las afueras cada fin de semana, un millón por Semana Santa y dos millones en el veraneo. El que





tiene series de casitas de refugio o salud hasta las provincias de Cáceres o Cuenca; el que, en endósmosis, deja entrar a las demás provincias, pero derrama alrededor y sobre todas las provincias, lo que ellas dejaron en la madrileña, en su ser.

93. Es el que se sienta en los bancos, éstos con letra pequeña, que le ha regalado Arias Navarro por todas partes, a tomar el sol o a echar de comer a las palomas y a los gorrones, en esa conversación que empieza así: «En mis tiempos...» Curioso que gorrones y palomas sean, por millares, madrileños volátiles, buchonas o golfillos, entre el tránsito congestionado, adaptadísimos a él, burlándole, fieles a la mano que les tiende la miga de pan, ante los bancos con niños, dulces madres jóvenes, viejecitos que van los dos agarrados del brazo.

94. Madrid es el de los precisos niños elegantemente vestidos—aun si de padres modestos—y las farmacias extraordinariamente puestas.

95. El que tiene un río sin agua, en el cual, no embargante ello, se juegan regatas. Río que va por debajo de su canal, pilluelo de Madrid, tecla fuera del sarcasmo que han tocado cuantos vivieron o vinieron. Y, sin embargo, río, aunque de saltar a la paticoja.

96. Es el que tiene un monumento al Diablo. Pero hermo세ándole. (Admite Madrid hasta a Luzbel, y le ríe la gracia de la Gracia, aun perdida.)

97. Villa que reúne a todas en la Feria del Campo, siempre orgullosa de ser campesina de padres conocidos. Feria de la España a la redonda, a la brava y a la sufrida, a la hermosa de bosques, a la linda de arrozales, a la que canta y baila al terminar la cosecha en rito pagano. A la España moza.

98. Es el Madrid de cerebros electrónicos calculando, como en el Instituto Torroja, las resistencias del cemento armado de cualquier parte, de cualquier país, o calculando las multiplicaciones de las unidades, que es el lema de este tiempo: ¡Producir, producir, multiplicar!

99. El que suena a redoble de motores, el que suena a despertadores a las seis de la mañana, el que suena a televisión hasta las doce de la noche, el que suena a risas de madrugada al salir de los bailaderos voluptuosos.

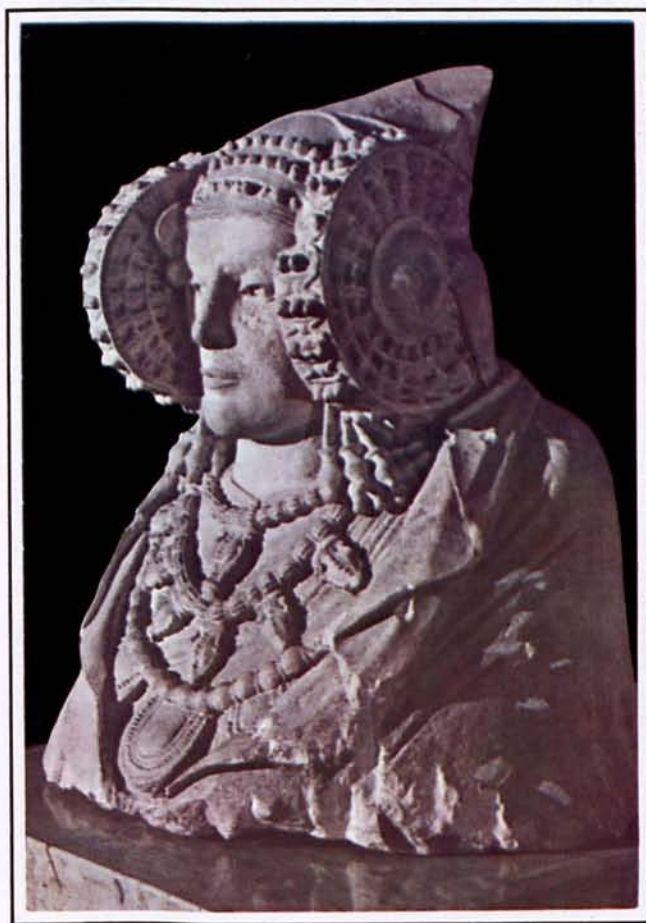
100. Es MADRID. Y no va más. ¡Hagan juego a Madrid, señores!

T. B.

Dibujos de TAULER

MUSEOS GRANDIOSOS, GRANDES Y MENOS GRANDES, CON MADRID ALREDEDOR

Por Ramón Faraldo



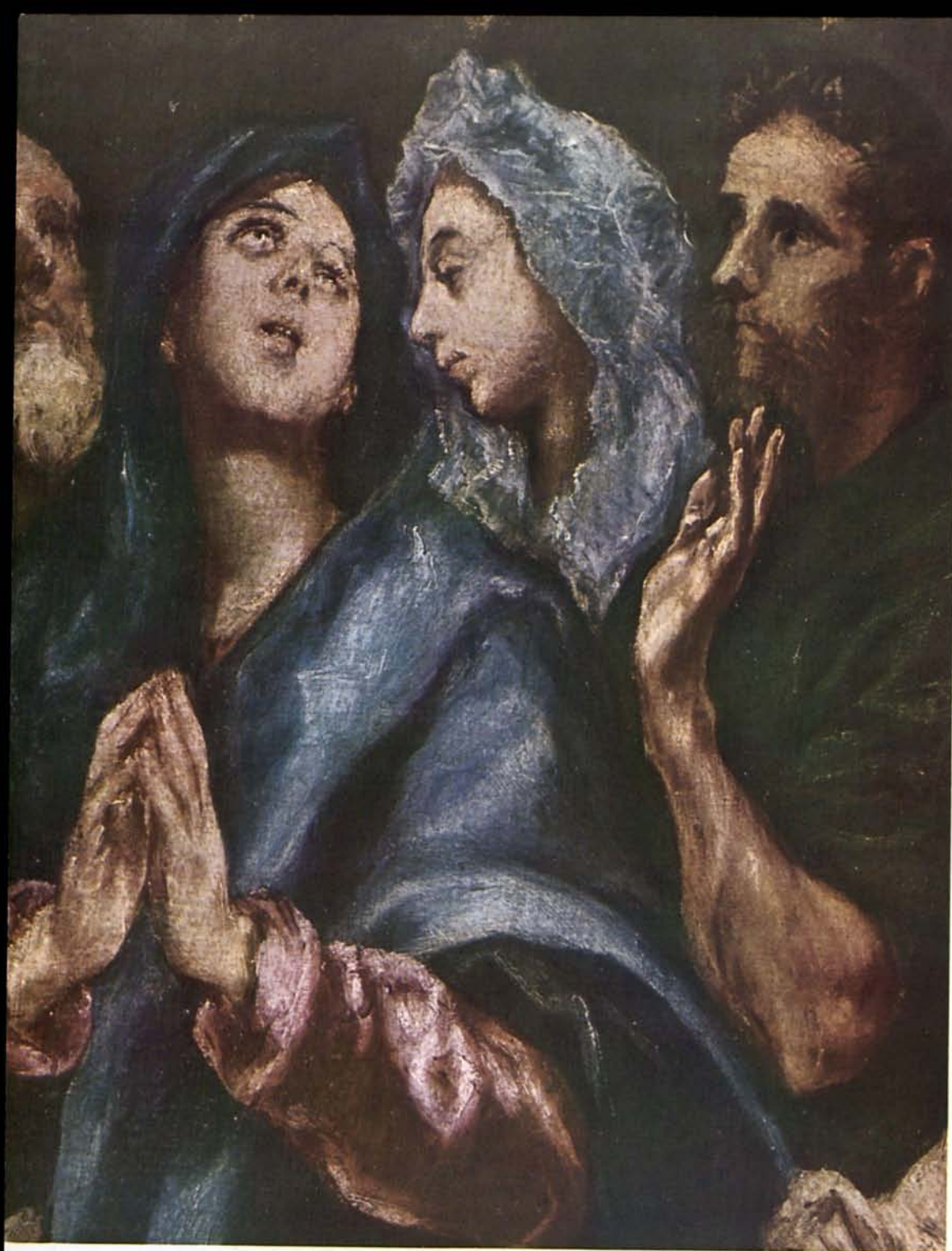
Arte ibérico. «La Dama de Elche»

QUIZA no interese especialmente la enumeración y emplazamiento de los museos de Madrid, problema de guías turísticas o monumentales asequibles a todas las fortunas. Además, cualquier calle o calleja que se siga en el casco urbano madrileño conduciría, milagrosa o fatal-

mente, a la puerta, a la sombra o a la cercanía de uno de estos almacenes de eternidad, llamados museos. De la certeza de esta aserción responde personalmente el cronista; del estado más o menos juvenil o senil del inmueble, horario previsible, catálogo y servicios secunda-

rios, el cronista, una postura estoica, alude a lo mucho que se ha trabajado en este sentido, y confía que las materias inmortales confías al inmueble absorban al visitante más que las eventualidades mortales.

Esto se dice por gentileza hacia



El Greco «La Pentecostés» (detalle)

ciertas leyendas que nos presentan como sujetos tan capaces de inmortalidad como olvidadizos en cuanto a pormenores humanos. La leyenda sirve para engrandecer o achicar la verdad. La verdad, sobre este particular, es que el sistema de instalaciones museales, en Madrid concretamente, no envidia al de cualquier otra urbe civilizada, aparte de excederlos probablemente en número y posiblemente en interés hirsuto o documentado.

Naturalmente, la cabeza imperial del organismo plástico residenciado en la villa es el Prado, cuyo emplazamiento no hago constar por

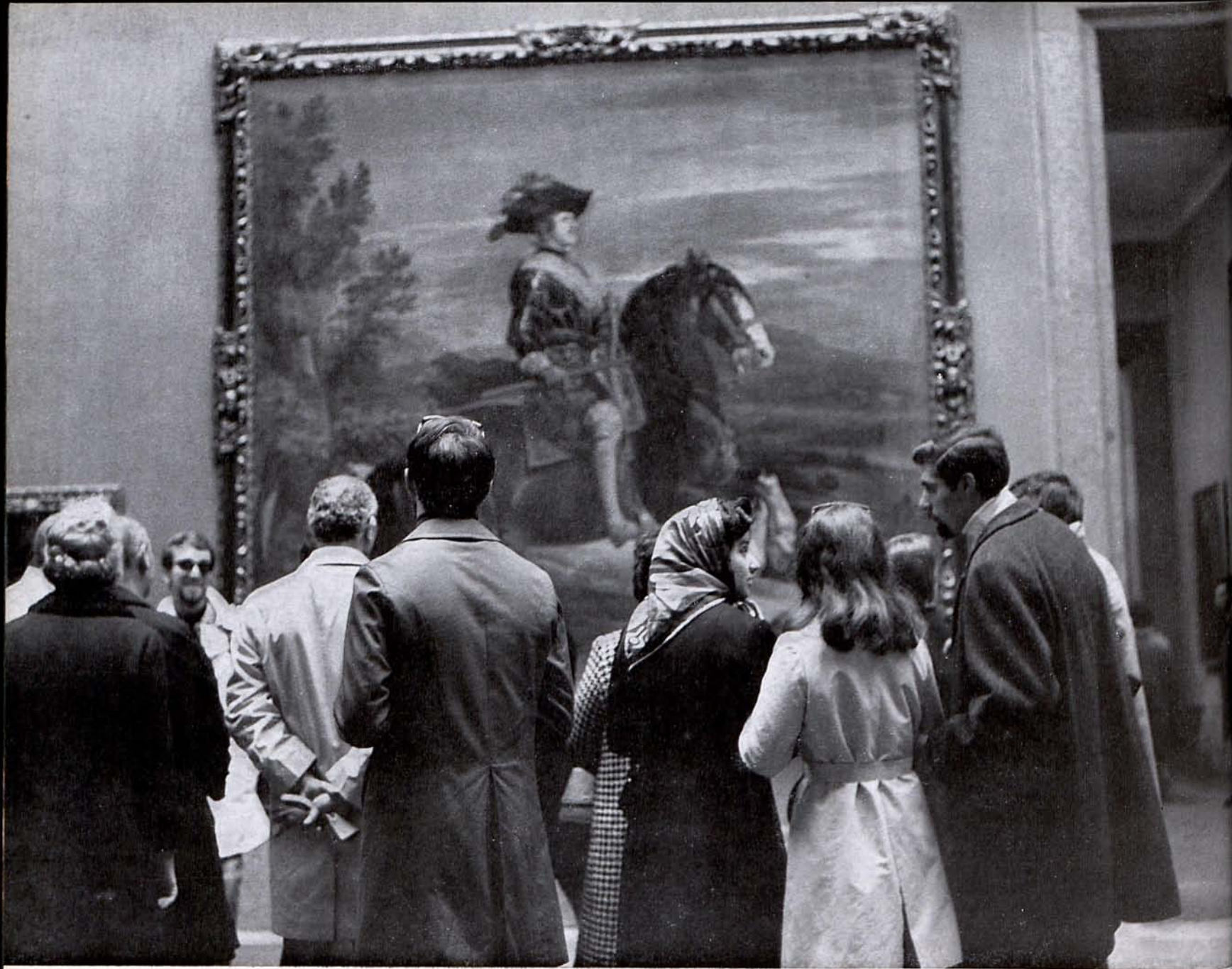
respeto a la perspicacia de quienes lean este texto y porque cualquier nativo de la corte se complacerá en revelarlo, aunque no haya penetrado en el interior. El Prado es uno de los cuatro o cinco primeros entre los archivos mudiales de arte, posiblemente el más completo en pintura, española, por supuesto, y en general, por añadidura. Allí habitan Velázquez, Goya, Greco, Zurbarán, Ribera, Coello, Juanes, los primitivos Bermejo y Gallego, Berruguete, Murillo, Tristán, Mazo, Cerezo, Carreño, Alonso Cano, maestros nominados y anónimos de Cataluña, Castilla, Valencia y sur an-



daluz. Allí encontramos en persona la dama de Elche, el caballero mano al pecho, príncipes y pueblo, santidades y endemoniados tratados a la usanza de la raza. Pero avendados por gracia o por fuerza, Van Eyck, Patinir, Bosco, Holbein, El Angélico, Rafael, Tiziano, Botticelli, Tintoretto, Rubens, Brueghel, Rembrandt, en piezas capitales y numerosas, que guardan granitos de Guadarrama planificados por Villanueva y erigido por uno de los Carlos, el tercero creo. La incorporación del románico catalán en su unidad interior y externa, algunos legados ilustres, ciertas innovaciones en el acondicionamiento turístico del museo no le engrandecieron como tal, aunque hicieron menos frugal su visita.

Estas notificaciones aluden livia-





namente a la magnitud de esta instalación, al perímetro perpetuo de su contenido y al hecho comprobable de que el fluir del arte resultaría gravemente menguado o desangrado sin la aportación de este río. Por supuesto, la pintura de casta española, cuya racialidad ha trascendido a muchas otras, perdería el núcleo central y muchas ramificaciones, pero el arte hanseático e itálico serían amputados en sus arterias.

El Prado, menos espectacular que el Louvre, menos consciente de grandeza que L'Ermitage o la Nacional de Londres, ofrece cierta elementalidad de instalación, trazados rectilíneos no especialmente imagi-

nativos; más su desarrollo espacial no tolera espacio estéril ni tregua en densidad. Estas longitudes pintadas carecen de reposo, de sosiego para la vertical del observador y suspense del sujeto observado. Algunos aconsejan acudir al museo ateniéndose a una sala o pieza determinada, evitando así la saturación, el vértigo de tantas cumbres agrupadas y dirigidas contra uno. Solución discutible: llegar a un objetivo concreto exige transitar entre filas de obras cuyo roce impregna, acosa. O suplanta lo que fuimos a buscar por lo que acabamos de descubrir. Humanamente haría falta mayor extensión entre obra y obra, aislamientos herméticos, convergen-

Velázquez «Vista del Jardín de la Villa»



Ayuntamiento de Madrid



Velázquez «Los borrachos»
o «El triunfo de Baco»



cias menos acuciantes de siglos con siglos y genios con genios para que este camino estelar fijase puntos neurálgicos y puntos olvidables. El Prado debe gozarse y padecerse inexorablemente, con certeza de que Greco, Velázquez, Goya, Patinir, Brueghel o Tiziano serán conquistados tras conquistar bastiones de menor alzada, que fortifican o intrincan la vía real. Este laberinto envuelve a casi toda pinacoteca importante, pero no puede decirse que la nuestra sea ni la menos enredada ni, según criterios de importación, la menos generosa a la hora de recompensar.

El Prado, respecto a pintura, es «aparte». Asombra su opulencia en eternidad, pero asombra que tal

culminación sobreviviera a la amenazada, combustible, activa y empobrecida historia transcurrida junto a estos muros, que, por providencia benévola o supersticioso fetichismo, permanecieron casi intactos y casi infranqueables frente a tanto designio en pugna, usurpadores y revanchistas. Para Verhaeren, la capital de España era el Museo del Prado, rodeado de Madrid por todas partes menos por una, que le permite desaparecer cuando existe inminencia de daños o ultrajes.

A partir del Prado, y por referencia a su intimidad, sobreviene un gran vacío. Imposible soñar en disimularlo o poblarlo parcialmente, toda emulación de nuestro museo resulta vana, además de imperceptible. Si, por ejemplo, el Prado dejase de ser como es, el Museo Lázaro Galdiano cobraría su alta estatura, realmente visible y simétrica, integrada por materiales también perpetuos, aunque cambiantes y policromos. Allí la pintura es base, aunque ésta podría cambiar con toda autoridad, sustituyendo pintura por marfil o bronce del Renacimiento, esmaltería y joyería seculares, vitrales y panoplias, numismática, aderezo bélico de las grandes épocas, miniados y orfebrería, cerámica hispano-árabe de misteriosas irisaciones, cuyo procedimiento han sepultado los tiempos.

Cuanto en el Prado es unidad casi ceñuda, en el Galdiano es pluralidad casi conversante. La instalación confiere propiedades habitables y cordiales al contorno de Leonardo, Van Eyck, *Góngora* de Velázquez, zurbaranesco *Diego de Alcalá*, bocetos de Goya, Bosco, Pedro de Campaña, personajes de Reynolds, Gainsborough o Lawrence, igual que a la copa de Matías Corvino, silla de los Médicis, lámpara musulmana, estoque de Tendillas, material de campaña o juego del emperador Carlos, armaduras del XVI, vajillas otomanas, aderezos de mesa de reyes sajones, arcones toscanos, esmaltería de Limoges o marfiles áulicos. El Lázaro Galdiano autoriza cierta confianza, cierto diálogo con el pasado, y, sea cual sea la maravilla examinada, no deja de ser humana pertenencia de quienes vivieron en nuestro mundo y manejaron lo que



Goya «La familia de Carlos IV»



Goya
«El quitaso!»



hoy sigue siendo manejable o practicable. Aun constituyendo la primera colección particular de España y una de las más originales del orbe, los salones del Lázaro Galdiano no se hacen extraños ni nos hacen extraños. Es, como dije, la réplica confidencial, adaptable a nosotros y agradecida a nuestra visita, que necesitaba el Museo del Prado, después de ejercer su acción anonadante, inaccesible, explícitamente soberana del tiempo y el terreno que ocupa.

El Museo del Palacio de Liria, menos accesible, aunque no menos ilustre, con realizaciones impares de Goya, Tiziano, Greco, Rubens, Rembrandt, etc., aparte de una opulencia en tapices, armaduras, pañería ilustre, mobiliario y objetos artísticos, ligados a los Estuardo y a los Alba, difícilmente superable en instalaciones de la vieja Europa, al menos en las que continúan habitadas y en actividad civil. El Museo Cerralbo, creado por el marqués de esta casa, constituye un ejemplo de instalación museal, una simetría perfecta entre arquitectura y ornamentación pintada: cuadros, tapiz, cerámica, forja y efectos bélicos. Este museo es un «clima» tanto como un museo, así como el Prado es un

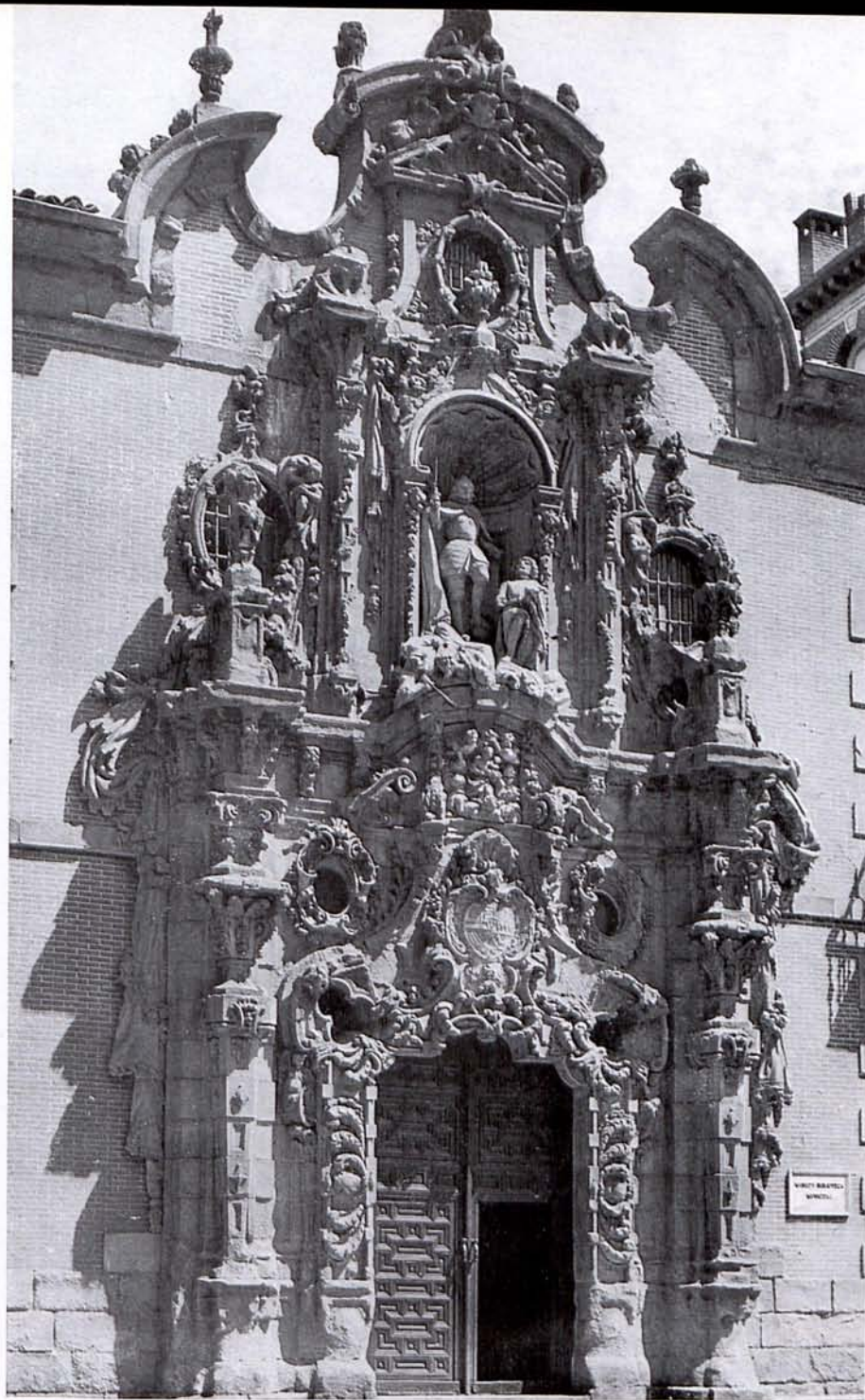
Olimpo taciturno y la colección de Liria una integración heráldica.

El Museo Sorolla, que compone el himno o la estatua habitable del propio Sorolla, con tallas, bargueños, azulejos valencianos y complejos entre exóticos y *modern-style*, podría cerrar, con márgenes de olvido que acepto de antemano, la plana mayor de pinacotecas privadas madrileñas. Hay otras importantes colecciones, no reseñadas, rigurosamente privativas de familias y deudos, que no se divulgan aquí precisamente por la intimidad de su perímetro.

* * *

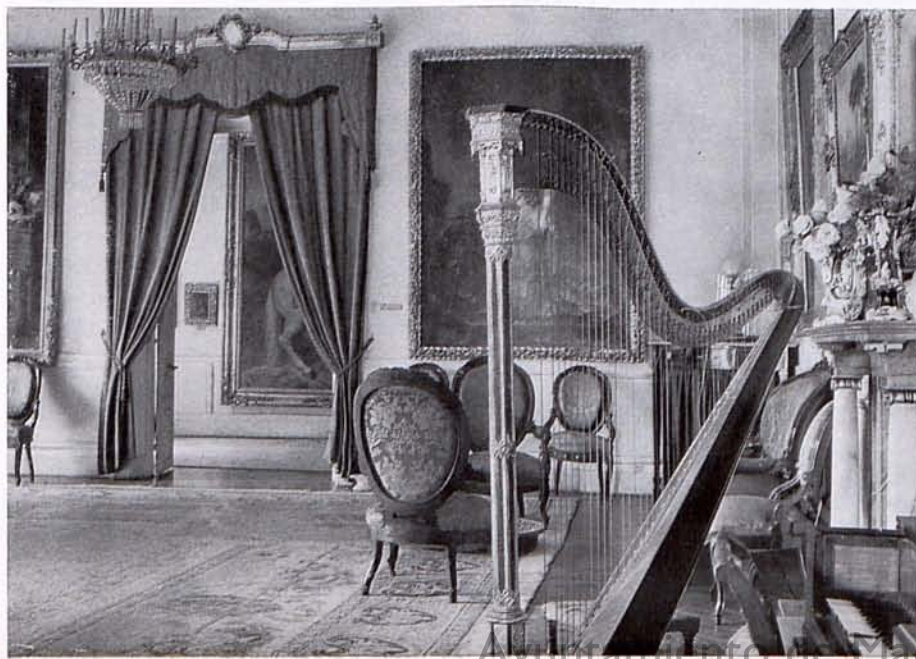
Volviendo al perímetro público, los Museos de Arte Moderno y de Arte Contemporáneo se encuentran en proceso de adaptación. Por penuria de las épocas reseñadas o penuria de instalaciones, demasiado vetustas o demasiado recientes, estos museos llevaron hasta hace algún tiempo existencias casi furtivas o fantasmales. Arte Moderno sostiene nombre y misión que le fueron encomendadas sobre el espléndido cuadro de Eduardo Rosales, selecciones del impresionismo español. Beruete, Echevarría, Regoyos, Muñoz Degraín. Hay vastedades de drama histórico, siempre dramático para el pintor y para el espectador. Hay cuadros únicamente realizables por profesionales españoles, como Solana, y apenas explicables más que para españoles de profesión.

Arte Contemporáneo, proyecto de museo, prueba de capacidad nacio-



Fachada del Museo y Biblioteca Municipal

Una de las salas del Museo Romántico



nal para producir grandes artistas y de incapacidad para guardarlos. Su contenido actual, con presencias mínimas de los artistas vigentes y ausencias inexcusables si no estuviésemos en España, donde todo es como es o como puede ser.

Están las Descalzas Reales, cuya casa, levantada la clausura, se reveló como un fabuloso depósito de arte supremo, orfebrería e imaginaria sagradas, cerámica y tapiz. Lo de este lugar es apenas creíble. En el mismo centro de la capital, al alcance de iluminaciones fluorescentes y tráfico satánico de la Gran Vía, este amurallado es como un delirio caballeresco junto a un delirio electrónico. No se sabe lo que de-



lira verdaderamente, si el lugar, el contorno o el visitante.

El Arqueológico, el de Artes Decorativas, pinacoteca del Palacio Real, Museos Municipal y Romántico cierran a gran escala el círculo de museos madrileños. No puedo silenciar el de la Real Academia de San Fernando, breve, pero soberbiamente seleccionado, y como creación de musealidad chispeable, curiosa y a veces perplejante, el nuevo Museo de América no acepta comparaciones ni simulaciones: es una feria de embelesos entre dos mundos, una congregación de primor y energía, de leyenda e ingenio, que por primera vez hace a un museo sonreírse de sí mismo, y a quien le visita, sonreír, indagar, imaginar, convertirse en parte del museo y de su adorable quimera.

R. F.

LA GENTE DE MADRID

Por ENRIQUE PASTOR MATEOS

Director de las Bibliotecas y Museos Municipales



UNA visita a Madrid permite apreciar sus múltiples atractivos: la ciudad moderna, su comercio, una amplia teoría de tabernas y restaurantes y un pequeño y anárquico mundo de diversiones y espectáculos; la ciudad antigua y monumental, del Palacio Real, de la Plaza Mayor, del Prado, brillante por sus calidades artísticas, notable por su densidad histórica; su cielo luminoso, de soleadas transparencias y matizados celajes.

Una visita a Madrid suele dejar en un espíritu sensible el poso de la nostalgia. Nostalgia de su cielo, de sus piedras y de sus rincones.

Pero su mayor encanto, el mejor recuerdo, la suprema experiencia, es el trato con su gente.

La gente de Madrid no tiene en grado extremo ninguna de las grandes virtudes que resplandecen en las distintas regiones españolas. Ni el humor galaico, ni la gracia andaluza. Ni la sobriedad del castellano viejo, ni la luminosa exuberancia del valenciano. Aragón la supera en agudeza, y en misteriosa poesía, Granada, y Cataluña, donde resplandecen todas las perfecciones de un espíritu tan fecundo como disciplinado, en fantasía y en orden.

Pero la gente de Madrid, digámoslo cuanto antes, posee un no sé qué, que no es sólo desenvoltura y garbo, ni ingenio ni oportunidad. No puede restringirse a la dignidad y a la llaneza, ni puede traducirse por cordialidad ni por decoro. Es un no sé qué, que es todo eso y algo más.

¿De dónde procede este misterioso don que de tal manera permite al madrileño superarse y hacerse grato al forastero, sin motivo concreto que lo explique?

Sí puede sorprendernos que en plena meseta, lejos de las fuentes naturales de riqueza, de las gran-



des vías comerciales, de las fronteras y de los mares, en las estribaciones de una Sierra agreste, a orillas de un río «aprendiz de río», desbancando la gloria secular de un Toledo, haya surgido Madrid, creando riquezas y lanzando caminos, más ha de extrañarnos cómo ha podido ese Madrid, abierto receptáculo de todas las quimeras provincianas, perfilar sus tipos y marcarlos con ese indefinible encanto cuyo origen nos es imposible atribuir a la sangre carpetana y menos aún a las muchas sangres que se mezclaron con aquélla a causa de la conquista o de pacífica migración.

* * *

La historia de Madrid registró hace aproximadamente cuatro siglos su definitiva singladura. Los reyes españoles fijaron allí su corte de manera que iba a resultar definitiva remontadas las veleidades vallisoletanas de Felipe el Piadoso.

Hasta entonces Madrid fue cabeza de comarca, prestigio local y des-

concertado satélite. Gobernado por una nobleza campesina y unos honrados labradores a quienes un buen pasar proporcionaba más satisfacción que orgullo, arrancando de los campos vecinos el pan diario, hubo de defender su autonomía de poderosas ciudades vecinas, sobre todo de la opulenta Segovia, ávida de su tierra, pastos y bosques, y no fue pequeña suerte que quedara al margen de la insaciable codicia de tanto don Alvaro de Luna, de tanto Pacheco o Girón, Cueva o Mendoza como se repartieron en el ocaso de la Edad Media la geografía española.

Su insospechada fortuna vino a sacar a los madrileños de la vulgaridad a costa de esa autonomía tan esforzadamente conseguida. La nobleza local se eclipsó y fue desapareciendo lentamente, y de su pasado rural sólo iban a subsistir las figuras paradójicas de los santos Patronos Isidro Labrador y María de la Cabeza.

Mezcladas y diluidas las antiguas familias, sustituidos los viejos oficios, invadido y conquistado Ma-





drid, se entrega a una nueva y brillante promoción de madrileños.

Durante dos siglos largos, Madrid va a ser corte con Austrias y Borbones, salvando el desolador paréntesis de una guerra sucesoria. Va a ser patria de reyes y de los miembros de la primera nobleza, va a ser refugio de cuantas ambiciones se engendren en torno a la Corona.

Pero este mundo de señores y magnates viene acompañado de otro más numeroso y no menos lleno de talentos y ambiciones. Todo cuanto supone al espíritu noble divagación, todo cuanto exige amplio auditorio, llega a Madrid en arribada forzosa, salvo contadas, aunque distinguidas, excepciones. Los mayores prestigios de las más sublimes Artes, la más cualificada destreza en el más modesto oficio, consideran a Madrid definitiva meta.

No es, pues, justo hablar tan sólo de paniaguados y lacayos; hay en Madrid constantemente una población digna y laboriosa, que va, poco a poco, echando sus raíces y creando una larga tradición.

Ya en las postrimerías de esta época un hombre de letras — don

Ramón de la Cruz—madrileño y un genio de lo plástico—don Francisco de Goya—, que sin nacer ni morir en Madrid es el más madrileño de su tiempo, nos dan una primera e inolvidable versión de un Madrid para la historia.

Este Madrid que vive los últimos resplandores del antiguo régimen es, evidentemente, un Madrid convencional, un Madrid soñado, cifra del pasado y revelación del futuro.

Una aparente frivolidad encubre una salud robusta, una sensibilidad despierta y un destino trágico que van a inmolarse en la hecatombe del 2 de mayo.

* * *

Hacia 1830 Madrid inicia una nueva etapa a velas desplegadas. El espíritu quimérico del romanticismo se conjuga con la prosa descarnada del centralismo administrativo y del progreso económico, sin que las veleidades de la política ni los rigores de las guerras civiles o coloniales puedan detener su marcha.

En cada momento crucial se oirá la voz de los disconformes, pero al



fin triunfará la realidad innegable de su continua expansión.

Se diría que por entonces surge un tercer Madrid, en parte todavía vigente, en el que se forjan nuevos estratos sociales, nuevas minorías dirigentes y nuevas promociones trabajadoras.

Madrid es ahora, más que nunca, la deseada culminación de todas las carreras; los funcionarios de todas las clases, los hombres de profesiones liberales, los artistas, los financieros y sobre todo los políticos saben muy bien que sólo en Madrid pueden colmar sus aspiraciones, que sólo en el ágora madrileña tendrá valor la elocuencia y sólo en ella se logrará una verdadera popularidad.

Pero es más importante, más numerosa y más significativa la inmigración popular que llega a Madrid de apartados rincones de España. Ciertos oficios se hacen patrimonio de los procedentes de determinadas regiones.

Desde los primeros tiempos de esta época un Larra y un Mesonero han descrito un Madrid superviviente. Mesonero y Larra se quejaban de un Madrid estático, que con ritmo demasiado lento se incorporaba a la vida moderna, a Europa, como se decía entonces.



Larra, con amargura y desencanto. Mesonero, con cadencias de notario y providencias de curial.

Ambos presentían la desaparición del antiguo Madrid, suprimidos conventos y mayorazgos, intensificadas las comunicaciones, triunfantes nuevas ideas y nuevos modos y entonaban su responso de acuerdo con la diversidad de humores que les distinguía.

* * *

Llega a su fin el siglo XIX, un siglo petulante y optimista, que tiene conciencia de haber arrancado a la Naturaleza su secreto y proporcionado a los hombres la libertad, la grandeza y la paz. Un siglo que cree pesar en la Historia más que todos los anteriores juntos y que confía en que el hombre está en la vía de la plenitud y de la felicidad gracias a los horizontes que la ha abierto y al impulso que le ha proporcionado.

En este clima de incuestionable euforia, Madrid es una excepción. Los madrileños, desde la atalaya de la Puerta del Sol, han vivido el romántico otoño de la grandeza española durante ese siglo XIX. La Nueva España, el Perú, Nueva Granada, el Río de la Plata, Santo Domingo y más recientemente Cuba, Puerto Rico y Filipinas, han caído del árbol hispánico como hojas amarillentas impulsadas por vientos misteriosos que tenían más de brisas que de huracanes.

En dos ocasiones Madrid ha visto entrar por sus puertas ejércitos extranjeros; cuando les hizo frente con heroísmo, no recibió otro premio que la palabra «heroica» añadida a sus blasones. Por eso tal vez le dejó impasible la llegada, años más tarde, de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Su vida política ha sido un constante e ilusionado tejer y destejer; recibió en triunfo a Riego y le acompañó a la horca, celebró la expatriación de Isabel II al grito de «¡No más Borbones!» y seis años después acogía a un nuevo Borbón: el hijo de Isabel II.

Cuando creía haber encontrado todo lo deseable—una Constitución, una reina modelo de monarca liberal, unos políticos con talla de estadistas, unas instituciones—, he aquí que la catástrofe viene a develar insospechados y profundos defectos: diplomacia ineficaz, ejército y marina insuficientes, medidas de gobierno desacertadas. Y pues-



tos a hacer examen de conciencia, aún verá más: una economía primitiva, una instrucción mediocre, una vida laboral dura...

Y, sin embargo, una aparente tranquilidad, una estoica calma, un aristocrático disimulo hacen de Madrid una de las ciudades más alegres, joviales y encantadoras de Europa.

No tiene, ciertamente, el prestigio de París, capital del mundo cosmopolita, que proyecta su sombra sobre todas las ciudades de Europa y atrae a los mejores ingenios y a las mayores fortunas. Son muchos los españoles que se dan cita en esta época en Montparnasse o en los bulevares.

Conserva, sin embargo, un sólido ascendiente sobre la clientela provinciana. Desde sus cuatro esquinas, España vuelca en la capital, definitiva o esporádicamente, cuantiosos efectivos: gentes acomodadas que se instalan en Madrid para gastar lo más suntuosamente posible sus rentas y a veces algo más que sus rentas, gentes menesterosas que llegan a Madrid en busca de un empleo. El servicio doméstico, la dependencia mercantil y, en algún caso, una incipiente industria van absorbiendo estas aportaciones periféricas.

Siguen viniendo a Madrid, en gran número, los mejores ingenios y las más señaladas ambiciones. Es la época dorada de la bohemia, obligada etapa en su carrera para artistas y escritores. Es época también caracterizada por la silueta asténica del cesante; atraídos por lejanos parentescos y dudosas protecciones, acuden a Madrid, ávidos de vivir del presupuesto, muchos a quienes la estrechez de su fortuna hace la vida insoportable en su tierra natal.

Y aunque son bastantes los que naufragan en el mar inseguro de la corte, aun éstos permanecen varados en sus aguas escuchando, embelesados, alguna voz de sirena. No es por eso extraño que se diga con bastante fundamento que lo más difícil de encontrar en Madrid es un madrileño.

Este fenómeno ha hecho que la población de Madrid haya aumentado considerablemente en los últimos años del siglo. En 1800 era bastante superior a los 150.000 habitantes, a mediados de siglo rebasaba escasamente los 200.000; son más del medio millón los que viven en Madrid en 1900. Es claro que el crecimiento vegetativo no ha podido ser la causa de tan considerable incremento.



La población se halla insuficientemente alojada; existen, ciertamente, algunos palacios y bastantes mansiones señoriales, pero la mayor parte de la población está hacinada en viviendas insalubres, y las noches más calurosas del verano, en las más populares calles madrileñas, las tertulias prolongadas indefinidamente y los balcones y ventanas abiertos de par en par, dan a éstas un cierto carácter de patio interior, que permite la escasez de circulación rodada.

Quizá todos estos factores influyen en que el madrileño sea poco apegado a su hogar y a la salida del trabajo se refugie principalmente en la taberna, o, en el caso de que su condición social no le permita esta expansión, en la trastienda de un amigo. En uno y otro caso, la tertulia es su diversión favorita.

Tertulia habitual y esporádicamente toros, verbenas, teatro. En el teatro se va fraguando una nueva entelequia, vigente en el primer tercio de nuestro siglo, que alcanzará con Arniches su plenitud y traspasará las candilejas para inspirar a un López Silva, a un Casero, a un Répide.

En un Madrid, no demasiado grande para carecer de intimidad, volcado al tráfico de las calles, remansado en plazas y cafés, en constante conversación consigo mismo, la renovación literaria de sus tipos no sólo adquiere popularidad, sino que se va convirtiendo poco a poco en inventada realidad.

Nuevos cánones para viejos tipos con los cuales se valoran a la par ingenio y honradez, confianza y valentía, generosidad abnegada e ingenua presunción.

Curiosos contrastes y evidentes antinomias. Luminoso y noctámbulo, con virtudes domésticas y públicas empresas, confiado en el fracaso, irresoluto e impaciente, castizo a pesar de sus mil castas, pero con una sola versión de su porte, sonriente y acogedora.

De nuevo en el umbral de la tragedia, Madrid se ha encontrado en su gente y otra vez se complace en su propio sueño. Un gran artista, el incomparable Ramón, no don Ramón de la Cruz ni don Ramón Mesonero, con sus palabras va acariciando Madrid, cosa por cosa, y va estereotipando Madrid, persona por persona.

Tal vez en esta amorosa predilección está el secreto de porqué la



gente de Madrid es como es, de ese no sé qué que no hemos sabido definir.

Madrid no es creación de la sangre, sino del espíritu. Madrid no está hecho de dispares cromosomas, sino de sueños de artistas, y los madrileños, desarraigados de atávicas preferencias, han adoptado una patria imaginaria, comprometiéndose en la gran empresa de crearla al vivirla.

* * *

En estos últimos años Madrid crece; crece tal vez demasiado, crece material y moralmente.

Hay más gente, mucha más gente; gente venida de más lejos, gente más laboriosa, más hundida en los quehaceres diarios, más preocupada por problemas extraños.

Tenemos la sensación, como en el siglo XVI, como en 1830, de que Madrid se nos escapa de nuevo. De que navegamos en alta mar, sin otear orillas.

Una gran confianza—valga el testimonio de cuantos nos visitan—nos hace suponer que, sin embargo, Madrid encontrará nuevos artistas y nuevas inspiraciones y que la gente de Madrid, ciudad inventada, será siempre el principal atractivo de nuestra capital.

E. P. M.



VENGA A MADRID EN PRIMAVERA

LO QUE LOS TURISTAS PUEDEN VER
Y ADMIRAR EN LA CAPITAL DE ESPAÑA

Por JUAN ANTONIO CABEZAS

Ayuntamiento de Madrid

MADRID fue una pequeña villa, que en el pasado agosto de 1968 alcanzó los tres millones de habitantes. Es capital de España desde 1561, por decisión de Felipe II, el rey en cuyos dominios «no se ponía el sol».

Está instalada en la submeseta de Castilla la Nueva, sobre un ondulado paisaje de colinas y barrancos que forman la cuenca del pequeño río Manzanares. Tiene al Sur, la llanura manchega, por la que un día buscó sus aventuras Don Quijote, y al Norte y Noroeste, la cordillera carpetovetónica. Características topográficas que han influido en su clima y quizá en su carácter.

Sobre todos los demás factores que contribuyeron a formar y sostener la gran ciudad que es hoy Madrid, prevalecen los elementales que le vienen de su emplazamiento. Lo que recibe del suelo y del cielo. Madrid cuenta con un aire y un cielo únicos. Según su horóscopo hecho en el siglo XVI, las buenas influencias las recibe Madrid de su signo zodiacal Leo, del que le vienen «la templanza, pureza y benignidad de sus aires». Claro que donde se afina, purifica y oxigena el aire único de Madrid es en los pinares del Guadarrama. Y en cuanto a su «alegre cielo», no tiene par por sus claridades y brillo del sol

—características de la meseta—, cuyos celajes primaverales y otoñales se llamaron velazqueños por haber dado fama universal a Velázquez, el mejor pintor madrileño de todos los tiempos.

En el centro geográfico de la Península Ibérica, romanizada, se alzó en la Edad Media una villa cristiana y moruna: Megerit, Madrit y al fin Madrid para siempre, desde que el rey Alfonso VI, el del Cid, la reconquistó en 1085. En torno a la villa había grandes bosques de pinos, robles, encinas y madroñeros. En el escudo de Madrid hay un oso, un goloso plantigrado que se empina para comer los frutos de un madroñero. Hoy, símbolo heráldico que recuerda el que antes fuera silvestre pieza de caza mayor en las periferias forestales.

* * *

Unos itinerarios bien organizados por las agencias de viajes permiten a los visitantes de Madrid ver y admirar sus zonas históricas y monumentales, sus grandes parques, sus museos, sobre todo el Prado, considerado como una de las principales pinacotecas del mundo. Los lugares típicos: el Rastro, los tablados flamencos y los toros en su gran Plaza Monumental.

Se ha comprobado que todo turista o simple visitante que llega a Madrid trae en su mente dos objetivos esenciales: el Museo del Prado y los toros. Lo demás depende del tiempo y de otras circunstancias.

Por eso los autopullman que llevan en su costado un letrado que dice «Visita a Madrid», inician su itinerario mañanero con la llegada al Prado. Se bajan de cada vehículo personas que han llegado la víspera de Estados Unidos, de Inglaterra, Alemania, Francia. No faltan morenos africanos o tagalos de ojos oblicuos. Vienen de todos los meridianos del mundo para ver una corrida de toros y ese gran museo que es poesía para los ojos. El visitante de cualquier raza y mentalidad recibe directamente por los ojos, sin necesidad de explicaciones, el gran mensaje de color y de belleza. Contempla ese alucinante film de noventa y nueve grandes secuencias (salas) y cerca de tres mil planos en color que centenares de maestros realizaron a través de varios siglos. Se da frecuentemente el caso de ver a personas de las más diversas razas entusiasmadas ante un Velázquez, un Goya, un Greco, Morales, Murillo, Ribera, Zurbarán. Algunos aficionados, para no interrumpir su visita, se quedan

← Palacio de Cristal

Fuente de la Alcachofa (Parque del Retiro)





Parque del Retiro

y hacen su almuerzo en el restaurante del museo.

* * *

La segunda visita del itinerario es para el Madrid que una expresión popular denomina de los Austrias o de los Felipes. Se trata del Montmartre madrileño. Una determinada zona instalada sobre dos barrancadas en torno al gran claustro civil de la Plaza Mayor y las calles de Toledo, Mayor, Segovia y

Sacramento. Es el Madrid de la primera expansión urbana, que se inicia con la capitalidad. El que rompió el corsé de piedras morunas de la muralla y traslada hacia el campo las puertas de la fortificada villa medieval.

El complejo histórico-topográfico del Madrid de los Austrias se concreta en el primer cuarto del siglo XVII cuando Felipe III termina la Plaza Mayor, obra del arquitecto Gómez de Mora (1619). En torno al Madrid de la Plaza Mayor

están ya las obras de Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, arquitectos de El Escorial, que españolizan las fórmulas estéticas del Renacimiento: la puente Segoviana, las Descalzas Reales, la casa llamada de Cisneros, el Convento de la Encarnación, la Capilla del Obispo, la Cárcel de Corte, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores. Son las obras con las que Madrid empieza a tomar empaque arquitectónico. Dentro de ese perímetro se encuentran los escasos monumentos medievales

que conserva Madrid: las torres moriscas San Nicolás de los Servitas, San Pedro el Viejo y la Casa y Torre de los Lujanes, en la plaza de la Villa. En esta Torre, según la leyenda, estuvo prisionero el rey de Francia Francisco I, después de la derrota de Pavia.

Para comprender y sentir este Madrid hay que entrar en la Plaza Mayor por cualquiera de sus nueve puertas. Ahora que, por haberse instalado un estacionamiento de coches en el subsuelo, se puede ver vacía, se tiene la impresión de que es el verdadero corazón del Madrid histórico. La Plaza Mayor es una historia en piedra, una síntesis admirable del Madrid renacentista, abierta en el centro del patio colosal, abierta sobre los cuatro chapiteles que rematan sus uniformes techos de pizarra.

Se trata de una historia no escrita, intuida desde el interior de este gran fósil granítico, vaciado del tiempo histórico y que parece conservar la estructura física y moral de una época. Al entrar en la Plaza Mayor no se piensa la historia de Madrid, se experimenta. Se percibe viva, se siente en torno, gravita sobre nuestra sensibilidad, como algo que estuviese dramáticamente unido a nuestro espíritu. Percibimos todo aquel mundo que entre boato real y miseria popular, entre mística exaltación y crueldad primaria, dejó entre estas piedras las huellas de grandezas sublimes y bajezas casi infrahumanas.

* * *

La tercera parte del itinerario madrileño es la visita al Palacio de Oriente o de los borbones y otros monumentos de Carlos III. Madrid empieza a adquirir empaque europeo con el Borbón hijo del francés Felipe V y de su esposa italiana Isabel de Farnesio. El Madrid de Carlos III sigue históricamente al de los Felipes. Es el del estilo neoclásico, obra de tres grandes arquitectos: Sabatini, Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva. Con ellos alcanza su siglo de oro la arquitectura y la ornamentación urbana de Madrid. La arquitectura, como las ideas, recibieron la influencia de la Ilustración. Ahí están, con su capacidad ornamental y funcional, la Casa de Correos, en la Puerta del Sol; la Aduana Real, en la calle de Alcalá (hoy Ministerio de Hacienda); la Puerta de Alcalá, a la que llamó un poeta «umbral de univer-



Arco del Triunfo



Catedral de la Almudena



salismo». Las fuentes monumentales de Cibeles y Neptuno, el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico, el edificio del Prado y el Palacio Real.

Si bien el Palacio ya estaba en construcción cuando Carlos III sube al trono, a él se debe el gran impulso de las obras y él fue quien lo inauguró en diciembre de 1764. Todavía se conservan los aposentos de Carlos III con la misma decoración y mobiliario que utilizó el rey cazador. Todo el inmenso edificio, levantado sobre el solar del viejo Alcázar, es de piedra berroqueña o granito gris del Guadarrama, combinado con caliza blanca de Colmenar, en las columnas, pilastras, antepechos y balaustradas. Tanto por su monumental estructura como por su nobleza, dimensiones y mobiliario, está considerado como uno de los mejores palacios de Europa. La obra duró cuarenta y dos años, con un coste total de doscientos noventa millones de reales. En sus salones suntuosos, incluso el del trono, se conservan porcelanas de la Real Fábrica del Retiro y magníficas arañas fabricadas en La Granja de San Ildefonso. La mayor parte de los

techos están pintados al fresco por Giaquinto, Tiepolo y otros grandes pintores de la época. La llamada sala Gasparini es como el *sancta sanctorum* de nuestro rococó.

* * *

En la calle del Príncipe, cerca del actual Teatro Español, que antes fue Corral de la Pacheca, estaba en los años treinta del siglo XIX el café literario más popular de la época romántica: «El Parnasillo». Según Mesonero, tenía aspecto sucio y era oscuro pese a que se habían instalado las primeras lámparas de gas. Mariano José de Larra, escritor clásico y hombre romántico, se burlaba allí del romanticismo, recién importado por los exiliados de París indultados por la reina gobernadora.

Lo que jamás hubiese firmado Larra o Figaro con su pluma de ave, que se conserva en el Museo Romántico, lo firmó con la pistola aquel 13 de febrero y martes de Carnaval. Firmaba con su pistoletazo el folletín melodramático capaz de ablandar los ojos a todas las porteras y modistillas madrileñas de varias generaciones. También esta

«muerte por amor» contribuye a afianzar su inmortalidad. Para el Madrid romántico, que tenía su centro en la Carrera de San Jerónimo, también la hostelería refinada venía de París con el suizo Lhardy.

Hay otro Madrid, admirable, el galdosiano. El pequeño mundo urbano de *Fortunata y Jacinta*. Se entra en él por la calle de Postas. Está en torno a la Plaza Mayor, la de Santa Cruz y la Puerta del Sol, con sus aledaños. Es un Madrid comercial y burgués. El Madrid de Galdós, como el de don Ramón de la Cruz o el de Arniches, tienen una concreta topografía urbana. Es un Madrid más de ambiente y literatura que de mampostería y topografía municipal. Es curioso lo que ocurre con Madrid. En vez de hablar de los grandes urbanistas, que los tuvo—Torija, Carlos María de Castro, Aguilera o Salamanca—, se habla del Madrid de Galdós. De ese Madrid que por más reformas urbanas que atenten contra él no alterarán este Madrid sin geografía que el novelista convirtió por la magia de su pluma en ficción perdurable, contra la que nada podrá.

Y para los turistas curiosos de auténticas curiosidades urbanas de Madrid queda el Rastro, esa Ribera de Curtidores y muchas calles adyacentes, desde la estatua de Cascorro hasta la Ronda de Embajadores. El Rastro de Madrid no es sólo un lugar pintoresco. Es el drama mudo, íntimo y cruel de las cosas venidas a menos. Para explicar el Rastro—decía Ramón Gómez de la Serna—serían necesarios cicerones poetas. ¡Qué gran poema de ternura y emoción, de materia y espíritu encierran estas «cosas» del Rastro, tan saturadas en su pobreza del más íntimo drama humano! El rastro es la lonja donde se aprovecha lo inservible y se valora lo inefable.

Y para terminar la jornada madrileña, ¡a los toros! Si es domingo de primavera o verano (en mayo se celebran las veinte corridas de San Isidro), el mejor espectáculo, el de la España insólita, es asistir a una corrida con buenos espadas, en la Monumental. Y por la noche, el recorrido por los viejos mesones de la ciudad, para terminar en uno de los buenos «tablaos» de flamenco, ya que en Madrid bailan cada noche los mejores «bailaores» de Andalucía.

J. A. C.



*Calle de Alcalá en su confluencia con
Gran Vía de José Antonio Primo de
Ribera*

DEL MAGERIT MORO AL MADRID DEL AÑO 2000

JOSE LEAL FUERTES

LA primera fase que nos ofrece el urbanismo de la capital corresponde al Magerit moro, espacio reducidísimo dentro del cual las edificaciones se agrupaban al amparo del castillo que más tarde, con la reconquista cristiana, había de con-

vertirse en alcázar filipino y, por último, en palacio borbónico. Estos tres edificios—castillo, alcázar y palacio—representan tres momentos del urbanismo en nuestra capital: el Madrid moro, que se prolonga en la fase cristiana; el Madrid de la

capitalidad, creación de los Austrias, y el Madrid dieciochesco, prolongado durante una parte del siglo XIX.

El humilde caserío medieval estaba cercado por una muralla, de la cual pueden verse hoy escasos vestigios. Para localizar esta primera

estructura urbana de Madrid debemos situarnos al final de la calle Mayor, en el cruce con la de Bailén. Descendiendo por la Cuesta de la Vega, frente a la imagen de Nuestra Señora de la Almudena encontraremos precisamente el lugar donde estuvo emplazada una de las entradas de aquel pequeño poblado: la Puerta de la Vega. El recinto del Magerit medieval, conquistado de modo definitivo por Alfonso VI, se concreta a un abigarrado conjunto de tortuosas callejuelas encerradas por el cinturón de la muralla, que desde la Puerta de la Vega, situada a pocos pasos del primitivo «castillo famoso», descendía por un barranco en lo que hoy es calle de Segovia, para trepar a un pequeño cerro y seguir por la actual calle de Don Pedro buscando el extremo meridional, al que daba acceso la denominada Puerta de Moros, también desaparecida, enclavada aproximadamente en lo que ahora es plaza del Humilladero. Continuaba la muralla por la Cava Baja, calle del Almendro, Puerta Cerrada, Cava de San Miguel, y en el cruce de la calle Mayor, a la altura de la de Milaneses, se situaba la Puerta de Guadalupe. Seguirá nuestro paseo por las calles del Espejo y de la Escalinata para llegar al acceso norte, constituido por la Puerta de Valnadú, que debió estar emplazada en la actual plaza de la Opera, en el arranque de la calle de Requena. Desde este punto la muralla continuaba hasta enlazar con la próxima fortaleza.

La estructura urbana del limitado recinto comprendido dentro del contorno descrito nos muestra un trazado sumamente irregular, formado por calles estrechas y tortuosas y cuevas empinadas. Además de algunos restos de la muralla, quedan todavía en pie algunas muestras de esta primitiva fase: la torre de San Nicolás, quizá el edificio más antiguo de Madrid, en la que puede admirarse su decoración exterior formada por distintos cuerpos de arquerías superpuestas; la puerta del edificio donde hoy está instalada la Hemeroteca Municipal, constituida por un magnífico arco de herradura; la Torre de los Lujanes, también con arco de la misma clase, abierto a la calle del Codo; etcétera.

A partir de 1085, Madrid se convierte en un lugar cristiano. Surgen innovaciones en su fisonomía urbanística. Se rectifican calles y se al-

zan varios templos cristianos: Santa María, San Salvador (en cuyo claustro se reunió el Concejo antes de instituirse el Ayuntamiento), San Justo, San Andrés, San Juan. Hasta diez parroquias se mencionan en el Fuero. Sin embargo, los moros continuaban viviendo, principalmente en el SO. de la población. Todavía se conoce hoy esta parte de la ciudad con el nombre de «Morenía». Esta convivencia origina un estilo muy típico en España, el mudéjar, del cual puede contemplarse en la actualidad un valioso ejemplo: la gallarda torre de San Pedro, en la calle del Nuncio, de planta cuadrada, decorada con tres distintas series de arcos.

Aparece en esta época un nuevo fenómeno urbanístico con las edificaciones levantadas extramuros, generalmente alrededor de algunos monasterios. Así nacen los arrabales o barrios de San Martín, Santo Domingo y San Ginés, defendidos por una barrera o cerca, de la que son testimonio más tarde la Puerta de Santo Domingo y el Postigo de San Martín, ya desaparecidos. Con los últimos reyes de la dinastía Trastámara y especialmente con los Reyes Católicos, se trazan nuevas calles, surgen nuevos barrios y se amplían los límites de la población.

Ejemplos del gótico madrileño son dos templos todavía existentes: San Jerónimo el Real y la Capilla del Obispo; y dos edificios civiles: el Hospital de la Latina, ya desaparecido, y la Casa de los Lujanes. La iglesia de San Jerónimo—los Jerónimos en la denominación popular—fue edificada al trasladarse en la época de los Reyes Católicos al lugar donde hoy se encuentra, entonces a cierta distancia de la población, el monasterio fundado en el camino de El Pardo por concesión de Enrique IV. Sufrió grandes daños en la Guerra de la Independencia, salvados por una cuidadosa restauración que permite admirar este elegante templo.

La Capilla del Obispo o de San Juan de Letrán, edificada por el obispo don Gutierre de Carvajal, terminada en 1535, constituye una magnífica representación del «gótico tardío». Destaca el retablo mayor y los sepulcros del fundador y de sus padres, doña Inés de Carvajal y don Francisco de Vargas, todos del más espléndido estilo plateresco.

Del derruido Hospital de la La-

tina, fundado en 1507 por doña Beatriz Galindo, sólo se conserva su hermosa portada, instalada recientemente, y no con acierto, en la Ciudad Universitaria, y el pretil de la escalera en gótico calado, que se conserva dentro de la Hemeroteca Municipal, en cuyo zaguán pueden verse los sepulcros de *La Latina* y de su marido, don Francisco Ramírez. La Casa de los Lujanes, contigua a la Torre, fue construida a fines del siglo XV. Sobre su portada gótica se contemplan tres escudos de armas «graciosamente dispuestos». Completa el conjunto de la plaza de la Villa, además de la primera Casa Consistorial, de que hablaremos luego, la Casa de Cisneros, hábilmente restaurada, que en su primera versión sólo tuvo fachada a la calle del Sacramento, como todavía puede comprobarse en el plano de Texeira.

Un nuevo urbanismo se implanta con la Casa de Austria al convertirse el lugareño Madrid de la Edad Media en la Corte de España. Como dice Chueca Goitia, el Madrid antiguo termina con Carlos V, y otro distinto, el verdadero Madrid de los Austria, comienza cuando Felipe II, en 1561, fija la capitalidad del Imperio en la antes humilde villa. El crecimiento de la capital es incesante; la corte atrae a nuevas gentes y el centro se desplaza de la antigua plaza de la Villa a la Plaza Mayor, cuyo origen estuvo en la que antes se designó con el nombre de plaza del Arrabal.

La extensión alcanzada por la Villa y Corte imponía un nuevo acceso por la parte del Manzanares. Esta realización urbanística cristaliza en el puente de Segovia, planeado y dirigido por Juan de Herrera, obra en la que resalta la solidez, armonía y grandeza de este inconfundible arquitecto, y que inspiró brillantes versos a los poetas del Siglo de Oro al comparar su magnitud con el insignificante caudal del río. Se completa esta realización con la apertura de una calle (la de Segovia) en el barranco allí existente. Otras vías se abren hacia distintos extremos de la población: Toledo, Atocha, Alcalá, etcétera.

El Alcázar, transformación de la vieja ciudadela protegida por el desnivel del Manzanares, fue reformado en tiempos de Carlos I, y con mayor intensidad bajo el reinado de Felipe II, que encargó esta mi-



Los edificios España y Torre de Madrid

sión a Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera y Francisco de Mora. Culminó la reforma, años más tarde, con la monumental fachada trazada en 1626 por Juan Gómez Mora. Este arquitecto ha dejado honda huella en Madrid. Es el artífice de la Plaza Mayor, inaugurada en 1620 para celebrar las fiestas de la beatificación del santo Patrón, San Isidro. Desde entonces nuestra plaza ha sido teatro de numerosos actos y festividades religiosas y profanas. Dos incendios obligaron a las consiguientes reconstrucciones; la segunda, obra de Juan de Villanueva. (No debe omitirse la reforma operada hace pocos años, que al sanear las cubiertas y dar unidad a los edificios ha devuelto a la Plaza Mayor su carácter auténtico.)

La obra de Gómez Mora queda reflejada en otros edificios civiles y religiosos. Entre los primeros des-

taca el Palacio de los Consejos, construido por el duque de Uceda, donde se nota el posible influjo de Juan de Herrera. Entre los edificios religiosos debe citarse el convento de la Encarnación, terminado en 1616, fundación del monarca Felipe III. Ya anteriormente había sido erigido el convento de las Descalzas Reales, fundado por doña Juana de Austria, hija del emperador y madre del infortunado don Sebastián de Portugal. La fachada de la iglesia, adosada al convento, había sido trazada por Juan Bautista de Toledo. Hoy ambos conventos constituyen interesantes museos donde pueden admirarse importantes obras de arte.

De esta misma época son la antigua Cárcel de Corte, obra de Juan Bautista Crescenci, concluida en 1634, que hoy constituye la sede del Ministerio de Asuntos Exterio-

res, y las Casas Consistoriales, cuya construcción, comenzada en 1640, bajo la dirección de Juan Gómez Mora, se desenvolvió en un largo proceso que llega hasta la reforma realizada en el siglo XVIII por Juan de Villanueva.

Otra manifestación del desarrollo de Madrid se encuentra en el barroco. La influencia de este arte da lugar a una modalidad específica, de la cual pueden citarse algunos ejemplos, tales como la iglesia de San Isidro, hoy catedral provisional de la capital, obra del hermano Bautista, «lego jesuita y maestro consumado en el arte de construir»; el convento de San Plácido, de monjas Benedictinas, y el convento de Mercedarias de Don Juan de Alarcón, la iglesia de las Calatravas y el convento de Comendadoras de Santiago.

Pero el barroco madrileño alcan-



Tejados del viejo Madrid.

za su más original expresión con Pedro de Ribera, arquitecto genial que supo llevar a la práctica los proyectos de un gran corregidor: el marqués de Vadillo, que desde 1715 ostentó durante catorce años el mando de la capital. Entre los monumentos religiosos debidos a este madrileñísimo arquitecto son dignos exponentes la ermita de la Virgen del Puerto y las iglesias de Montserrat y de San Cayetano, cuya fachada se ha atribuido a Churriguera.

En la arquitectura civil ha dejado Pedro de Ribera una inconfundible muestra de su arte en maravillosas fachadas. Recuérdese la del

antiguo Hospicio, hoy Museo Municipal, obra maestra en la que «el brío hispánico no impide su gracia rococó». También son notables otras obras, como los palacios o casas señoriales de Miraflores en la Carrera de San Jerónimo y Perales en la calle de la Magdalena, cuarteles de Guardias de Corps o del Conde Duque, etc. Se completan las realizaciones de Ribera con una importante obra en la que, independientemente del valor artístico (véanse las figuras de San Isidro y Santa María de la Cabeza, debidas a Juan Rón), conviene subrayar el aspecto urbanístico. Nos referimos al puente

de Toledo, que resuelve el problema del acceso a la Corte por el camino de la indicada ciudad.

Con esto llegamos a los primeros planteamientos propiamente urbanísticos, debidos a Carlos III, «el rey alcalde». Hasta entonces las realizaciones habían sido un tanto desordenadas, sin duda como hace notar Chueca, por la falta de peso específico de la Villa para convertirse de golpe en la primera urbe del Imperio; quizá cualquier ciudad de más abolengo—Toledo, Burgos o Salamanca—hubiera exigido más en su ulterior desarrollo. El panorama que ofrece Madrid ha sido reflejado, qui-





zá con alguna exageración, en el *Viaje de España* de don Antonio Ponz, que se queja de la general disposición de la ciudad y de la aridez de sus alrededores.

Un antecedente importante es la construcción de las Salesas Reales, edificio costado por doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI, en el que, aparte de la iglesia, hoy tiene su sede el Tribunal Supremo y la Audiencia. Es curioso el comentario hecho en aquella época por Ponz de considerar desacertado su emplazamiento por tratarse de «un paraje poquísimo frecuentado y a donde no se dirigía calle alguna principal».

La reforma urbanística de Carlos III no sólo afecta a la periferia de Madrid, como han entendido algunos, sino que reviste especial importancia en el interior, mediante medidas de policía urbana que constituyan la premisa imprescindible para una actuación ordenada. Se acomete una tenaz tarea de limpieza y enlosado de las calles, se plantea por primera vez la división ad-

ministrativa de Madrid en ocho cuarteles o distritos subdivididos en barrios, y se cuidan los alrededores, procurando la plantación de árboles, formándose dentro de las cercas del Retiro «un bosque espeso y frondoso—según dice Ponz—en un terreno alto, árido y arenisco». Quizá el desarrollo de este parque del Retiro había de influir de modo decisivo en el futuro desenvolvimiento de Madrid, ya que al quedar la ciudad aprisionada en su lado oriental por el citado parque y en el Oeste por la barrera insalvable del Manzanares, su crecimiento posterior originaría lo que se ha llamado «talle de avispa», con un desarrollo irregular por el Norte y el Sur.

Difícil es concretar en el corto espacio de que disponemos las reformas de Carlos III. Nos limitaremos a una enumeración esquemática, comenzando por el Palacio Real, que sustituyó al antiguo Alcázar, destruido por un voraz incendio en 1734. La construcción del nuevo palacio, iniciada en el reina-

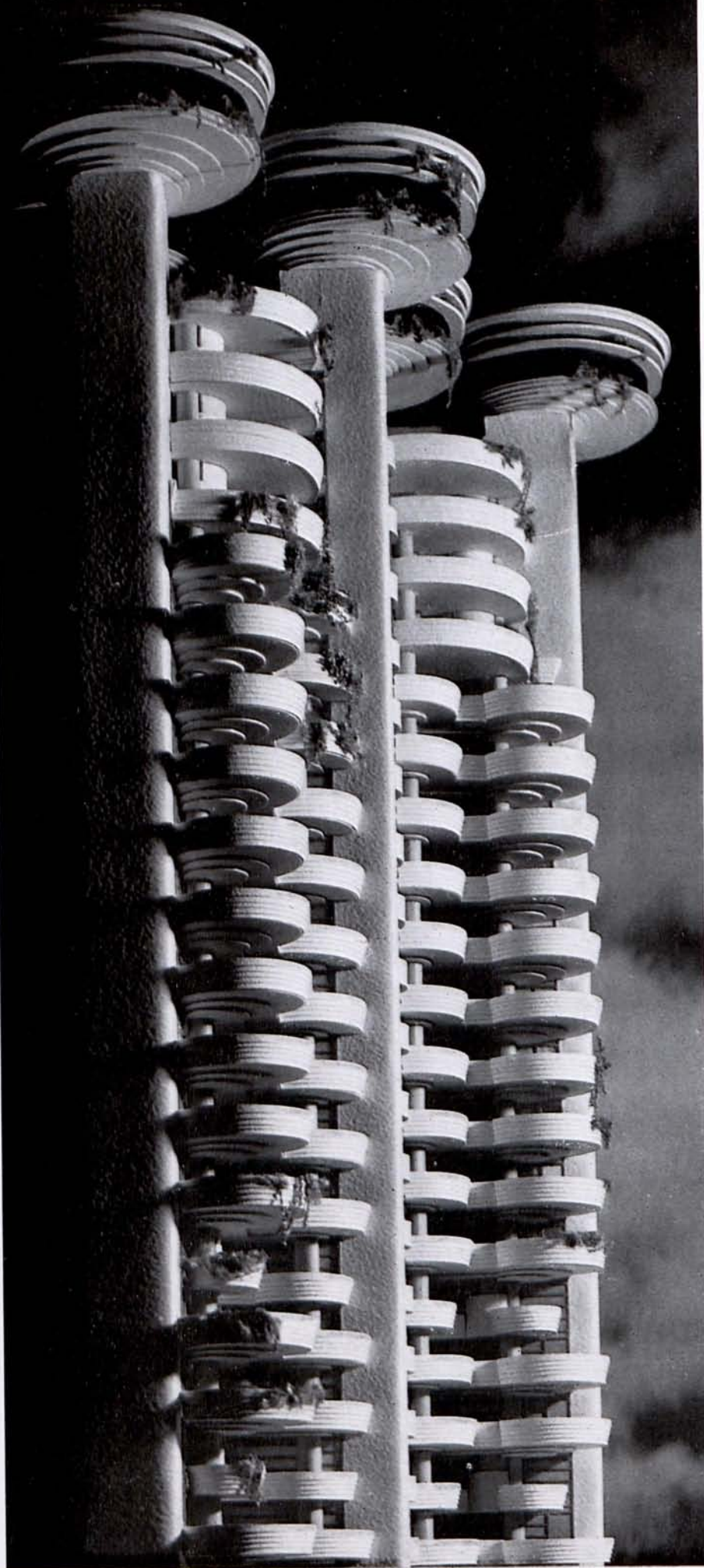
do de Felipe V por el italiano Juvara, fue continuada por Sachetti, para recibir impulso definitivo con Carlos III, en cuyo reinado Sabatini realizó algunas modificaciones y ampliaciones requeridas por el monarca.

Independientemente de la valiosa colección de armas que encierra la Armería Real, el palacio es hoy un interesante museo donde se albergan tapices, pinturas, esculturas, muebles y todo género de obras de arte. La magnificencia de sus salones culmina en el salón del trono y en la capilla, en la que colabora Ventura Rodríguez.

La erección del Palacio Real exigía obras exteriores, acondicionamiento de jardines y apertura de nuevas vías. A esta finalidad respondió el trazado de un nuevo paseo más elevado que el antiguo de la Virgen del Puerto, que continuaba formando ángulo en una pequeña glorieta en dirección al camino de El Pardo. En el paseo de La Florida, después de cambiar varias veces de emplazamiento, se edificó la

Basilica de San Francisco el Grande.





ermita de San Antonio, obra del italiano Fontana, terminada bajo el reinado de Carlos IV, decorada por el genial pincel de Goya. Desde la glorieta se trazó un nuevo paseo que ascendía, dejando a un lado la montaña del Príncipe Pío y al otro daba acceso al Palacio. Esta importante mejora, descrita con todo detalle por Molina Campuzano en un documentado estudio sobre la urbanización de Madrid en el siglo XVIII, tenía como principal ornato la Puerta de San Vicente, desgraciadamente desaparecida, situada en la glorieta antes aludida. Aproximadamente en este lugar se ha instalado en nuestros días una moderna fuente en homenaje al arquitecto Villanueva.

Al norte de la población apenas si tuvo lugar alguna parcial reforma; en cambio, fue de gran importancia la obra realizada en la zona oriental, especialmente la transformación del viejo Prado de San Jerónimo en el nuevo paseo del Prado, hermozeado con la instalación de tres bellas fuentes: la de Cibeles, la de Apolo o de las cuatro estaciones y la de Neptuno. La fuente de la Alcachofa, que en principio figuraba al final del paseo, fue trasladada más tarde al Retiro. Debemos anotar en este paseo el edificio que hoy ocupa el Museo del Prado, obra de Juan de Villanueva, destinado primeramente a Gabinete de Historia Natural, considerado como una de las más perfectas creaciones del arte neoclásico. A continuación, el Jardín Botánico, con dos portadas también obra de Villanueva, completa el conjunto monumental del paseo. Próximo al Prado, en el Cerro de San Blas (hoy al final de la calle de Alfonso XII), el Observatorio Astronómico nos muestra quizá la obra más puramente clásica de Villanueva. Más hacia el Este, en el camino de Alcalá, se alzó la puerta de este nombre, la de más calidad artística de cuantas existen en Madrid, verdadero arco triunfal elevado en honor de Carlos III, obra realizada, como otras de este período, por Sabatini.

No se concreta la actuación urbanística de esta época a la ordenación de zonas periféricas, incluidos los amplios paseos abiertos al mediodía de la población: las rondas,

Un ejemplo de la moderna arquitectura madrileña: El edificio «Torres Blancas»

la prolongación de la calle de Toledo hasta el puente de este nombre, etc. En el casco antiguo se llevan a cabo obras de carácter imperecedero, tales como la Casa de la Real Aduana, que hoy ocupa el Ministerio de Hacienda, quizá la mejor creación de arquitectura civil de Sabatini; la Iglesia Pontificia de San Miguel, levantada en el solar ocupado por la antigua parroquia de los Santos Justo y Pastor; la iglesia de San Marcos, obra de Ventura Rodríguez; la Casa de Correos, en la Puerta del Sol, convertida después en Ministerio de la Gobernación y hoy asiento de la Dirección General de Seguridad.

Después de la época de Carlos III, durante la primera mitad del siglo XIX, no se registran grandes aportaciones urbanísticas. Sin embargo no debemos silenciar la labor de un arquitecto, hoy olvidado, que tuvo la desgracia de trabajar a las órdenes de José Bonaparte en la corta estancia del rey intruso en Madrid. Se trata de Silvestre Pérez, a quien se debe el primer proyecto del viaducto sobre la calle de Segovia, realizado más tarde a iniciativa de Mesonero Romanos. Varios proyectos de este arquitecto no llegaron a convertirse en realidad, pero suya es igualmente la primera idea de la plaza de Oriente, para lo cual se realizaron importantes demoliciones en todo el dédalo de callejuelas que rodeaban el Palacio Real. Lo malo es que la furia demolidora, a veces no justificada, alcanzó a algunos templos, como San Gil, San Juan, Santiago y Santa Clara, y a conventos como Santa Ana y los Mostenses, para abrir en su lugar plazas, tarea útil, pero impopular, por la cual ha sido designado José Bonaparte con el sobrenombre de «rey plazuelas».

Durante el reinado de Fernando VII trabaja Isidro González, autor del obelisco a los héroes del 2 de Mayo y de un segundo proyecto de la plaza de Oriente con pórticos dóricos, idea sustituida más tarde, en tiempos de Isabel II, por la que en definitiva ha prevalecido y con ligeras variantes ha llegado a nuestros días. Es también de esta época la Puerta de Toledo, obra de Antonio López Aguado, que no alcanza el alto nivel artístico de las de Alcalá o San Vicente.

No se puede hablar en esta primera mitad del siglo XIX del avance urbanístico de Madrid sin citar



Plaza del Cordón. Al fondo, iglesia pontificia de San Miguel

a Mesonero Romanos. Su actuación como regidor del Ayuntamiento quedó puntualizada en el «Proyecto de mejoras generales» presentado en mayo de 1846, y al que nos hemos referido en las páginas de esta revista (núms. 22-23, págs. 63 y siguientes). Se empezaba entonces a hablar de la zona denominada «el ensanche», sin tener en cuenta el defectuoso trazado del interior de la población. El plan de Mesonero propugna una razonada reforma interior, distribuida en cuatro grandes sectores. Por vez primera se enfoca el problema de la estructura de la capital con un sentido moderno, que en algunos detalles implica una anticipación a las ideas de la época. En el proyecto de Mesonero, no realizado, por desgracia, en su totalidad, Madrid comienza a ser una capital europea.

La preocupación urbanística pasa a primer plano en el reinado de Isabel II, motivada en buena parte por las necesidades creadas a consecuencia del incesante crecimiento de la población. Juegan un papel decisivo en el ulterior desarrollo de la capital la traída de aguas me-

dianante el Canal de Isabel II (junio de 1858), la implantación de medios regulares de transporte colectivo (1870) y la instalación del alumbrado eléctrico, que acaba por sustituir al de gas.

En 1857 se acomete una obra inaplazable, la reforma de la Puerta del Sol, a la que se da una solución acertada de acuerdo con las exigencias del momento. De la época isabelina es la apertura del gran paseo de la Fuente Castellana, denominado más tarde «La Castellana», de gran perspectiva en el porvenir. Numerosos edificios surgidos a mediados del siglo XIX proclaman un prudente eclecticismo, en el que perdura en todo caso una cierta tendencia neoclásica, a veces orientada hacia el modelo cuatrocentista italiano. Así sucede con el Palacio de las Cortes, la Biblioteca Nacional y Museo Arqueológico, la Bolsa, el edificio del Banco Hipotecario, que fue antiguo palacio del marqués de Salamanca; el Banco de España, etc.

Y ya que hemos nombrado a Salamanca no es posible omitir, entre las realizaciones decimonónicas, su



En primer término, la Plaza de España con el Monumento a Cervantes y los edificios España y Torre de Madrid (Foto Paisajes Españoles)

obra, en la que, como primer antecedente de las grandes empresas actuales, se combinan con insuperable acierto, en un plan de conjunto, la edificación y el aspecto financiero. La cuadrícula trazada en el barrio que hoy ostenta su nombre conserva indudable actualidad y ha sido punto de partida para posteriores ampliaciones.

Otra importante manifestación urbanística del pasado siglo es la proyectada hacia el exterior de la ciudad, de la que se hace eco un Real Decreto de 8 de abril de 1857 para que el Gobierno, oído el parecer del Ayuntamiento y la Diputación de Madrid, formule un proyecto de en-

sanche de la capital, que fue redactado por el ingeniero don Carlos María de Castro y aprobado por otro Real Decreto de 19 de julio de 1860. Su mérito estriba en haber sido el punto de partida de la legislación posterior, iniciándose una época de constante actividad con obras que habían de cambiar la fisonomía de la capital. La financiación tuvo lugar mediante empréstito autorizado por el Estado al Concejo madrileño. El Plan del Ensanche fue objeto de sucesivas modificaciones en 1867 y 1876 hasta llegar a la Ley de 26 de julio de 1892.

Con el finisecular proyecto de la

Fuente de Neptuno; Paseo del Prado, Plaza de Cibeles, Paseos de Recoletos y Castellana (Foto Paisajes Españoles)



Gran Vía se entra en el siglo XX. Después de varios intentos se inician, por fin, las obras en 1910. Quizá el trazado no haya sido muy afortunado, pero hay que reconocer que hoy la avenida de José Antonio se ha convertido en una importante vía comercial, que por sus establecimientos, sus cines y cafeterías, y sobre todo por su intenso tráfico es comparable a las mejores avenidas de las capitales europeas, especie de canales abiertos en las poblaciones, a las que nuestro Ramón Gómez de la Serna calificaba como «grandes Panamá con reclamos de colores».

Llegamos al momento actual. A partir de su liberación, el crecimiento de Madrid adquiere un ritmo vertiginoso. Pero no es solamente el hecho de los tres millones de habitantes el único factor que debemos considerar. Hay otro quizá más importante: el Madrid galdosiano, íntimo y tranquilo de comienzo del siglo, sin verdaderos medios propios de vida, se ha convertido en una poderosa ciudad industrial. Y esto se refleja en su urbanismo. Grandes edificios, enormes almace-

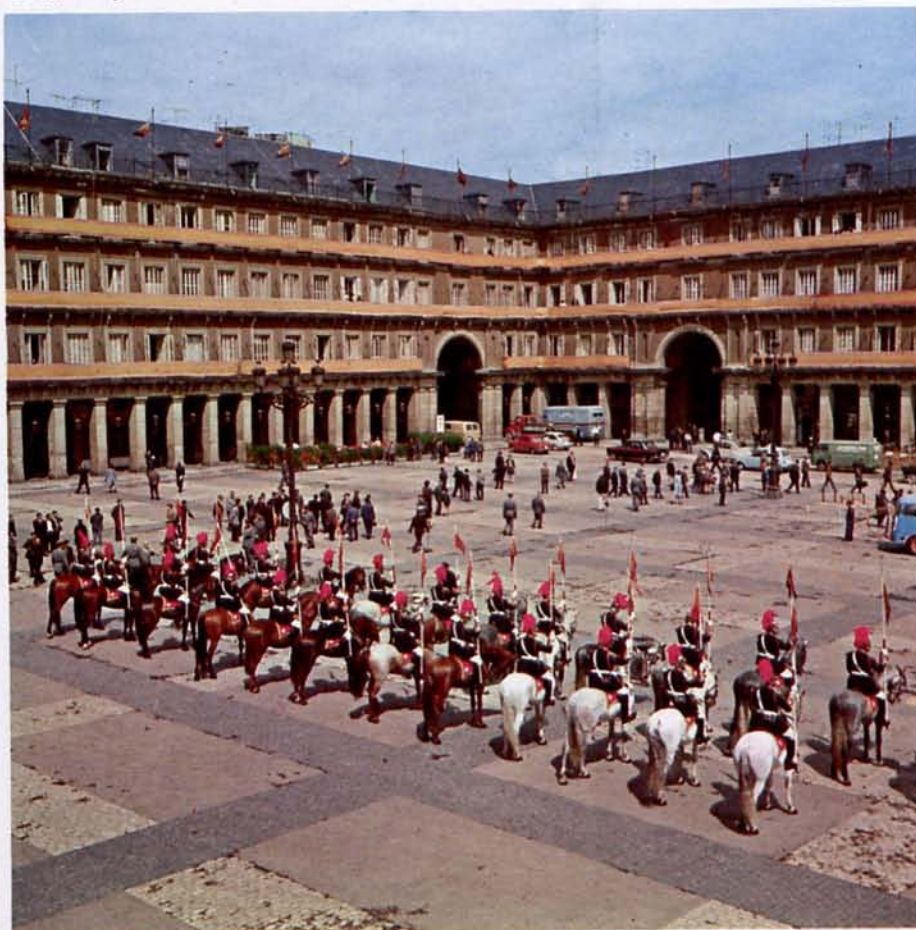
nes, bloques industriales, atrevidos rascacielos... Se impone una rigurosa zonificación que exige implantar nuevas ordenanzas de edificación, ya que las vigentes están en gran parte superadas por los acontecimientos. Por otra parte, el tráfico, cada día más intenso, da lugar a normas restrictivas. La máquina, en principio poderoso auxiliar del hombre, acaba por esclavizarle. El automóvil crea nuevas exigencias: estacionamientos subterráneos, pasos elevados o inferiores, zona azul. Surgen extrañas edificaciones en las que la belleza se sacrifica ante las exigencias del funcionalismo.

En estos últimos años de febril actividad urbanística los resultados han superado, en términos generales, a lo previsto y son sobradamente conocidos por todos. La apertura de amplias y modernas vías, la construcción del Parque de Atracciones y del Zoo en la Casa de Campo, los nuevos complejos polideportivos, la recuperación del parque de la Arganzuela, la llamada «operación asfalto», que ha permitido pavimentar trescientas ochenta calles, con una longitud de ciento sesenta y tres ki-

lómetros; la «operación alumbrado», son ejemplos, entre los muchos que pudieran citarse, que caracterizan la intensa tarea de los regidores municipales. Si el crecimiento de la capital es incontenible, hemos de pensar, como ha dicho el actual alcalde, en estructurar, al menos en sus líneas maestras, el Madrid del año 2000. Y al dirigir la mirada hacia este año 2000 no se puede ocultar una honda inquietud. Y surge una pregunta: ¿Caminaremos acaso hacia una ciudad deshumanizada, hacia una especie de colmena humana? Madrid ya no es «silencio y luz», como la definió Ramón Gómez de la Serna. El silencio está turbado por mil estridencias, la luz se oscurece por la contaminación atmosférica. La sensibilidad de los rectores de nuestra vida municipal puede ser la garantía que atempere las más atrevidas realizaciones con las exigencias elementales del ser humano. No hay que olvidar en este punto las palabras de don Carlos Arias, el alcalde promotor de las actuales reformas: «No nace el hombre para la ciudad, sino que la ciudad se hace para el hombre».

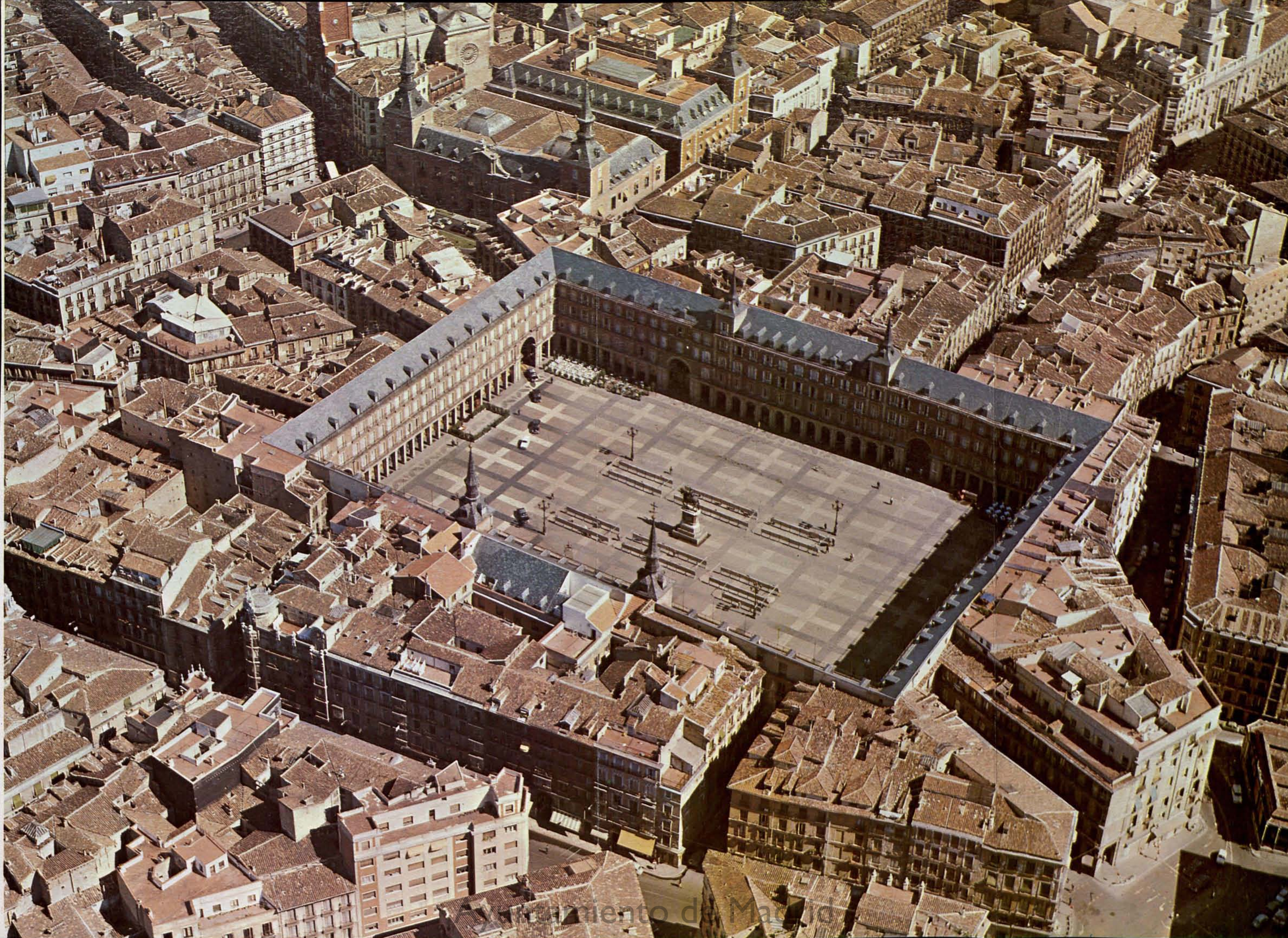
J. L. F.

Plaza Mayor





Ayuntamiento de Madrid



Plaza Mayor, Madrid

PARQUES Y JARDINES DE MADRID

La capital de España es la ciudad europea con más árboles callejeros.

LOS NUEVOS PARQUES SE CONSTRUYEN
CON AMPLIOS PROPOSITOS URBANISTICOS

El último censo vegetal da una cifra de 1.800.000 árboles distribuidos entre parques y calles.

Por MANUEL MARLASCA PEREZ

HACE tres años —concretamente el 15 de mayo, festividad de nuestro santo Patrono, San Isidro Labrador—se inauguró en Madrid el denominado Parque de Berlín, en el polígono recién urbanizado de Santamarca. Con su inauguración se iniciaba la corrección de un viejo vicio de siglos: el de que el emplazamiento de los parques nunca fuera inspirado por propósitos urbanísticos. Ni en la antigüedad, ni en la Edad Media, ni en otras épocas más cercanas se preocupó nadie de atender a esa necesidad. Hubo—al decir de los historiadores—una sola excepción: la de Grecia, que en su época de esplendor construyó parques a los que tenía acceso el público. Desde aquella Grecia esplendorosa hasta nuestros días ha llovido mucho. Y si en la antigüedad y en las edades que la siguieron no se sintió la necesidad por el hombre de retornar a la Naturaleza —acaso porque la Humanidad no había renunciado a ella—, en la hora de ahora ese regreso a su contacto se impone con más fuerza cada día.

Dicen que fueron los árabes los que trajeron los jardines a España.





Plaza de Oriente.

Dicen también que los parques públicos, tanto ornamentales como rurales o rústicos, en sus orígenes fueron posesiones reales o particulares cuyo dominio fue pasando, con el correr de los años, a los ciudadanos. Así fue en Madrid. Desde sus cesiones o rescates, los parques ornamentales, como el del Retiro, el del Oeste, el de la Cuesta de la Vega, el de la Fuente del Berro, etcétera, ofrecen al hombre un breve reposo, la posibilidad de pasear, de tomar el sol, de guarecerse bajo las frondas. Entre los parques rurales, la Casa de Campo y la Dehesa de la Villa brindan al habitante de la

gran ciudad la ocasión de pasar una jornada de paz en la más amplia acepción de la jira campestre.

TREINTA MILLONES DE METROS CUADRADOS DE PARQUES

Madrid tiene una población de tres millones de habitantes. Quiere decir esto que cada madrileño dispone, para su solaz y esparcimiento, de diez metros cuadrados de zona verde, puesto que es de treinta millones de metros cuadrados la superficie total de los veinte parques

existentes, incluido el que este año, por San Isidro también, será inaugurado. De acuerdo con la política de zonas verdes impuesta por don Carlos Arias Navarro desde su acceso a la Alcaldía - Presidencia, este año será puesto al servicio del público el parque de la Arganzuela, una vieja dehesa llena de historia y de cesiones y contracesiones, que en 1968, merced al apoyo decidido del ministro de Obras Públicas, don Federico Silva Muñoz, reversionó finalmente al Municipio madrileño, y en la que desde entonces se trabaja intensamente por los Servicios de Parques y Jardines para convertirla en

uno de los mejores y más amplios parques de la capital.

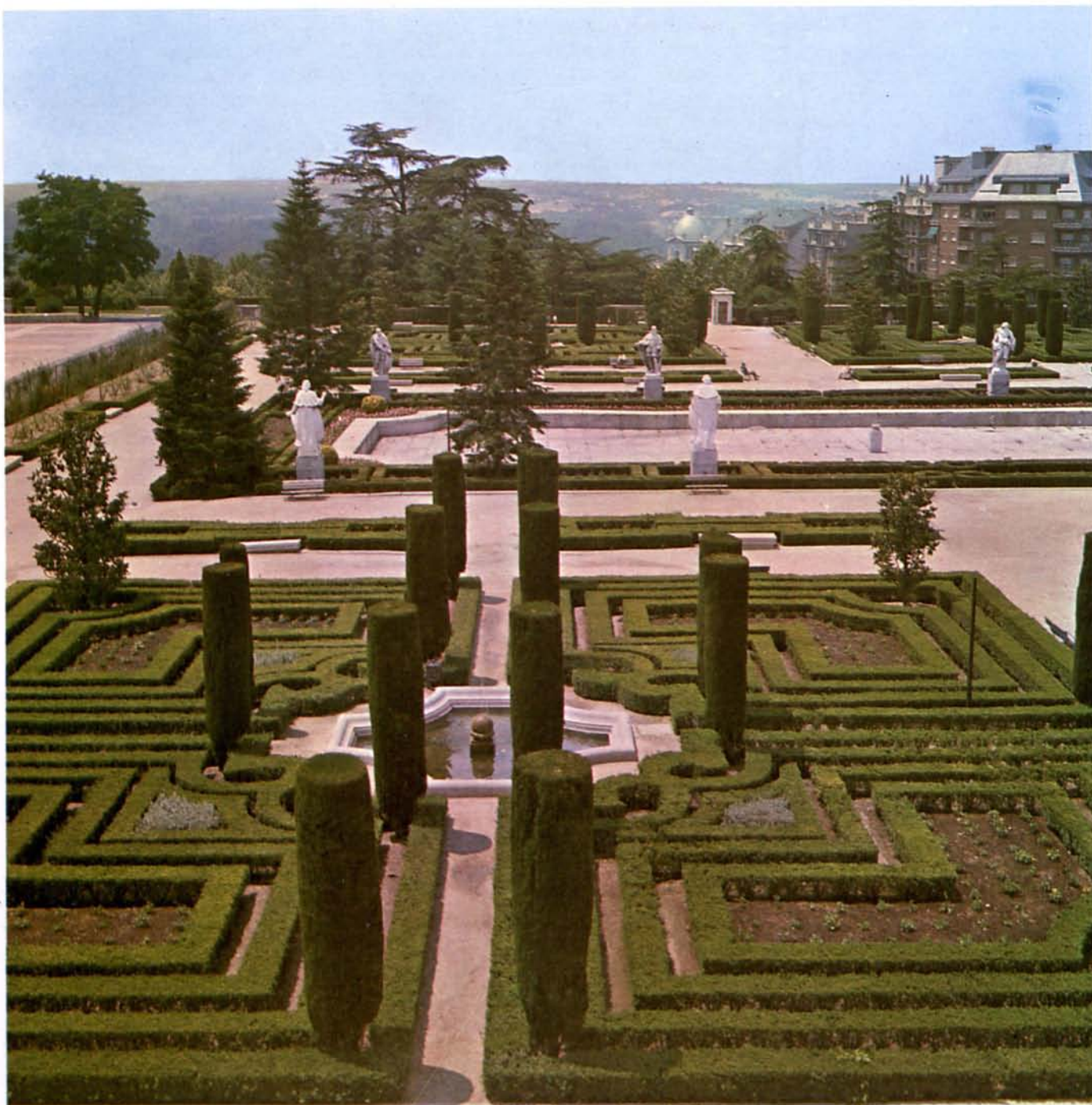
Porque conviene recordar que cuando, hace cuatro años, se posesionó de la Alcaldía don Carlos Arias Navarro, éste ofreció a la capital de España un nuevo parque cada año y una plaza ajardinada cada mes. Ofrecimiento que se cumple puntualmente. En 1967 fue abierto al disfrute de los madrileños el nuevo parque denominado de Berlín, construido urbanísticamente al servicio de un nuevo núcleo de la ciudad. En 1968 lo fue la ampliación del de la Fuente o Quinta del Berro, y

en 1969 lo será el de la Arganzuela, que tendrá una superficie de 650.000 metros cuadrados, de los cuales 108.936 corresponden a vías y el resto a zonas verdes. Por lo tanto, su transformación completa en parque público necesitará de varios años. Será geométrico y de trazado rectilíneo. Ya se han plantado infinidad de árboles, y para resaltar y facilitar sus accesos serán urbanizadas las zonas aledañas, en las que se efectuará una intensa repoblación arbórea. Este año se cumplirá la primera etapa, que comprende el trazado y puesta a punto de quince

hectáreas de jardinería, superficie comprendida entre los puentes de Toledo y de Praga. Su motivo ornamental más destacado, un estanque de forma elíptica, de ciento seis metros de eje menor. En el centro, presidiendo el juego de aguas, un obelisco. La segunda fase se realizará cuando se pueda disponer de los terrenos que actualmente ocupan el Matadero Municipal y el Mercado Central de Frutas y Verduras de Legazpi. El solar resultante de la demolición de ambos edificios será dedicado íntegramente a jardines.

En primer término, el Puente de Segovia; al fondo, Palacio Real y Catedral de la Almudena.





Jardines de Sabatini.

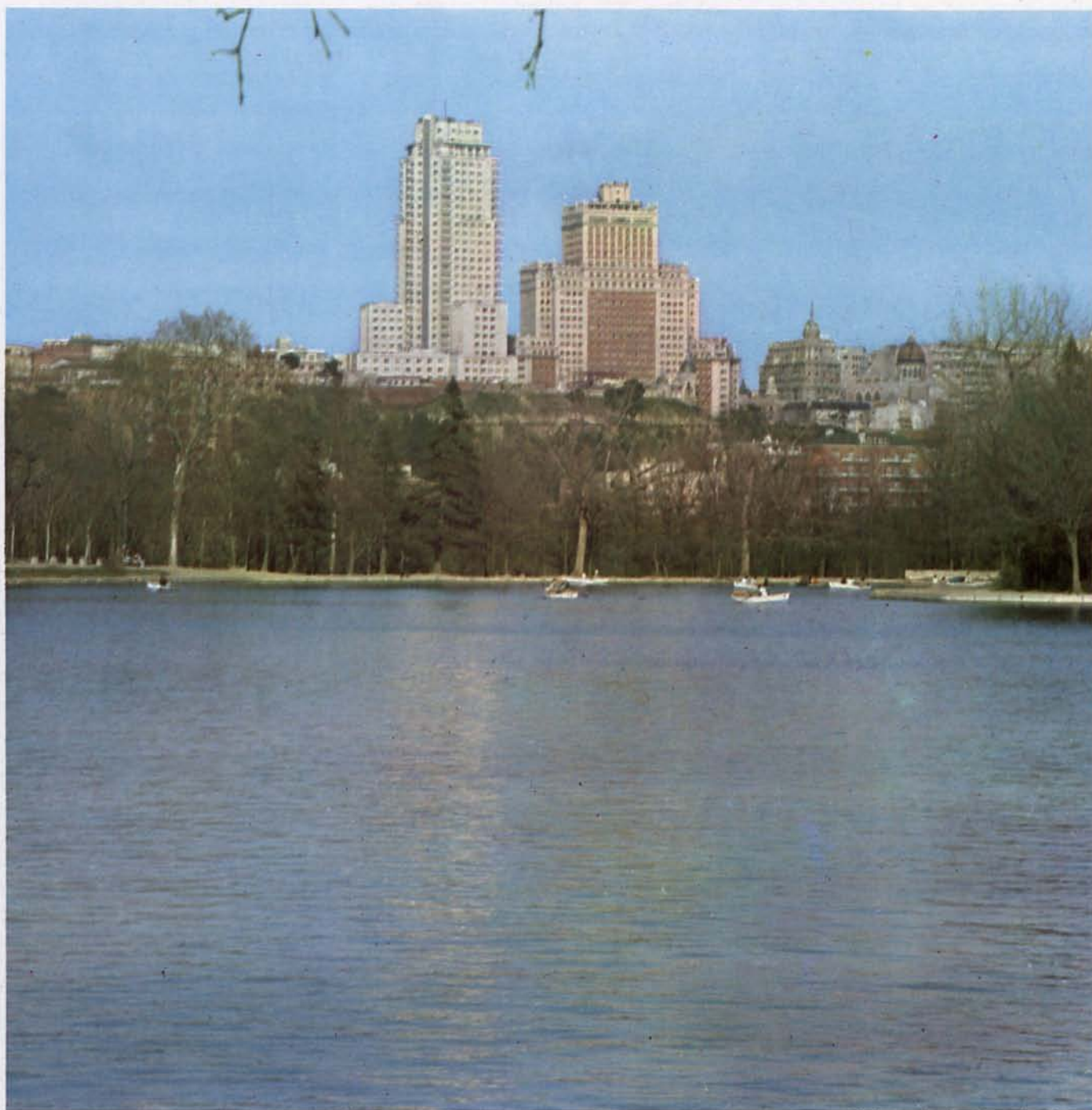
Sobre el destino que se va a dar a estos futuros solares conviene meditar. De la mano de la meditación llegaremos a la convicción de que el Ayuntamiento de Madrid trata, como decíamos antes, de corregir ese también citado viejo defecto o vicio en virtud del cual el emplazamiento de los parques públicos nunca fue inspirado por propósitos urbanísticos. Cuando el suelo ha adquirido unos precios exorbitantes, cuando la posesión de un solar constituye, con sólo esperar, la mejor solución a los problemas económicos de entidades públicas o privadas, el Ayuntamiento de la capital

de España destinará unos solares que suman muchos miles de metros cuadrados a zonas verdes, bajo unas Ordenanzas que prohíben toda edificación de altura, regalando al pueblo, para su solaz, un inmenso parque, un espacio amplio donde el hombre pueda retornar a la Naturaleza, donde el hombre pueda liberarse por unas horas de la macro-urbe y de su atmósfera contaminada.

LA CASA DE LA VILLA NO ES ARBORICIDA

Hace años se le colgó al Ayunta-

miento de Madrid el sambenito de arboricida. La acusación tuvo su origen en la tala de árboles en numerosas calles. No se tuvo en cuenta que a la capital, como al resto del país, le había llegado la hora, la mala hora, de enfrentarse con la plaga del siglo: el *boom* automovilístico. Entre dejar que la ciudad muriera aplastada bajo el peso de la masa metálica y motorizada o sacrificar algunos árboles para abrir cauces a aquélla, se optó por esto último. La medida, impopular, era de todo punto necesaria, insoslayable. Madrid era entonces una capi-



El lago de la Casa de Campo.

tal hecha para el paseo tranquilo y sosegado, para el caminar sin prisas, para la charla bajo la sombra de la acacia o del castaño de Indias. En sus calles, la superficie destinada a aceras—casi siempre con doble hilera de árboles—era superior a la dedicada al tráfico rodado. Madrid en el año 1936 no pasaba de la matrícula 50.000. El automóvil, masivamente, no comenzó a llegar hasta 1955. En 1960 se iniciaba el *boom*. En 1969 el avance del automóvil es arrollador e incontenible.

Había, pues, que ensanchar calzadas, estrechando las aceras. Ca-

yeron las primeras filas de árboles. ¿Justo entonces el sambenito de arboricida? Entiendo que no. Porque si bien desaparecieron unos centenares de árboles, se plantaron muchos más. Así, desde que se inició el ensanche de las calzadas, sacrificando árboles y aceras, se han plantado en Madrid 188.722 árboles. En 1965 fueron 30.899; en 1967, 13.670, y en 1968, 13.709. Sumados éstos a los existentes en 1958, dan un censo de 300.000 árboles distribuidos por las diferentes calles y plazas de la capital. Lo que la convierte en la ciudad de Europa con más árboles callejeros.

En cuanto a la calidad y especies de los árboles plantados, según las referencias de 1968, en este año los plantados en diversos puntos de Madrid por los Servicios de Parques y Jardines del Ayuntamiento se componían de: 1.791 *Platanus Orientalis*, 157 *Sophoras Japónicas*, 787 *Populus Alba*, 29 *Arbustus Unedo* (madroños, el árbol heráldico de la villa de Madrid), 7 *Gleditschia Triacanthos*, 2.151 *Ulmus Pumilla*, 8.410 *Pinus Pinea*, 140 *Salix Babilónica* (sauces) y 197 *Aeculus Hippocastanun* (castaños).

Pero hay más. La repoblación forestal no sólo se ha hecho en las

calles, sino que se ha extendido a los grandes y pequeños parques, en los que hay, aproximadamente, 1.500.000 árboles. De ellos, 200.000 corresponden al parque del Retiro. Sumados a los distribuidos por las calles y plazas—300.000 según las últimas estadísticas—, Madrid cuenta en la actualidad con 1.800.000 árboles.

Para valorar exactamente este esfuerzo de repoblación forestal proyectado sobre las calles, hay que tener presente que en 1900 Madrid sólo disponía de 50.000 árboles; en 1958 el censo sólo había aumentado

en tres mil unidades, o sea que contábamos con 53.000 árboles. Madrid, también es verdad, ha crecido. Pero no en la proporción en que se ha incrementado el árbol.

«CRECEN» LOS PARQUES MADRILEÑOS

Los parques del Retiro, Casa de Campo, del Oeste, de la Cuesta de la Vega, de la Quinta o Fuente del Berro, de Berlín, Dehesa de la Villa, de Palomeras, de Barajas, de El Calero, del Sur, de la Ventilla, de Sabatini..., son los nombres de al-

gunos de los distribuidos por nuestra geografía ciudadana. Unos proceden de viejas donaciones; otros, de modernas reivindicaciones. El Retiro, construido bajo el reinado de Felipe IV y por encargo de éste, sigue siendo el eje de atracción de madrileños y foráneos. Es un parque en crecimiento. El pasado año pegó un estirón de veinte mil metros cuadrados, transformándose para ello un paraje abandonado—el de la «montaña de los gatos»—en bellissimo jardín romántico. Por las laderas de la montaña artificial caen cantarinas aguas en forma de vis-

Parque del Oeste.





Casa de Campo.

tosas cascadas. La «Casita del Pescador» fue restaurada. Las ruinas románicas, «reconstruidas». Cisnes y pavos reales. Praderas, árboles centenarios. Y un sauce llorón. En la hora del atardecer, bajo las umbrosas frondas de los árboles centenarios, en la cúspide de la «montaña de los gatos», Emilio Carrere, de vivir aún entre nosotros, habría cantado al romántico jardín de esta manera:

«... Se diría
que un hálito espectral estremece la fronda
y un piano lejano llora una melodía.»

Mientras, el Retiro sigue creciendo. Otros veinte mil metros cuadrados están siendo habilitados a continuación de la «montaña de los gatos», ese jardín romántico frente al que vivió uno de los poetas más sensibles que ha dado Madrid: Agustín de Foxá.

PARA CONTRARRESTAR LA MALA UBICACION DE LOS VIEJOS PARQUES

La disponibilidad de diez metros cuadrados de zona verde por habi-

tante, superficie no igualada en Europa, no quiere decir, sin embargo, que cada madrileño tenga acceso fácil a la parcela verde cuyo disfrute le corresponde. Porque la mala distribución de ese verdor urbano hace que barrios enteros se vean alejados por kilómetros de calles, por metros y más metros cuadrados de asfalto y cemento, de un parque o jardín. Es la herencia de la desurbanizada forma de hacer las cosas antaño. Para remediar el mal, el Ayuntamiento de la capital de España, como queda dicho, ha empezado a crear parques con un sen-

tido urbanístico en su ubicación. Lo mismo hace con los jardines.

Desde el 15 de mayo de 1967 se cumple, sin solución de continuidad, el ofrecimiento hecho por la Casa de la Villa de «un parque cada año, una plaza ajardinada cada mes». Los parques en construcción, así como los que por ahora no son más que proyectos elaborados en los laboratorios técnicos municipales, tienden a hacer más racional la disponibilidad de esos diez metros cuadrados de zona verde a cada madrileño. Los futuros parques sí están inspirados en propósitos urbanísticos.

DIGASELO CON FLORES

La Casa de la Villa (a través de su Delegación de Obras y Servicios, y, por delegación a su vez de ésta, por obra y gracia del arquitecto director de Parques y Jardines, señor

Herrero Palacios, y del ingeniero jefe, señor Pita Romero), cuando quiere piroppear a la ciudad, hablarle de sus amores y desvelos por ella, de sus afanes por verla bonita y alegre, «se lo dice con flores».

Cada primavera, las calles madrileñas conocen de una fantástica eclosión floral. En 1969 serán 319.732 plantas, distribuidas por el callejero urbano, las que hablarán a la vista y al olfato de la llegada de la más bella estación del año. Alhelíes, caléndulas, narcisos, tulípanes... A esta gran fiesta de la puesta de largo floral de Madrid, se sumará este año la plaza de España, renacida de sus escombros tras la obra del aparcamiento subterráneo.

Madrid, pese a cuanto se diga, sigue incrementando árboles y flores. Madrid se hace cada año más bonito, más arbóreo, más floral. Olvidémosnos de viejas acusaciones, liberemos a la Casa de la Villa de sambenitos injustos. Piropeemos a

Madrid. A partir del 21 de marzo —que marca el nacimiento de cada primavera— la Casa de la Villa piroppeará a la ciudad y se «lo dirá con flores». Madrid entonces se hace inmenso, policromo, fragante ramo floral.

Y tendremos aliento para admirarlo y piroppearlo, porque este estallido floral, esas 319.732 plantas que durante la primavera y el verano se irán reemplazando, esos 1.800.000 árboles distribuidos por calles, jardines y parques constituyen un amplio pulmón por el que la ciudad respira, el filtro por el cual en las horas del paseo es posible que los madrileños hagan una cura de contaminación atmosférica, la enfermedad del siglo XX que el Ayuntamiento de Madrid se ha propuesto combatir a base principalmente de parques y jardines.

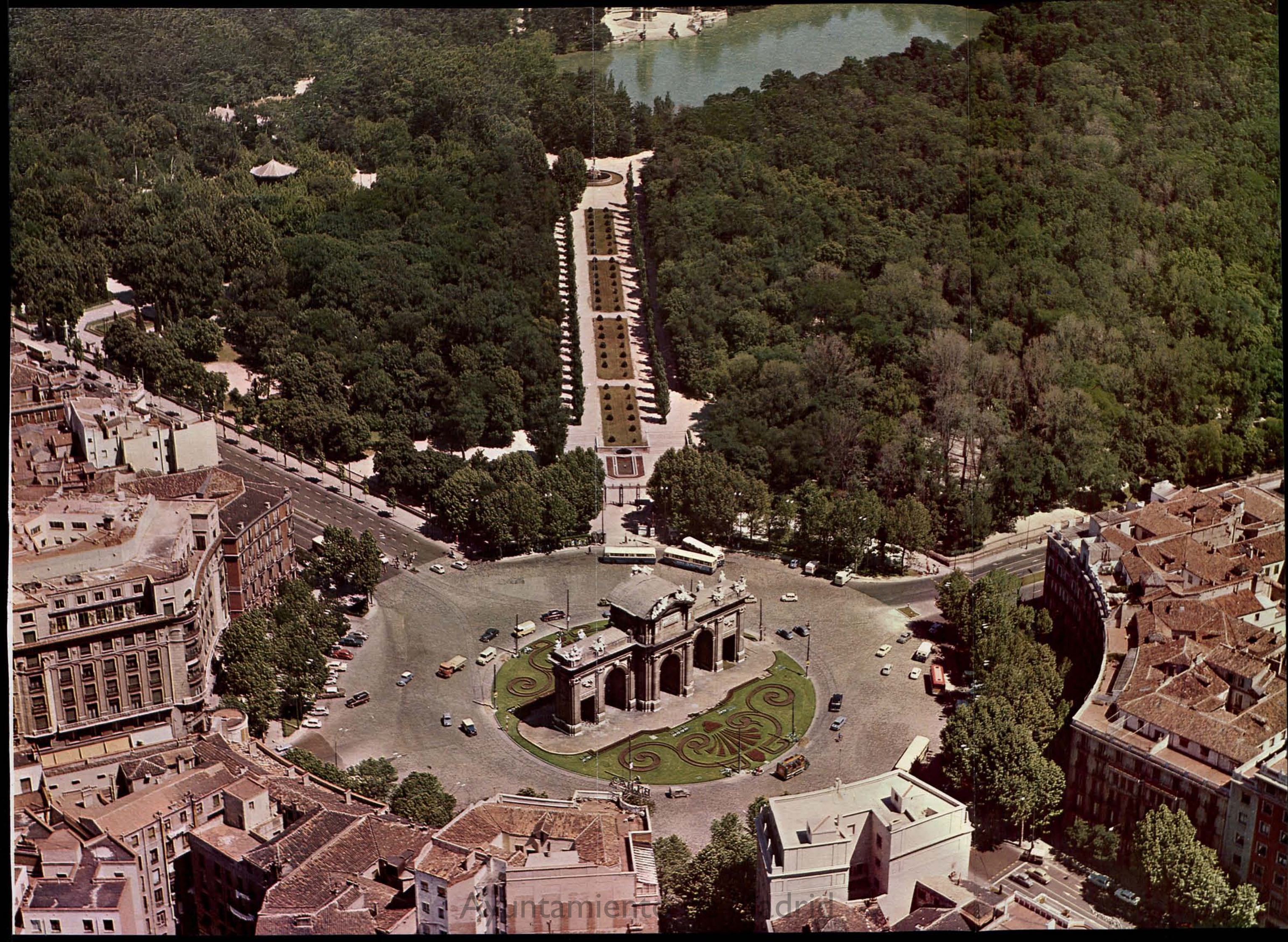
M. M. P.

Parque del Oeste.





Ayuntamiento de Madrid



Final en NUEVA YORK

ENRIQUE GRANADOS, músico del MADRID goyesco

Por Enripue FRANCO



CUANDO después de las prédicas de Felipe Pedrell y de su misma obra, el nacionalismo se instala en la raíz y el talante de la música española, dos nombres acaparan la atención del mundo, los de dos

compositores y pianistas catalanes: Isaac Albéniz y Enrique Granados. Del ambiente característico que rodeó sus primeros años de vida musical queda, por mucho tiempo, un cierto aire de salón, que tiñe con

sus encantadores colores añejos una parte de su obra. Del proceso de superación de lo local, en la doble dirección de lo nacional y lo universal, brotan las obras maestras «Iberia» y «Goyescas».



Retrato de Granados

Mas ese perfume «de salón» antes aludido encierra una significación que sobrepasa lo anecdótico, ya que representa —ni más ni menos— la presencia tardía de un romanticismo que nuestro siglo XIX no había experimentado en el mundo de la música; romanticismo que se vivió, de forma muy especial, en Cataluña y tuvo dos ídolos: Chopin y Liszt. Si el primero conoció tierras catalanas con ocasión de su estancia en Mallorca, de la que quedó como testimonio literario la obra de Jorge Sand; el segundo llegó a tocar en Barcelona. Parece claro que en tanto los gustos de Albéniz parecen inclinarse hacia Liszt, los de Granados sienten mayor amor por la figura de

Chopin. Un escritor y músico catalán de gran atractivo, Apeles Mestres, nos da cumplida cuenta de las preferencias chopinianas de Granados. Y otros testigos ilustres se encargan de elogiar los giros romántico-nacionalistas adoptados pronto por el compositor de «Goyescas». Massenet, Saint-Saens, Grieg o César Cui gustan y aplauden las «Danzas españolas», inscritas en una órbita estética muy a tono con la Europa del momento.

MADRID EN EL SENTIMIENTO Y LA BIOGRAFIA DE GRANADOS

Vive en Granados, desde el primer instante creador, un sentimiento popularista de cuño muy lírico junto a un aire leve, pero penetrante, de evocación, buscada a través de todo un sistema armónico —sobre el que opera la influencia chopiniana y la escuela francesa— y de la constante utilización de ritmos, giros y cadencias populares. La idea no quedaría completa si no añadiéramos un factor que determinará, en buena parte, el nacimiento de las páginas más importantes de Granados: su sentido de lo plástico. Si por amor a lo geográfico, Albéniz alcanza la cima de la «Iberia», por entusiasmo hacia lo pictórico arriba Granados a las «Goyescas». Y al decir «Goyescas» hemos dicho Madrid.

No deja de ser curioso que estos dos grandes creadores catalanes encontraran lo mejor de su personalidad no en las musas de su país —a las que Albéniz y Granados sirvieron, por otra parte—, sino en las de Andalucía, uno, y en las de Madrid, otro. De tal suerte que Enrique Granados se convirtió en el cantor de Madrid, aquel que ha llevado el espíritu y la gracia de la villa y corte a obras de permanencia internacional.

En Madrid presenta Albéniz su «Rapsodia española» para piano y orquesta, bajo su dirección y con la colaboración de Enrique Granados como solista; en Madrid logra grandes triunfos en sus primeros tiempos de concertista, alguno tan destacado como el del «Concerto», de Grieg. Y en Madrid concurre, en el año 1904, a un concurso de composición convocado por el Conservatorio, del que era director, a la sazón, Tomás Bretón, el autor de «La verbena de la Paloma» y «La Dolores». Se trataba de premiar un «Allegro de concierto» para piano, y Granados logró, con toda justicia, el galardón, aun contando con competidores de la catagoría del entonces joven Manuel de Falla, que estaba llamado a situarse en la cumbre de nuestra historia musical. Sin embargo, la ópera dedicada al Madrid más querido por Granados debía representarse, por vez primera, en Nueva York. A los pocos días, cuando el compositor y su esposa regresaban a España en el vapor «Sussex», un torpedo alemán echaría a pique la nave, con lo que Europa y América perdían a uno de sus músicos más preclaros. Tan desgraciado fin ocurrió el 24 de marzo de 1916.

LO TONADILLERO, FOLKLORE CIUDADANO

Francisco Asenjo Barbieri, feliz autor de zarzuelas, estudioso erudito que nos restituyó el «Cancionero de Palacio, de los siglos XV y XVI», introductor en el teatro lírico nacional de las más auténticas formas de popularismo, estableció atinadamente la existencia de dos tipos de «folklore»: el campesino y el ciudadano. Comprende el primero todos los viejos aires que, sin mayor manipulación que la introducida por el pueblo, en su constante y espontá-



Boceto para la ópera "Goyescas"



Retrato de Granados

neo mudar, perdura a través de los siglos como compañía de las faenas o celebraciones más vitales: el trabajo, la ronda amorosa, la boda, el aguinaldo, la muerte, la canción de cuna o la profesión de la fe religiosa. Se «crea» el «folklore» ciudadano con el amplio repertorio que se cultiva en teatros, bailes populares, espectáculos tonadilleros y demás maneras de llenar con fiesta el ocio. Hasta el «folklore» ciudadano llegan mensajes de orígenes muy diversos, desde los temas procedentes del campo hasta los adaptados bajo la influencia de artistas y repertorios extranjeros.

La «perla» de nuestro «folklore» ciudadano se llama «tonadilla». Ahora bien, bajo este nombre se conocen diversas expresiones musicales. En principio la «tonadilla» es una canción ligera de aire popular. Más tarde y por ampliación del género, la «tonadilla» se estructura en forma escénica, con palabra, cantos y bailes. José Subirá ha estudiado, exhaustivamente el tema, y gracias a su labor conocemos todo el reper-

torio tonadillero, que llega hasta mediados del XIX. El talante de la música tonadillera —y en ocasiones sus temas concretos— pueden en el ánimo de Enrique Granados, que escribe su «Colección de tonadillas al estilo antiguo» (es decir, la forma de canciones sueltas), primer y genial atisbo del madrileñismo grande de las «Goyescas», para piano sólo y su posterior transformación en ópera.

En las «Tonadillas», sobre texto de Periquet, están vivos dos matices que resultan definitorios para entender al mejor Granados: romanticismo de confidencia y gusto popularista localizado en un ambiente especialmente grato al compositor. «Me enamoré de la psicología de Goya —escribe Granados al pianista Joaquín Malats—, de su paleta, de su majá señora, de sus modelos, de sus pependencias, amores y requiebros.» Es decir, al sentimiento musical se añade la evocación de carácter plástico, querida a través de las pinturas de don Francisco de Goya. La cercanía existente entre la sustancia de las «tonadillas» y la de las «Goyescas» queda confirmada por el mismo músico cuando al crear la ópera utiliza, además de las «suites» para piano, muchos temas ya empleados en las «tonadillas en estilo antiguo». Estamos, pues, ante el Madrid de Goya y de Granados, en dos estadios de análoga belleza y diferente andadura: la canción breve y castiza, a la que acompaña un piano



Autógrafo de Granados

que puntea como una guitarra, y las páginas de pianismo más trascendental, de clara ascendencia romántica, respetadas esencialmente en el último trasvase de las «Goyescas» desde el piano al teatro musical.

«No olvidaré nunca —escribe Falla— la lectura de la primera parte de «Goyescas»; aquellas frases tonadillescas traducidas con tal sensibilidad; la elegancia de ciertos giros melódicos, unas veces impregnados de ingenua melancolía, otras de alegre espontaneidad, pero siempre dis-



Granados en su casa de Vilasar de Mar, donde compuso "Goyescas"



Boceto para la ópera "Goyescas"

tinguidos y, sobre todo, evocadores, como si expresaran visiones interiores del artista.» Claudio Debussy, en pocas palabras, acertó a definir el encanto de la musa goyesca de Granados, cuando dijo: «Es música extrañamente viva; se mantiene como esos perfumes más persistentes que fuertes.»

VIAJE DE MISION

Cuando se anuncia el estreno de «Goyescas», ópera, en el Metropolitan de Nueva York para el día 23 de enero de 1916, la expectación es grande en las dos orillas del Atlántico. Estaba en pie el problema de la «ópera española», que inquietó los afanes de todos nuestros compositores, y a la que se quería despojar de las influencias italianizantes que llegaron hasta el extremo de no utilizar nuestro idioma, sino el de la bella Italia. En la búsqueda de propios caminos, acentos y contenidos, podía pensarse en un camino análogo al que ya estaban siguiendo Albéniz, Granados o Falla en la música de concierto. Anterior en unos años a «Goyescas» es «La vida breve», de Falla, merecedora de un prestigio superior al de la obra de Granados,

aun cuando una y otra no acaben de encontrar cómoda instalación en el repertorio habitual. Desapareció de él otra ópera española que, en principio obtuvo mejor acogida y mayor número de representaciones en Europa: «La Dolores», de Bretón.

Sea como quiera, lo cierto es que la aparición de «Goyescas» tenía al-



Granados (Enrique)

go de simbólico y representativo, como lo demuestra el hecho de que los comentaristas españoles no se limitaron a señalar el triunfo de la obra de Granados, sino lo que éste pudiera tener como primera y definitiva piedra del edificio operístico nacional, más contruidos, entonces y ahora, por resmas de papel impreso sobre el tema que por pentagramas de duradez validez. El viaje de Granados a América, a la vista de las circunstancias, tuvo algo de misión patriótica. El compositor y musicólogo Rogelio del Villar comenta el momento en que, después de la representación de «Goyescas», el autor del libro, Periquet, besa los colores españoles en la cinta de uno de los ramos de flores que fueron ofrecidos. «En aquel instante —escribe Villar— había desaparecido el escritor y quedaba sólo el español.»



Caricatura de Granados

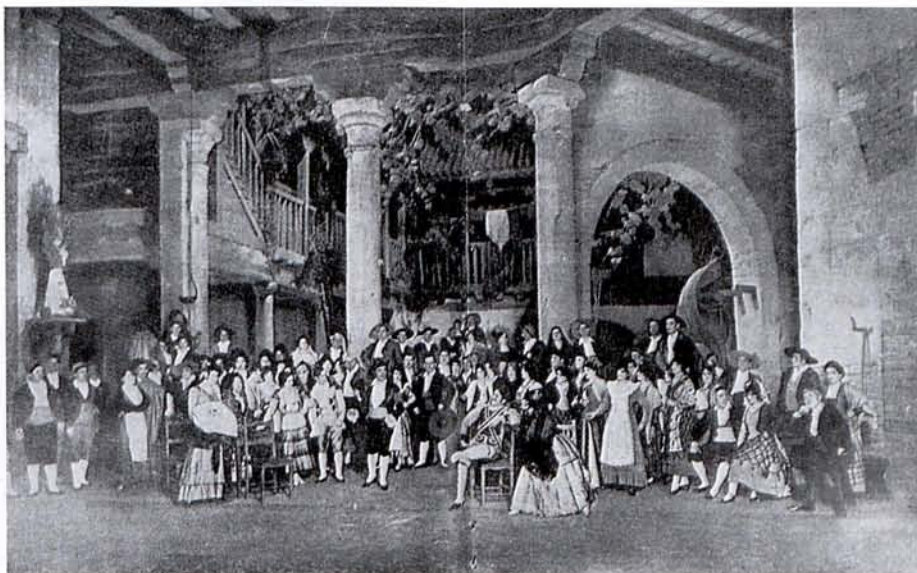
«GOYESCAS» EN NUEVA YORK

El reparto de «Goyescas», en la noche de su estreno, no incluía nombre español alguno. Una norteamericana, Ana Fitzu, cantó el papel de Rosario, y un italiano, Martinelli, le dio respuesta en el Fernando. La pareja «popular», o «maja», estuvo desempeñada por la Peri y De Luca, Lola y Paquiro, respectivamente. Y nos llama poderosamente la atención un detalle: la orquesta, dirigida por el maestro Ravagnalli, estaba compuesta por doscientos diez profesores, nada menos. Debieron de dar bastante quehacer a su maestro, sobre todo en aquellos pasajes en los que la instrumentación de Granados se muestra manifiestamente densa.

La reacción de la crítica neoyorquina fue variada, pero en general favorable. «El encanto del primer cuadro —escribe el «Evening Post»— reside principalmente en los coros, llenos de vitalidad rítmica. El «intermedio» es una de las páginas más inspiradas de la partitura.» Un rotativo hispánico, «Novedades», ofrece un extenso artículo de Ureña: «Al alzarse el telón nos sorprende la admirable polifonía vocal con que acompañan majos y majas el goyesco manto del «pelele». Las voces sintetizan el canto de ritmos fascinadores en hermosa variedad, renovada siempre con efectos corales que iluminan con brillante «climax» la entrada de «Pepa», maja popular. Como en «Boris Godunov», como en «El príncipe Igor», el coro es el héroe principal de todo el primer cuadro de «Goyescas». El mismo entusiasmo por las partes corales demuestra el crítico del «Sun»: «El coro canta siempre y el diálogo de los protagonistas se desarrolla sobre un fondo de multitud de voces.»

Causó no poca impresión la escenografía, por cuanto ofrecía de auténtica ambientación popular. El autor de los «escenarios», Borascalli, de la Scala de Milán, había estado en Madrid para inspirarse e incluso para reproducir con fidelidad alguno de nuestros viejos y más castizos patios. Los figurines tenían ganado el éxito de antemano, pues no eran si no fieles reproducciones de los personajes que viven en los cuadros y tapices de Goya.

Los autores salieron a saludar veinte veces al terminar la representación, y el público americano en-



Una escena de la ópera "Goyescas" en la noche de su estreno

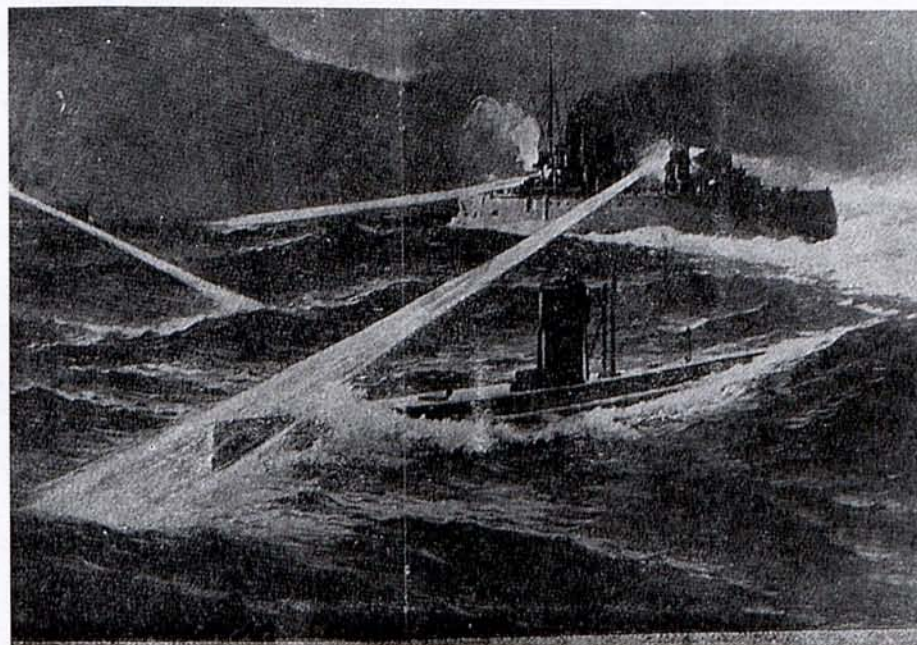
contró en «Goyescas» aquello que buscaba: al pueblo español en su multitud cantante, al giro de nuestras danzas y la vivacidad de nuestro colorido.

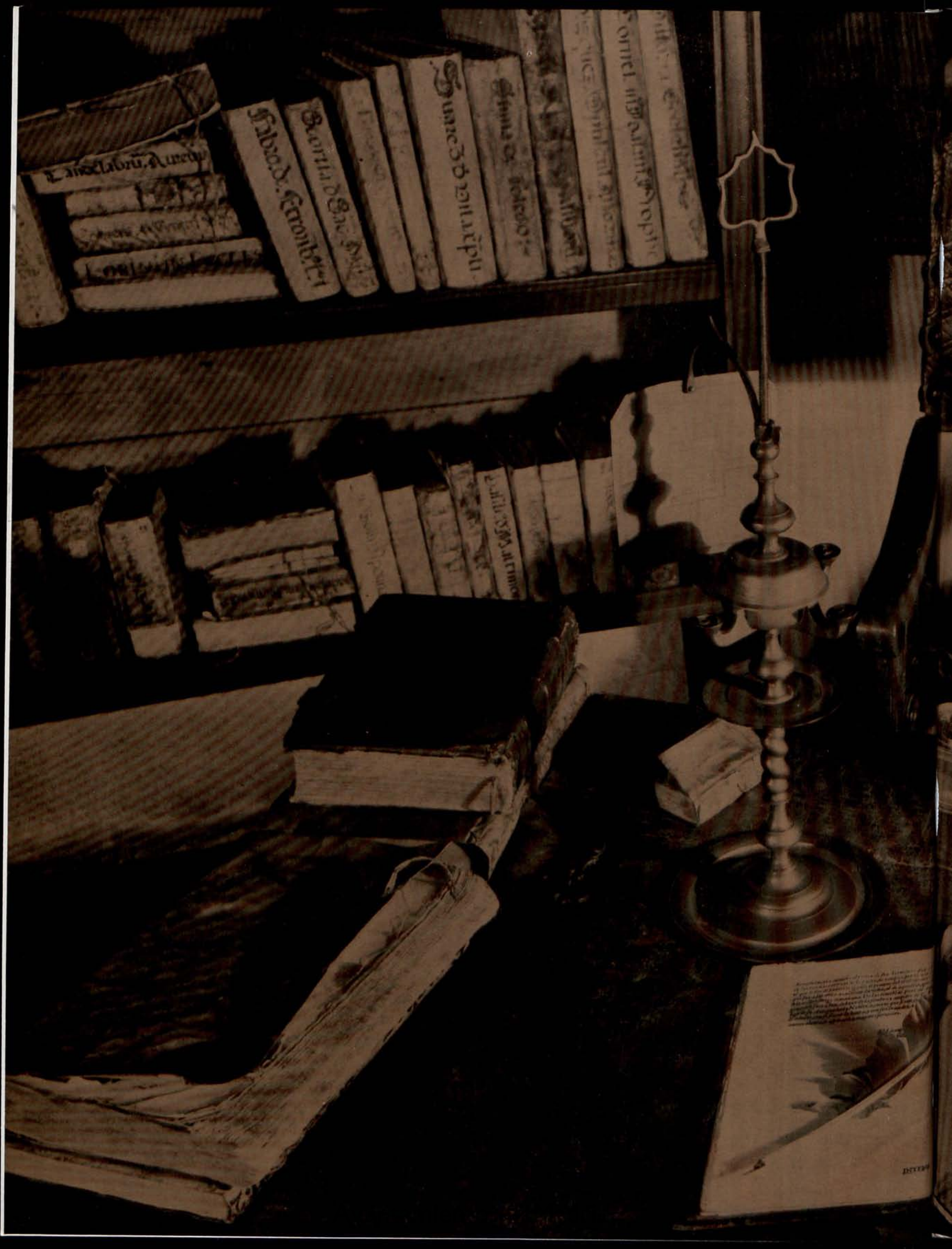
Vivió Granados el éxito neoyorquino de su ópera, pero el destino le negó la posibilidad de presidir la presentación en España. El arte goyesco, transfigurado en pentagramas por el compositor de Lérida, fue en la explosión de su última partitura, punto final de una trayectoria creadora y de una vida a la vez casera e ilustre. La curva de esa parábola

que va desde Madrid a Nueva York parece acoger, por siempre, la persistencia de la música de Granados, el irresistible encanto de su viva y poética evocación, toda la suma de virtudes alabadas por Claudio Debussy y Manuel de Falla. Más aún: cuantos compositores han querido después cantar a Madrid no han podido rehuir, de alguna manera, la huella precisa de Granados, porque supo sintetizar nuestras esencias y reinventar nuestras expresiones líricas.

E. F.

Dibujo de la época en el que se representa una escena de la guerra en el mar





EN EL "MADRID, TRES MILLONES"

MADRID Y LA POESIA

Por Lópe Mateo

MADRID, villa con suerte. Una suerte de haber llegado a ser la villa más grande del mundo, con sus tres millones largos de habitantes. Y no quiere dejar de ser villa para ascender a ciudad, porque sin duda no le peta renegar de su abolengo villariego cuando el rey Felipe II, que había nacido en Valladolid, erigió a Madrid por capital y corte de su reino. Madrid, desde entonces, un poco pagada de sí misma, como una mozuela presumida, ha dejado que la piropeen o renieguen de ella, con tal de que le acaten la honrilla (el grave honor) de ser la capital de España y sus, en otros tiempos, inmensos dominios.

En cuanto a los piropos y reniegos, es curioso que ambos se los propinaran desde el principio los poetas. Claro es que, hablando de Madrid, hay que poner aparte, en primerísimo lugar, a uno que nació justamente al año siguiente de ser elevada Madrid a capital y que se llama Lope. Con Lope va el Manzanares en buena compañía. Y a Lope no le sienta nada mal el Manzanares, aunque alguna vez quisiérale ver más rápido y gallardo, para cantarle mejor; vamos, para que otros poetas, madrileños o no, le dejen en paz, y no se metan con él.



Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635)

Ocorre que el Manzanares, señor mío, tiene, por sencillo que se le juzgue, sus «complejos». El hombrequito ha llegado ya al convencimiento de que su insignificancia no es tan baladí como parece. Ha llegado a aprenderse cuanto bueno y malo, más malo que bueno, se ha escrito de él. Pero él no es un serrano cualquiera. Si cuando el río suena, agua lleva, también cuando los poetas cantan, aunque vociferen, será por algo. Y así, con ello sabe la importancia de haber sido el suscitador de la primera poesía de Madrid. El Manzanares sabe bien la importancia que da eso de pasearse —o pararse, si le viene en gana— ante los jardines del propio rey de las Españas y dejarse mirar alguna vez por la Virgen de la Almudena y el bendito San Isidro. Y muy posiblemente se dirá para su chaleco, parodiando al baturro: en pasando por Madrid, que me llamen lo que quieran.

Eso es lo bueno del Manzanares y en lo que se reconocen no pocos de sus congéneres. Y es que éstos, famosos y bueros mozos de suyo, dan lustre a una ciudad.

Pero aquí acontece al revés. Es la ciudad, o mejor la villa y corte, la que pregona a su doncel, por muy «Duque de los Arroyos» y «Marqués de Pozas» con que le motejara aquel narilungo y refunfuñón racionero de don Luis de Góngora. Romancillo o soneto más o menos (y cuidado que son buenos los del cordobés), el Manzanares se las inspiró. Y a costa de su honra acreció la del Parnaso. Pero, claro, a un don Luis, por muy terno que sea, no había de faltarle un don Juan. quiero decir un don Lope. Un Lope a secas, capaz de terciarse la capa, requerir la vihuela y arrancarse así por alegrías:

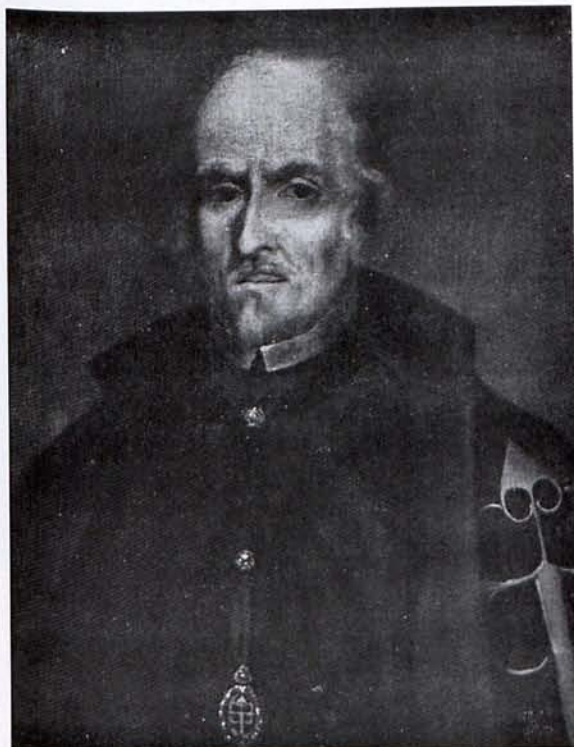
Ilustre río, que del pie del alto Alcázar de Madrid la planta besas, dorado ya por títulos tan graves que no porque tal vez te dejan falto las nieves de quien naces, pues profegas carrozas conducir, que no altas naves, dejan tus labios de llevar suaves; pues besando cristal resultas oro con que eres ya, dorado Manzanares, del Tajo enojo, emulación de Henares.

Y el Fénix se quedó tan tranquilo, pues para eso era Fénix y de Madrid. Y si tal se le ocurrió en «Los melindres de Belisa», en «Las bazarías de Belisa» dirá otro tanto y encandilará a su río para que, oculto entre sus setos, escuche picaramente los galanteos a las damas.

En estos menesteres, todo conviene decirlo, al Manzanares le ocurre lo que al diablo: sabe más por viejo que por río. En el fondo, hace bien, pues obvio es que él no se confiere más fanfarria de la que le otorgan. Porque, después de todo, Manzanaricos no presume siquiera de su buena cuna, que muy limpios pañales le vieron nacer, y su ejecutoria de origen podría parangonarse con cualquiera. Ahí es nada; beberse él solito, como quien se toma un sorbete, la nieve acabada de cuajar en los valles del Guadarrama. Y de manos a boca, apenas paladeados los argentinos calostros, toparse —es su sino— con las musas: nada menos que con las de don Inigo, el marqués. El arcepreste también habría pasado por aquellas fragosas breñas; pero, sin duda, preferiría la otra banda de Siete Picos, allá por Tablada, donde Aldara vivía.

El marqués, no; el marqués tenía allí mismo su castillo, con sus gemelos torreones; su castillo y su condado nuevo de Manzanares el Real; y en torno a él, sus prados y sus pinos y sus vacas y sus vaqueras: aquellas mozas garridas de colorados moftetes y corpiños prietos, con manos hechas lo mismo al ordeño que al donaire, y aun al desaire, según el propio marqués, aunque luego éste se saliera siempre con la suya, siquiera para poner en metro fino sus montiscos galanteos. Buen señor el marqués de Santillana. Las chirimías y rabeles para sus «serranillas» se las prestaría el Manzanares, que por aquellas soledades de roquedas trisca juguetón como un recental con la primera hierba. Aquello, todo es arcádico idilio





Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

Francisco de Quevedo (1580-1645,

para él, con la misma desnudez ilesa del un Dafnis inocente. Tan inocente, digo, que se deja sangrar cuanto le piden, y en seguida, en el insaciable embeleso de su trovadoresco señor, para lanzarse luego, más estirandillo, a lidiar los toros del Colmenar, antes de hacerse palatino y vergonzoso en El Pardo, castizo en la Florida y goyesco en la Pradera.

Desde que don Francisco «el Sordo» lo pintara, todo el mundo ya le dejó en paz. Ni más feliz ni menos desgraciado; libre, por fin, de aquellas comparanzas anteriores con Pisuergas, Jaramas y Tajos. Mas hete aquí que en nuestros días este río, protegido de San Isidro y de San Antonio, está trayendo de cabeza a las muy respetables de regidores, arquitectos, ediles, ingenieros y jardinistas de la villa. ¿Dónde se estarán ya Góngora y Quevedo y tantos más con sus sarcasmos? Los poetas del siglo XX ni le nombran. Pero, a falta de poetas, ahí están esos graves señores que nos le están dejando nuevecito, bien ceñidos sus ijares de alamedas, puentes, edificios y... hasta colmado de agua.

Madrid sigue encelado de su doncel. Y Manzanares se pondrá tan contento. No sin recordar, con lágrimas de gratitud, aquel piropo de la humildad que a manera de nana le cantó su amgo el Fénix en «Santiago el Verde»:

*Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego.*

Pero Lope, naturalmente, no se contentó con ser el cantor y defensor del Manzanares. Lope nace en Madrid, como si entre él y su villa hubiera ya de antemano una perfecta ecuación. Madrid y Lope se entienden, se afianzan, se compenetran

como un hijo con su madre. Dudo que entre las grandes figuras literarias nacionales y extranjeras existan más de tres tan amadores de su patria chica como lo fue Lope de Madrid.

Y la prueba está al canto. De la inmensa producción dramática lopeziana, nada menos que treinta y tres comedias desarrollan su acción general, o en alguna de sus partes, en Madrid. Obras tan conocidas como «El acero de Madrid», «Las bazarías de Belisa», «La dama boba», «Los melindres de Belisa», «El marqués de las Navas», «El alcaide de Madrid», «La niñez de San Isidro», «La juventud de San Isidro», «Los ramilletes de Madrid», «Santiago el Verde», «San Isidro, labrador de Madrid», «El rey don Pedro en Madrid», «La discreta enamorada», denuncian, bien a las claras, el carácter madrileño de su asunto, de sus personajes, de su ambiente. Un florilegio de piropos a Madrid podríamos seleccionar en estas comedias del Fénix. Así, en «La portuguesa y dicha del forastero», escrita a poco de la entrada en Madrid de Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, que llegó a la Corte el día 19 de noviembre de 1615, Lope dedica al río de Madrid estos versos eglógicos llenos de galanura:

*Tendido en sus arenas Manzanares
esforzó sus corrientes
y con varios presentes,
himnos, epitalamios y cantares,
sus niñas celebraron este día,
y el monte en dulces ecos respondía.
Una casa de luces y cristales,
entre jardines puesta,
era el Pardo, floresta
de dioses y de estrellas celestiales.*

Lope, en suma, revalidó para Madrid el nuevo puesto histórico que empezó a corresponder a la villa y corte con su capitalidad. Y no sólo eso, sino que los ingenios literarios y artísticos de toda España se llegaban a Madrid, con la ilusión de capacitar mejor sus obras para la difusión y la fama. Madrid, a su vez, después de Lope, fue dando para el teatro figuras como Tirso de Molina y don Pedro Calderón de la Barca, máximos astros, con el Fénix, del teatro clásico nacional, que fácilmente saltó las fronteras de otras literaturas continentales. Madrid definitivamente empezó a polarizar el auge escénico, secundado por una nube de figuras de segundo orden, que en otra literatura hubieran podido ser de primero.

El teatro, por otra parte, es el más glo-



rico exponente de la hispana Minerva con sus múltiples ingenios y su capacidad de creación, como lo acredita, en términos únicos, típicamente hispánicos, el sentido teológico de los autos sacramentales, género en el que nuestros más gloriosos dramaturgos, y al frente de ellos Calderón, lucieron sus más cabales galas para concretar lo abstracto en sonoros versos ante el aplauso del alma popular. Otro madrileño de primerísima fila es Quevedo, polígrafo, novelista, poeta de muchos quilates en sus inmortales sonetos, donde el tema del tiempo, de la vida y de la muerte cobra acentos incomparables, dentro de la escuela conceptista que él impulsó con su privilegiada pluma.

Y así va transcurriendo para Madrid aquel siglo XVII, cumbre de nuestra grandeza literaria, a la que contribuye la realza con la protección al arte escénico, como Felipe IV con sus grandes fiestas en los jardines del Buen Retiro. Madrid iba cobrando entonces un impulso artístico cada vez más consolidado. Era un espléndido atardecer de gloria que iba irradiando sus resplandores sobre las más lejanas provincias ultramarinas del Imperio. La literatura hispana, desde su sede de

Madrid, proveía con sus frutos la vastedad de aquellas tierras que iban bebiendo la luz de la cultura en el vaso del idioma.

— ● —

Cuando el cansancio y la fatiga invadieron los fulgores de aquel esforzado atardecer, España en el orden político cambiaba también su dinastía y se iniciaba una etapa extranjerizante, sí, con menos valores autóctonos, pero más europea, más en consonancia con las nuevas ideas del siglo. La Casa de Borbón inicia, efectivamente, un cambio considerable de dirección cultural. Ha llegado el tiempo en que ya la filosofía no es la «ancilla», la sierva, de la teología, sino que, libre de trabas confesionales, empieza a campar por sus respetos y a nutrir los códigos con un sentido liberal de la vida, mientras el espíritu criticista indaga en todos los sectores del pensamiento, desterrando en lo posible la idea religiosa para evitar todo perjuicio en la búsqueda de la verdad. El mayor estudio de las ciencias experimentales y de la naturaleza contribuye en buena parte a la evolución de las ideas.

El siglo XVIII es el siglo de la enciclopedia, que pasa por el tamiz de su criterio todo el complejo intelectual hasta entonces intangible, merced a la Inquisición y a la prepotencia de las órdenes religiosas. El nuevo aire de la ilustración que viene de Francia se va colando también en las aulas españolas, con nuevos enfoques de problemas y soluciones, y al mismo tiempo determinando una mayor laxitud en las costumbres. Tal estado de cosas se ha de reflejar, ¿cómo no?, en las corrientes literarias de la nueva época. Las instituciones oficiales de la Biblioteca Nacional, la Real Academia Española y la de la Historia fueron reflejo de esa influencia francesa, irradiada por los escritores del siglo de Luis XIV. La Biblioteca Nacional fue fundada por Felipe V en 1712; la Academia Española, en 1714, y la de Historia, en 1735.

Para la historia de la literatura, este siglo tal vez no ofrezca un panorama tan luminoso como el anterior, pero no carece de grandes personalidades, entre los que hay que contar a los ingenios cortesanos que son los dos Moratín, padre e hijo. Don Nicolás editó en propiedad las revistas «El Desengañador del Teatro» y «El Poeta Matritense», y sigue siendo muy celebrado por su famoso poema «La fiesta de toros en Madrid», de donde son los conocidos versos que comienzan:

Madrid, castillo famoso...

Y estos otros menos conocidos, que titula «Madrid auténtico y moderno», breve poema en liras que empieza:

*Los soberbios palacios
con que ¡oh Madrid altiva! te engrandeces
ocupan los espacios
anchos que en tus niñeces
los arados rompieron tantas veces.*

Versos que siguen estando de actualidad, en este creciente Madrid de tres millones de habitantes, como entonces, cuando «el rey del mal de piedra» mandaba colocar tantas en Madrid para embellecerlo con palacios y arcos de triunfo. Hoy Madrid sigue ensanchando su perímetro. Leandro Fernández de Moratín, también madrileño, es uno de los ejes literarios para comprender su siglo. «Su importancia en la literatura española es excepcional. Todo lo hizo bien. El teatro. La crítica. Las traducciones. La poesía. Lleno de buen gusto, de elegancia espiritual.» Con estas palabras le define otro madrileño ilustre de estos tiempos: Federico Carlos Sainz de Robles.

El neoclasicismo poético de la época va buscando, dentro de su frialdad conceptual, el sentimiento, como ocurre al poeta madrileño Narciso Álvarez de Cienfuegos, a quien ya puede calificarse de precursor del romanticismo. No así el resonante poeta, igualmente de Madrid, Manuel José Quintana, fervoroso patriota, como Cienfuegos, durante la invasión francesa, públicamente coronado (1855) como poeta nacional por Isabel II, fiel hasta su muerte a su línea neoclásica después de haber triunfado el romanticismo.

— ● —

Del siglo XIX es mucho más lo que podríamos hablar en relación con Madrid, cuya capitalidad asume y consagra el revolucionario movimiento romántico con todas las características de las provincias

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828)





José de Espronceda (1808-1842)

hispanas. Madrid ha tenido ya dos pintores geniales, Velázquez en el XVII y Goya en el XVIII y parte del XIX (ninguno de los dos madrileño de nacimiento, pero sí de adopción), que han encumbrado el nombre de la capital de España. Con la la de poetas románticos ocurre algo semejante: ni el duque de Rivas, ni Espronceda, ni Zorrilla, ni Bécquer son madrileños, pero ellos decoran el friso de la capital como si fueran nacidos en Madrid. Lo son, en cambio, Larra (padre e hijo), Juan Eugenio Hartzenbusch, Patricio de la Escosura, Tamayo y Baus y otros. Madrid amasa esa inmensa variedad en una unidad de pensamiento y expresión, en medio de tanto descalabro político como el siglo acumula.

El desastre colonial con que termina da germen y vuelo a la que se ha de llamar generación del noventa y ocho, conjunto de figuras que acuden de las regiones a Madrid y aquí elaboran, como Unamuno y Azorín, una nueva visión de España. Ortega y Gasset, madrileño, viene un poco posterior, para ir fundamentando, en prosa de gran estilo, la obra de su filosofía ilena de humanismo. Por contraste con la gravedad pesimista de la época, ha surgido ya el llamado género chico en el teatro, prendido en los rescoldos dieciochescos de don Ramón de la Cruz, egregio madrileño que levantó en vilo con su gracejo escénico las costumbres populares de Madrid. Por su parte, otro madrileño, Mesonero Romanos, nos dejó la mejor pintura de un Madrid decimonónico, al que adoraba, en sus «Escenas matritenses» y en otros muchos libros suyos que todavía se leen con fruición. Es un Madrid de acendrados defectos y más acendradas virtudes, en medio de un tiempo a la deriva de circunstancias adversas y desgracias nacionales. El género chico, con estas fuentes originales, fue también madrileñista. Los nombres de Ricardo de la Vega, José López Silva, Antonio Casero, nacidos en Madrid, junto a otros muchos, madrileños o no, saineteros y músicos, como Bretón y Chueca, ofrecen al teatro español y a la poesía popular la lozanía de un género autóctono, alegre, sentimental y psicológico, con las naturales exage-

Angel de Saavedra, duque de Rivas (1791-1865)

raciones y amaneramientos del madrileñismo, pero también en la feliz expresión de actitudes humanas y españolas muy dignas de mención.

Y si el gran teatro se levanta con los nombres gloriosos de Echegaray (Premio Nobel, 1904) y Benavente (Premio Nobel, 1922), ambos madrileños, la novela cobra sus más altas cumbres con Pérez Galdós, canario asimilado por Madrid, escenario de sus novelas famosas, como «Fortunata y Jacinta», entre otras muchas muchas, así como de sus «Episodios nacionales».

Madrid en nuestro siglo continúa su función reguladora de la poesía y arte nacionales. Grandes nombres de todos conocidos y de todas las comarcas escoltan las etapas de una evolución literaria que en todos los órdenes, a partir del final de nuestra guerra civil, ha venido a enuclear con manifiesta vocación algo así como una nueva edad de oro para la poesía española. El conjunto armónico de estas voces dentro del ámbito nacional confiere a estos años duros de reconstrucción y de paz una jerarquía nunca hasta ahora alcanzada, desde los siglos de oro clásicos, por las letras españolas.

Y la poesía, dentro de su variedad de tendencias, ofrece una esperanza espléndida, patrocinada y favorecida por certámenes, concursos y justas que rivalizan en su favor a las musas.

Concretamente y para terminar, quiero referirme a las Justas Poéticas que en honor de San Isidro Labrador celebró el Ayuntamiento de Madrid en 1966, cuyo mantenedor fue el profesor y poeta Joaquín de Entrambasaguas, y entre los miembros del Jurado figuraron Tomás Borrás y Federico Carlos Saiz de Robles, tres relevantes madrileños de hoy. Todos los poetas premiados en estas Justas, como García Nieto, Federico Romero, Martínez Remis, López Ruiz, Pérez Creus y el que estas líneas escribe, cantamos a Madrid sin ser de Madrid, pero convencidos de que esta capital de nuestra España, tan llena de seducciones y atractivos, nos representa y agrupa a todos.

Y más ahora en que, como lo cortés no quita a lo valiente, tampoco los tres millones de habitantes de Madrid empiecen por afirmar la espiritualidad heredada, ya que sólo el espíritu, cuyo portavoz es la poesía, acendra los valores eternos, que son los que hacen y ejemplifican los pasos del hombre por la historia.



DE LA TASCA AL "SNACK-BAR"

Por Juan Sampelayo

Me dice usted mi querido, o *dear*, como mejor le plazca, señor John, que nada más agradable para usted y su señora y su chico el mayor que venir por aquí a dar una vuelta y llegarse nada menos que a la «calle de el Tribuleto». Ante todo, le aclararé, mi señor John, que la calle donde me añade que nació su abuelo se llama del Tribulete, y esto en razón del corralón en donde estaba el juego de este nombre allí instalado. Un juego que parece que tenía, como hoy el fútbol de los bares, muchos entusiastas.

En su carta me indica que, además del Prado, del que tiene un catálogo de «un tal Ors» —le aclararé que ese «tal» es el más eminente crítico de arte que hemos tenido—, le gustaría, para no venir a ciegas, saber qué es en lo que al comer y beber puede verse en el Madrid del sesenta y nueve.

No es una tarea fácil en una carta de un par de pliegos —luego si hay más suben los sellos— contárselo, pero... trataré de no dejarme nada de lo más principal, y bien que lo principal no me lo aclara usted, y es saber cómo anda de dólares y cómo está del estómago. Ambas cosas, amigo, son muy importantes.

Madrid yo creo que, más que ninguna otra gran capital del mundo, en un cierto modo ha dado un cambio mayor que París y que la misma Roma en esto. Allí todavía quedan bastantes cafés; aquí, de doce que si no me equivoco había en la

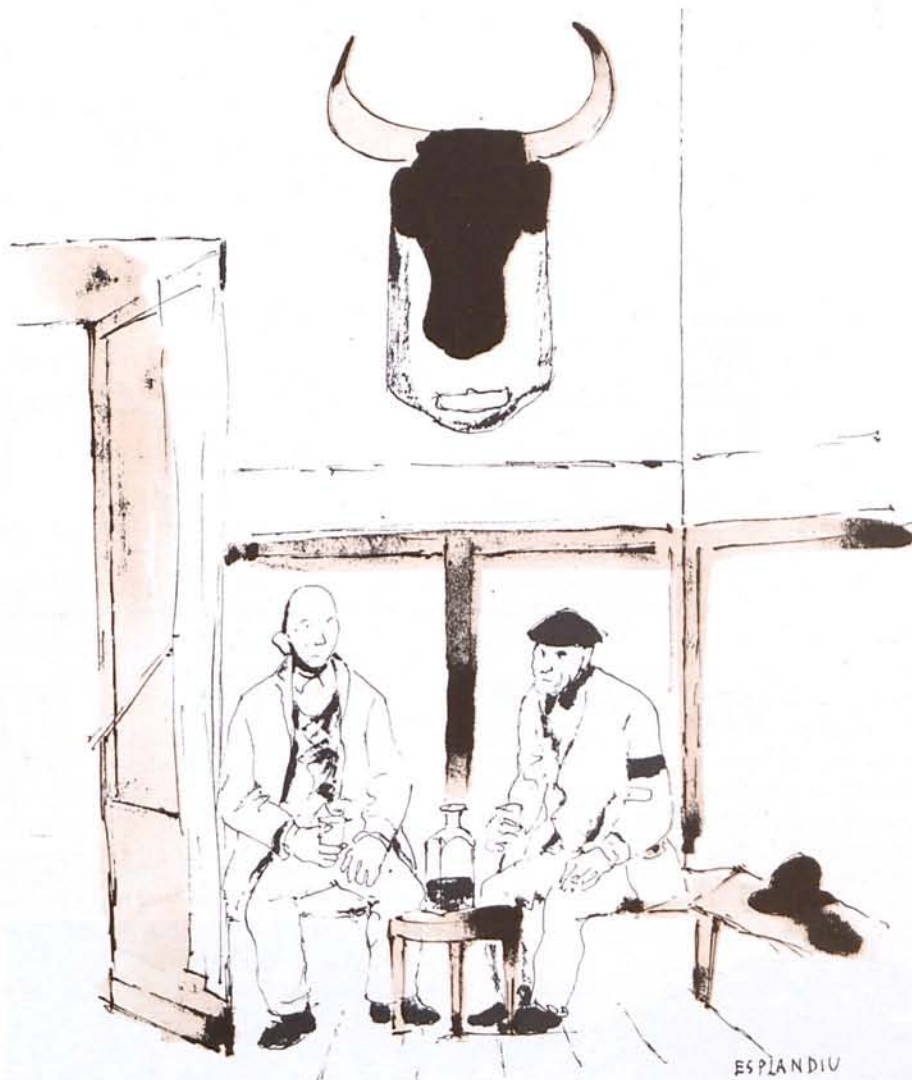
Puerta del Sol, que es el corazón de la ciudad y desde donde se empiezan a contar los kilómetros y los números de las calles, pues de doce que había, como ya le digo, mi querido John, y perdone que le suprima el señor, pues queda uno para muestra: el Universal se llama.

Yo no sé, porque nunca he salido de estas calles, lo más hasta el París de la Francia, lo que en tiempo dispone ahí la gente para perderlo;

aquí, la verdad sea dicha, ya no queda nada. Ni media hora libre, con lo cual los «cafeses» se han muerto, como un medio de locomoción que aquí había ya también desaparecido: los coches de punto o simones, y de los cuales no le explico nada, pues entonces dejaríamos de la mano lo de los sitios de comer y beber; de los de arder, tampoco le hablo, en que estamos metidos.

Había aquí —esto si que no pue-





Interior de la taberna de Antonio Sánchez,
en la calle de Mesón de Paredes

do dejármelo en el tintero— cafés de literatos y de toreros, y hasta había uno en donde había una saleta reservada para las damás. Ya me figuro que su chica se sonreirá de esto..., pero piense usted que de esto del reservado para señoras —tapizado en blanco estaba y sólo se servían chocolates y sorbetes— hace casi más tiempo que de cuando era presidente el bueno de don Georges Wáshington; bueno, puede que algo menos.

Como sé que usted es meticoloso le diré que el más viejo café de esta Villa del Oso y el Madroño —supon-

go que alguien le contará de aquí, de de nuestro escudo, en el cual figuran el animal y el árbol—, que si no el más antiguo, el de más fama fue el de Pombo, adonde iban, entre otros poetas, Federico García Lorca, cuyos versos de Nueva York a todos los de esa familia tanto les gustan.

Hoy es el Gijón, en Recoletos, y tiene —no sé si aquí habrá una cafetería con él— hasta un aparcamiento. Sí, aquí los escritores tienen su coche para ir al café. Así, llegan al aparcamiento, dejan el coche, desde un Seat a un Dodge, y

luego por unas escaleras mecánicas suben al Gijón a tratar de poesía y novela, y todo ello entreverado de algo de baloncesto y de las piernas de una chica que acaba de entrar. Sí, ahora ya en el Gijón no hay salón reservado para las damas, y éstas pueden pedir a discreción desde un café cortado a un *whisky*, ya «made in Escocia», ya «made in Madrid»; para esto no hay discriminación alguna, y sí tan sólo la de sus bolsillos o la cartera de sus acompañantes.

Aquí, en el Madrid del café clásico, que tenía divanes de terciopelo —elefantes, no sé por qué se les llamaba— y un piano, hemos dado un salto a las cafeterías con barra, y en ella, vestidas de blanco o de rosa, de verde o de azul, a unas monísimas chiquitas preparando batidos y perros calientes. Lo de los bistecs con patatas de los cafés antiguos se ha convertido en unos platos combinados que naturalmente sería yo un ingenuo en explicarle en qué consisten.

Toda la geografía americana —la que ustedes, americanos, saben y alguna que desconocen— está en las muestras iluminadas en la noche de las cafeterías de esta ciudad dándoles nombre.

California, Baltimore, Alaska, Dos Passos, Iowa, y así hasta el infinito, son los nombres de las cafeterías de la ciudad de Madrid, desde sus barrios más céntricos y elegantes hasta los más viejos y populares. En la del Tribulete, donde en tiempos de su señor abuelo había un tupi —un tupi era una tiendecilla donde se tomaba café— hay hoy, si no me equivoco, dos cafeterías con nombres, claro está, de esa hermosa geografía de valles y ciudades, de ríos y poblados que componen los Estados Unidos de América. Cinco páginas, cinco, del Catálogo o Guía de Teléfonos de Madrid las ocupan las cafeterías de esta ciudad nuestra.

Se va mucho..., pero por poco tiempo. a éstas. Se baja a tomar un café a media mañana, se entra a tomar un aperitivo al mediodía o la anochecida y se va a comer o a cenar. A esto mucho, y en particular cuando falla el servicio; es decir, cuando hay crisis de chica del servicio doméstico, una crisis que ahora se da más que las ministeriales.

Los maridos que se quedan solos los veranos son los clientes más habituales. Ellos van por el combinado, y algunos van hasta por eso que

antaoño se llamaba plan y ahora, en un vocablo que la Academia de la Lengua está a punto de admitir, «ligue», bien, que la verdad sea dicha, que las servidoras y las clientas de estos establecimientos son tan serias como la que más, y de conversación, vaya, pero de lo de ligar, ni hablar; de eso hay una frase que dice: «De eso nada, monada.»

Veo que se me está acabando el tercer plieguecillo y que aún no he pasado a decirle a usted nada de los sitios formales de comer, de comer sentado en una mesa y con desfile de carta y hasta de *somelier*, de sitios de esos en los cuales el simbolismo numérico de los tenedores hablan de la calidad de los lugares.

Estos van de las tascas ilustradas, en donde tienen costumbre los matrimonios burgueses ir a cenar los sábados, hasta los más encopetados, con *maitre* en tres idiomas y carta en otros tres.

El «piri», o el cocido, que es el plato madrileño, y las chuletas a la brasa forman en los menús de los primeros, para llegar en los últimos a las exquisiteces de la cocina francesa, que si usted no se enfada le diré que es reina; bien que claro está, si viene por aquí pida en una



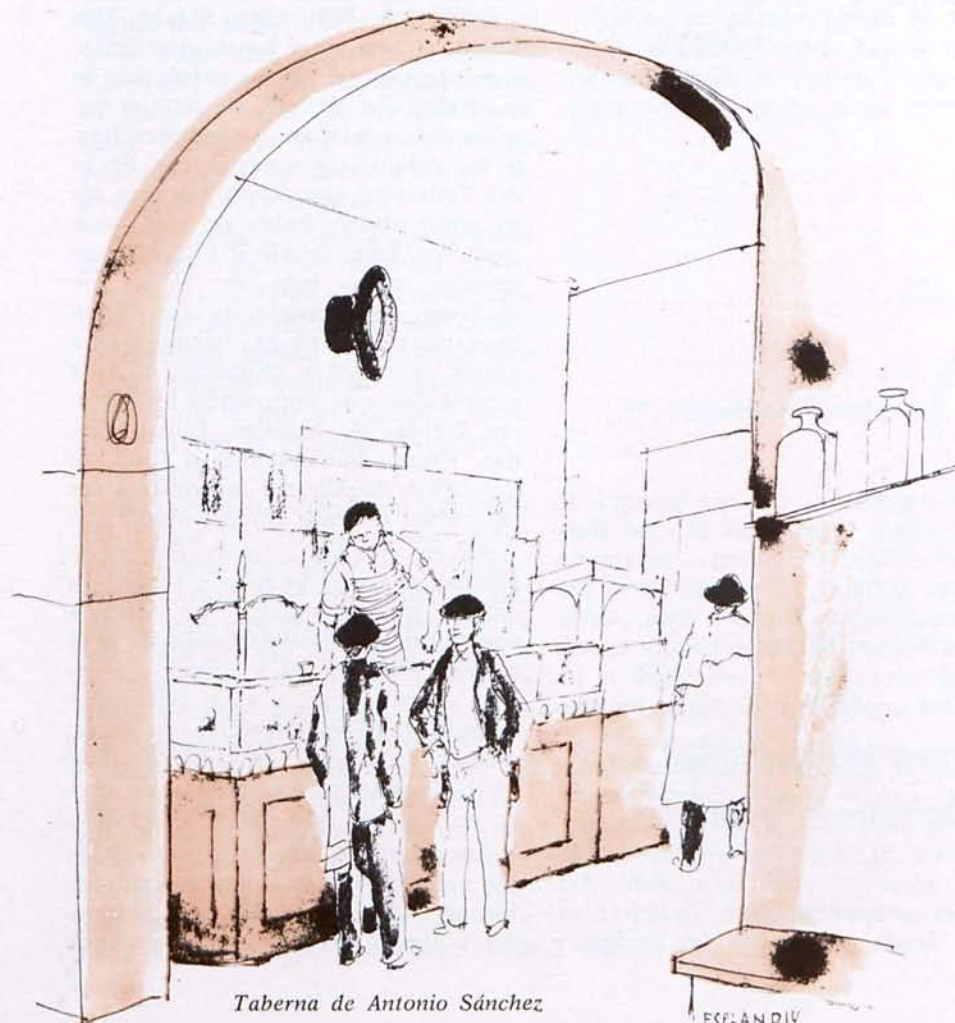
«Snack-Bar»

tasca los callos a la madrileña. En las tascas, el dueño suele llevar un mandil verde, y en vez de menú escrito recita éste de arriba abajo y a la inversa. Empieza por las judías con chorizo y acaba por el flan, y vuelta a empezar.

Tascas con historia, como la de la Cruzada, donde cuentan iba de juer-ga con ciertas alegres muchachas el rey Alfonso XII, y restaurantes elegantes, en donde cada día almuer-zan tres políticos o cuatro financie-ros, en eso en donde al margen del foia y del plato a la naranja, de la langosta del Cantábrico, se trata de fundar un Banco o de darle un cargo a otro que ya tiene dos.

Ya sé que me dejo muchas cosas, sí, me dejo las boites y me dejo los bares un poco a la antigua y los bares con chicas de alternancia, ellas con sus piernas y escotes en liber-tad de la mucha que ellas gastan y conceden, pero yo creo que a usted, don John, y a su señora y a su chico, sobre todo a ellos, y máxime que usted con ellos viene —si no puede, que también este capítulo le intere-saría—, lo que le interesa es lo que muy a la ligera le he contado. Lo que si viene por aquí ya le explicaré con más detalle yendo a tomar un *whisky* o un café, un cocidito o un pollo asado, que para todo habrá tiempo y pesetas. ¡Ah!, y buen es-tómago, amigo don John.

J. S.



Taberna de Antonio Sánchez

ESPLANDIV

VEINTIDOS TEATROS Y UN CIRCO FUNCIONAN EN MADRID

DESDE LOS SEIS CORRALES DE COMEDIAS QUE EXISTIAN EN EL SIGLO DE ORO, NO SE HA INTERRUMPIDO SU TRADICION ESCENICA

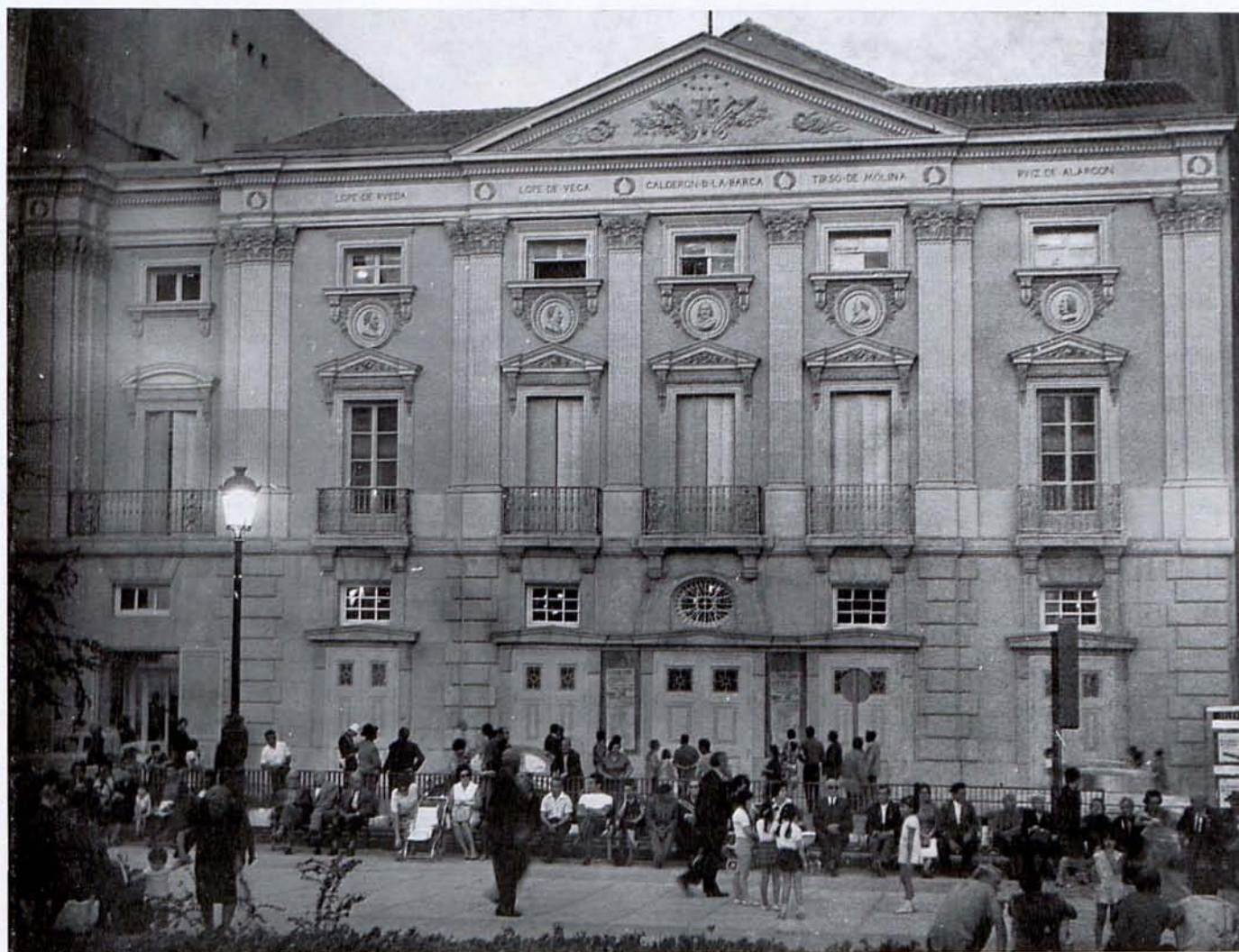
Por José de Juanes

DESDE que Juan del Enzina y Lope de Rueda representaban sus farsas en los jardines de los poderosos y en las plazas públicas de los lugares, hasta los tiempos de hoy en que se organizan las campañas teatrales a escala nacional, España ha sido siempre un pueblo de elevada temperatura teatral. Y, dentro de España, Madrid, centro y cumbre en un tiempo del teatro universal.

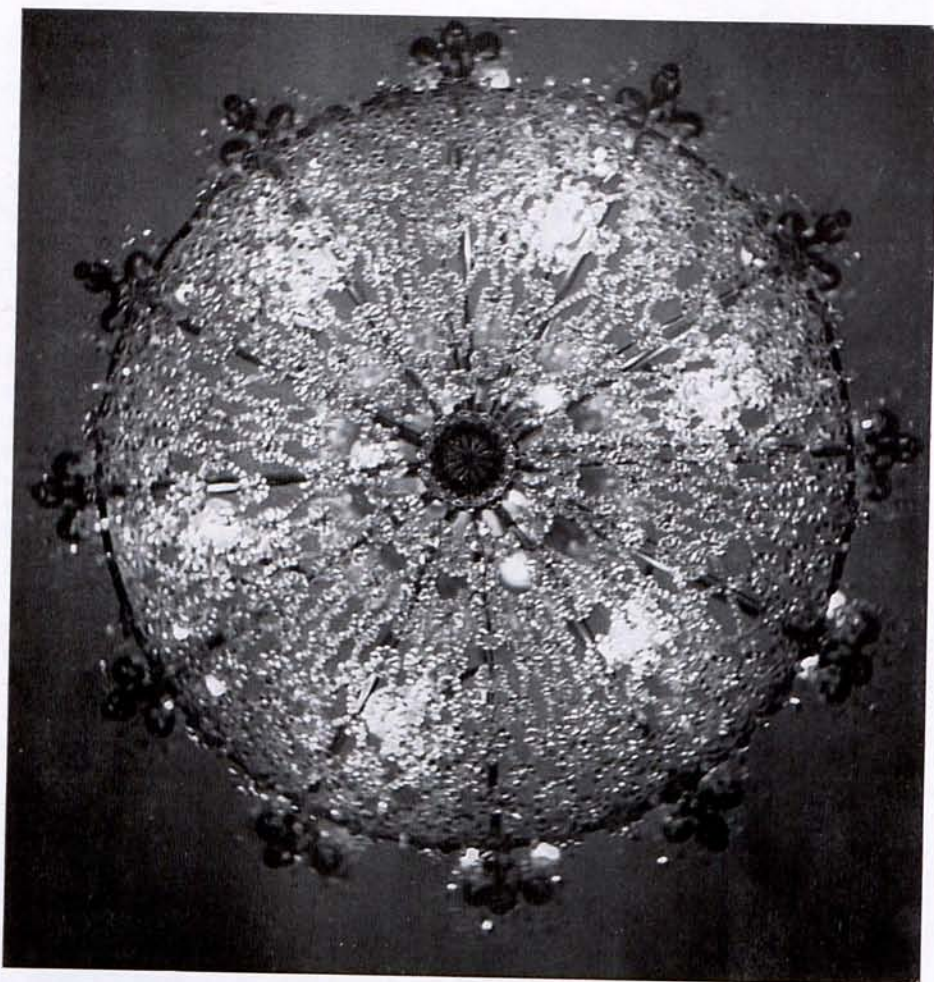
En aquel tiempo, por muchos motivos llamado Siglo de Oro, funcionaban ya en la capital seis Corrales de Comedias. Estos Corrales surgieron automáticamente como una aplicación de las representaciones en lugares abiertos (los patios de mesón) y, en éstos también se daban las representaciones a cielo descubierto, bajo la amenaza de todos los cambios atmosféricos, aunque dis-

ponían ya de un escenario construido exprofeso, de cuartos para vestirse los cómicos y de una elemental discriminación del público en localidades perfectamente diferenciadas. No otra cosa que un Corral de Comedias de planta exagonal fue el teatro del Globo, londinense, en el que Shakespeare estrenó sus portentosas producciones.

Seis Corrales funcionaban en Ma-



Ayuntamiento de Madrid



Lampara que decora el techo del Teatro Español.

drid en aquella época: el de la Cruz, el de la Puente, el de la calle del Sol, dos en la del Príncipe y el de la Pacheca, que más tarde se llamó teatro del Príncipe y, desde el año 1849, Teatro Español, después de haber pasado por numerosos avatares, reformas, reconstrucciones y cambio de propietarios. Hoy es, sin duda, el local español de más amplia historia escénica. En los primitivos Corrales del Príncipe y de la Cruz comenzaron dándose funciones solamente los domingos y días festivos. Más tarde se ampliaron a breves temporadas, que indefectiblemente se suspendían en el verano y en los días de Cuaresma, y de aquellas funciones pródigas en lances y colorido popular han dejado cumplido recuerdo numerosos autores e investigadores de todas las épocas

Poco a poco los Corrales de Comedia dejaron paso a los locales de fábrica y también a los barracones o carpas, comunmente dedicados a la risa o a la frivolidad. Hace un siglo funcionaban en Madrid dieciseis-

te teatros dedicados a comedia y zarzuela, además de otros tantos cafés con variedades y pequeños salones de atracciones. El antiguo teatro de los Caños del Peral se transformó en el Real, y compartía las preferencias del público en unión del Español, la Zarzuela, el Circo y la Princesa.

En la hora actual, Madrid cuenta con veintidós teatros y un circo, clasificados de la siguiente forma:

Trece locales dedicados exclusivamente al género de verso en todas sus manifestaciones: drama, comedia, sainete, etc.

Dos en los que se alterna la comedia y la revista, según la época dentro de la temporada, o las conveniencias de la empresa.

Tres dedicados exclusivamente a la revista y al género frívolo.

Uno, el Español, para representaciones clásicas, que alberga, además, provisionalmente, el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo.

Uno destinado a la zarzuela, alta comedia musical y, anualmente, a representaciones de ópera en la primavera.

Otro, el Real, destinado a sala de conciertos después de la última reforma.

Y otro, el María Guerrero, para alta comedia moderna, que actualmente está reformándose en la parte mecánica y luminotécnica, con proyecto de colocarlo a tono con los mejores escenarios de Europa, realizándose al mismo tiempo obras de consolidación del edificio. Mientras duran las obras, la compañía titular realiza una interesante gira por América.

En el circo, que cumple por ahora su siglo de vida, se dan programas específicamente circenses durante el invierno, dedicándose durante el verano a las variedades. En este local del Price se estrenaron

Fuenteovejuna, de... →

Fachada del Teatro de la Zarzuela.







La Estrella de Sevilla, de Lope de Vega.

comedias y zarzuelas que han pasado a la historia, como «Las golondrinas», de Martínez Sierra y Usandizaga, que en estos días ha resucitado con gran éxito la televisión.

El Estado, a través de la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos, mantiene la programación del teatro Español, de propiedad municipal, y del María Guerrero, coparticipando con la Sociedad de Autores en la de la Zarzuela. Existe el proyecto de adquirir un nuevo teatro para las representaciones de Cámara y Ensayo, estudiándose la idea de rescatar para estos menesteres una sala de cine; rescate que se proyecta también por empresas particulares de algunas otras, como el Fígaro y el Benavente. Hace dos temporadas se inició felizmente la idea con la conversión del cine Panorama en teatro Arniches. Esporádicamente realizan temporadas teatrales los cines Fuencarral y Lope de Vega.

Los nuevos modos teatrales imponen a la comedia un tono más intimista, y la nueva problemática requiere casi siempre una atención del público muy diferente a la simple diversión de otros tiempos. Es

éste uno de los motivos por los cuales han proliferado en el mundo los pequeños teatros, frente a los de grandes aforos destinados a espectáculos de gran efecto. De éste estilo se han edificado en Madrid en los últimos años, locales en los que se sacrifican mayores liquidaciones en beneficio del mejor montaje de las obras, reduciendo el espacio dedicado al público y aumentando el escenario, al que se dota de sitio suficiente para el montaje de carras y trucajes especiales. Tal es el caso del Bellas Artes. Otros, como el Arlequín, el Valle Inclán y el Club se han montado en pequeños espacios subterráneos y, por su reducida capacidad y falta de amplitud en la escena sólo son aptos para piezas dialogales que no exijan cambio de decorados.

Todos los teatros madrileños sin excepción se han adaptado en pocos años a los nuevos métodos de iluminación que rigen en el mundo, ofreciendo hoy una estampa visual distinta a la clásica del teatro con candilejas y concha del apuntador. Aquellas se han sustituido por cañones de luz colocados estratégicamente en la sala, que iluminan más racio-

nalmente la escena, habiéndose suprimido también las «diablas» interiores fijas y colocando en lugares precisos reflectores móviles que las sustituyen con ventaja. Las comedias se estrenan «sin concha» por exigírseles a los actores mayor responsabilidad en el aprendizaje de sus papeles, aunque el consueta o apuntador subsista colocado ahora en un entrepaño oportuno, siguiendo la comedia en silencio, para acudir en socorro de un actor sólo cuando se produce una equivocación o un fallo de memoria. Representadas de esta forma las comedias, el actor y el público se comunican más íntimamente al no existir entre ellos obstáculo de ninguna clase.

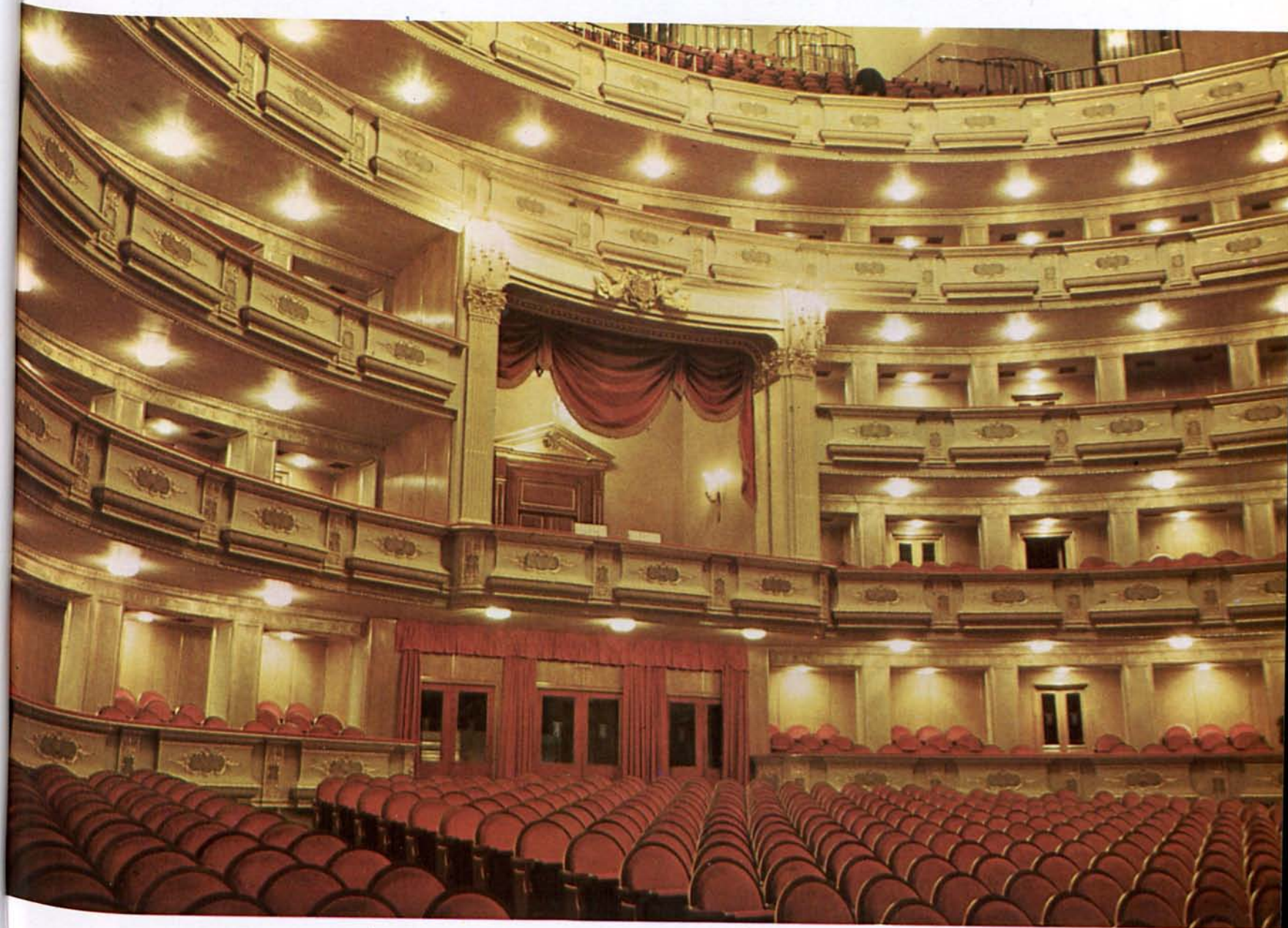
Con sus veintitrés locales en funcionamiento, la Escuela Superior de Arte Dramático y los numerosos grupos que cultivan con buena fortuna el arte de Talía, Madrid hoy continúa la tradición teatral, que dio al mundo de la farsa muchas horas de gloria a lo largo de su importante historia.

J. J.

EL TEATRO REAL:

DE LOS CAÑOS DEL PERAL AL FESTIVAL DE LA EUROVISION

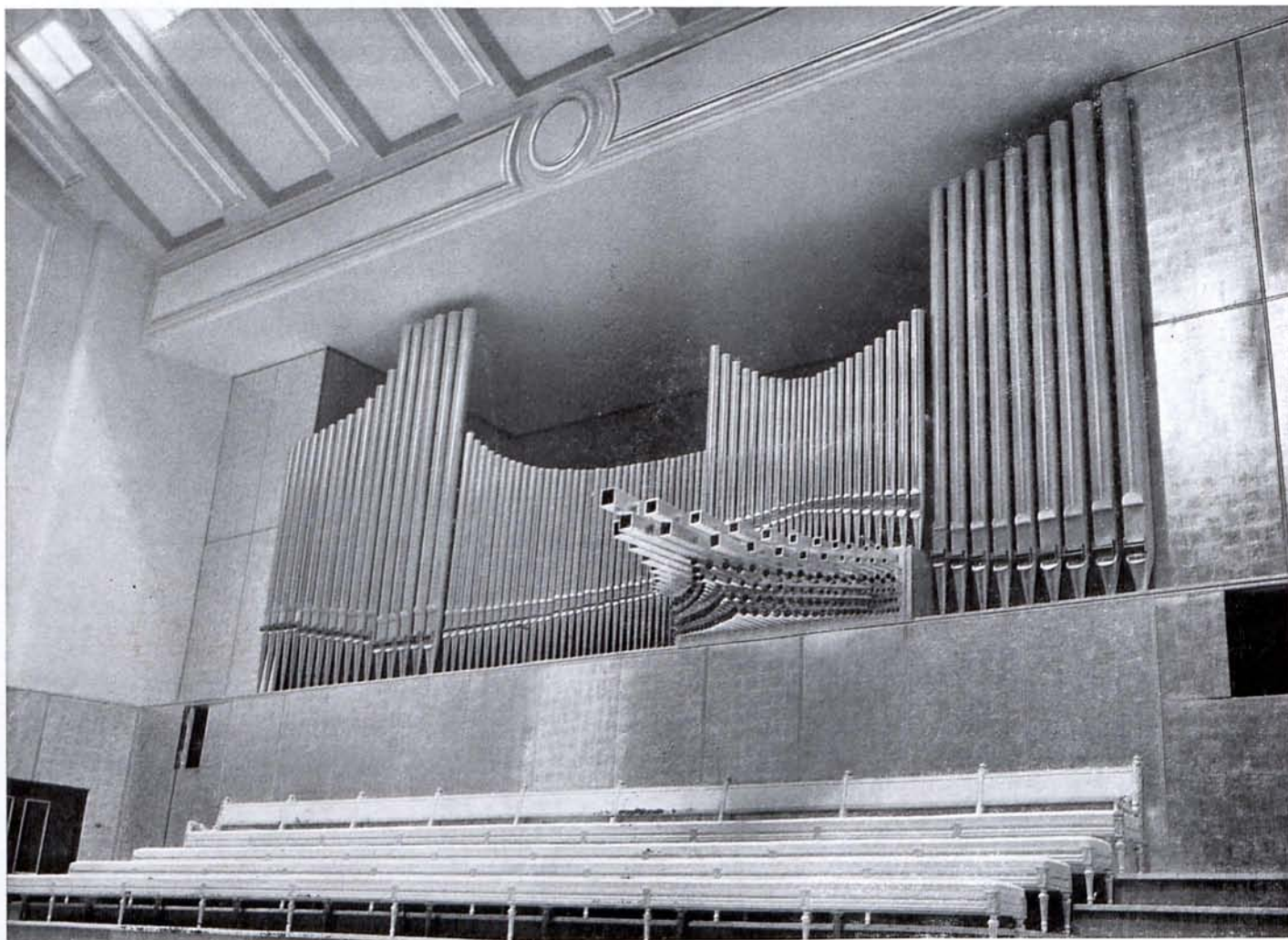
Por *MARIO GONZALEZ MOLINA*



EL Teatro Real está situado en uno de los lugares más clásicos, armoniosos y logrados de Madrid. Este edificio viene a ser la clave del semicírculo que forma la plaza de Oriente, cuyo diámetro es el

Palacio Real. En medio unos bellos jardines presididos en su centro por la estatua ecuestre más atrevida de Madrid, la de Felipe IV, cuyo corcel inició una briosa corveta en el año 1640 y así ha continuado hasta

hoy. Formando guardia en doble fila, pero a un nivel inferior, las efigies de piedra de los antiguos reyes españoles dan al recinto un aire entre solemne y funeral. Todo el conjunto, sin embargo, está concebido



*Modernísimo órgano en la Sala de
Conciertos*

con una grandeza que se echa de menos en otros lugares de la Villa.

EL TEATRO DE LOS CAÑOS DEL PERAL

Antes del actual teatro, en este mismo lugar, hubo varios locales de espectáculos que surgieron en el lugar llamado de los Caños del Peral, que eran unos lavaderos públicos, propiedad de la villa, con un corral cercado, «que cierta compañía ambulante de comediantes y operistas italianos habilitó en 1708 para dar representaciones», según nos dice Fernández de los Ríos. Aquellos comediantes y operistas debieron tener tal fuerza, que ya parece que signaron este lugar para ser lugar de representaciones de ópera y precisamente italiana. Aquí hubo después otros teatros de mayor importancia, entre ellos el de los Caños, que aun sin ser gran cosa, parece que era el mejor de Madrid por aquellas fe-

chas. Se inauguró el domingo de Carnaval de 1738 con una compañía italiana. Tras varias vicisitudes, en que el teatro sirvió de alojamiento a las Cortes en 1814, cuatro años después se cerraba y demolía por ruinoso.

Por debajo de toda la fábrica de este teatro se dejaba sentir de vez en cuando la presencia de esas extrañas corrientes acuáticas que tanto abundan bajo la piel de Madrid y que en este lugar estaban más que justificadas por aquello del lavadero y de los caños del Peral.

EL NUEVO TEATRO

Pronto se pensó en edificar un nuevo teatro sobre el lugar del antiguo. Se encargó de los planos y de la dirección el arquitecto Antonio López Aguado, templado academista, autor también de la Puerta de Toledo, del palacio de Villahermosa, de la Real Academia y de la Alame-

da de Osuna. Las obras del nuevo coliseo no fueron ni fáciles ni rápidas ni cómodas ni baratas. La lentitud ha sido uno de los maleficios que se han ensañado con este lugar. Por fin a trancas y barrancas, con impuestos sobre el alcornoque y el 15 por 100 de los decomisos se terminó el teatro, que fue inaugurado el día 19 de noviembre del año 1850 para festejar el vigésimo aniversario de la reina Isabel II. Se puso en escena «La favorita», de Donizetti.

Desde esta fecha, el Teatro Real fue el escenario más brillante de la ópera en España. No hay novela de la época que no nos describa alguna representación, siempre por supuesto de ópera italiana. Aquí acudía la aristocracia a lucir sus joyas en los palcos y butacas. La «cazuela» o «gallinero» se reservaba para los menos pudientes y mejores aficionados.

Esta vida brillante se prolongó hasta bien entrado el siglo XX, sin

que mermase el fervor operístico de los madrileños, ni guerras, ni revoluciones, ni pronunciamientos, ni reyes destronados. Se dice que la noche del 26 de noviembre de 1886, mientras Alfonso XII agonizaba en El Pardo, la reina María Cristina presidía en su palco del Real la representación, y no por gusto de la buena señora, sino por extrañas razones políticas.

Ya iniciado el reinado de Alfonso XIII, el Real vivió su época de mayor esplendor, si bien sus días estaban contados.

Los antiguos caños del Peral parece que seguían manando bajo tierra, y sin duda con ayuda de alguno de los duendes que guarda el subsuelo de Madrid fueron socavando tenazmente la enorme fábrica, y al exteriorizarse una grieta en la sala, hubo necesidad de cerrar el teatro. Lo que nadie podía figurarse es que este cierre iba a durar más de cuarenta años.

EL TEATRO, RECONSTRUIDO

Pasaba el tiempo y el Teatro Real seguía como fantasma de sí mismo pasando a ser en el habla del pueblo

paradigma de lo inacabable. Se hacían algunas obras por dentro y por fuera, se aireaba el tema en la prensa de vez en cuando, pero pasaban los años y aquello no tenía fin. Con los aficionados que en Madrid somos a los derribos, se habló de demolerlo totalmente, dando al diablo todo el dinero invertido en reconstrucciones. Afortunadamente no prosperó esta idea y se salvó una magnífica urbanización y un buen teatro.

Por fin, el Ministerio de Educación Nacional se decidió a dar el empujón final y encargó al arquitecto don Manuel González Valcárcel que hiciese un estudio detenido de las posibilidades de reconstrucción que tuviese el teatro. Así lo hizo este arquitecto, quien redactó el oportuno proyecto, que fue aprobado, y en octubre de 1965 dieron comienzo las obras definitivas, que sólo habrían de durar once meses.

UNA SALA DE CONCIERTOS DE LAS MEJORES DEL MUNDO

No se reconstruyó para teatro de la ópera, puesto que para esto, de acuerdo con las técnicas modernas,

se hubiera tenido que ocupar las calles adyacentes para dar amplitud al escenario. El viejo edificio renovado quedó convertido en una de las salas de concierto que en lo ornamental es de las más suntuosas, y en lo técnico de las más perfectas. Lo primero que se hizo fue suprimir los famosos caños del Peral, que en este tiempo habían inundado los cinco sótanos del edificio. Se conservó el estilo isabelino de su primera época, pero depurado y con toques ornamentales de moderna traza. Pinturas y esculturas, tapices, lámparas de cristal, cuadros, muebles antiguos, alfombras contribuyen a dar empaque y suntuosidad al renacido teatro.

No obstante, lo más perfecto son sus condiciones técnicas. La acústica si ya antiguamente tenía fama, en la actualidad se ha mejorado gracias a los minuciosos estudios llevados a cabo por el arquitecto González Valcárcel. Puede decirse que las actuales condiciones acústicas no se deben a la genial inspiración o al acierto casual, sino a la técnica. La sala está recubierta de chapa de madera, separada unos milímetros de los muros, lo que la convierten en



Sala de Conciertos



Pintura mural de Vaquero Turcios, que decora los vestíbulos del teatro, y retrato de Isabel II, pintado por Madrazo.



una gigantesca caja de resonancia. Una lámina de aluminio cubre el techo del escenario para que las notas de la orquesta lleguen limpias a la sala. Esta se encuentra aislada del exterior a una temperatura y grado de humedad uniformes. La iluminación es espléndida.

Pero no es sólo la gran sala de conciertos con su escenario y con su órgano. Debajo de esta sala, a once metros de profundidad, hay otra dedicada a ensayos. En la parte del edificio que da a la plaza de Isabel II está instalado el Real Conservatorio de Música y Declamación, que cuenta con otra sala teatro, con salas de grabaciones, biblioteca, archivo musical...

Desde su reinauguración, el Teatro Real ha sido el eje y centro de la vida musical madrileña, limitada a la música sinfónica. Por aquí han desfilado los más insignes maestros y han quedado encantados de las condiciones de la sala.

Ahora al viejo y renacido Teatro Real le queda por vivir una experiencia que nunca hubiera podido soñar ni Isabel II, ni los apasionados del «bel canto»: el Festival de la Eurovisión, que llevará a todos los rincones de la vieja Europa los ritmos y melodías modernos y las imágenes de esta espléndida sala, de la que Madrid se siente orgulloso.

M. G. M.





MADRID EN EL CINE

Por LUIS GOMEZ MESA

Como todas las grandes capitales con mucha historia, Madrid es un decorado verdadero, variadísimo, para el cine. Hay que conocerle bien, amarle profundamente, para acertar en la elección de su escenografía. Porque de no ser así se capta sólo lo superficial. Y las notas ambientadoras son muy importantes por estar tan unidas a los personajes que explican sus psicologías.

Son muchas las películas que contienen en sus títulos el nombre de Madrid. Y pocas las que, efectivamente, corresponden por sus tramas al enunciado, que se aplica como atractivo.

El cine, que se descubrió al aire libre, en las ciudades y en los campos, como lo demuestran las primeras películas de los establecimientos de los hermanos Augusto y Luis Lumière, al encerrarse en los estudios inventó el decorado. Surgieron los expertos en trucos, aprendidos de Georges Méliès, que imitaban lugares y rincones principales de ciudades y muy diversos panoramas «para que pareciesen ciertos». Pero no lo conseguían. Se veía fácilmente la trampa.

Hollywood contaba con especialistas en diseñar y construir capitales y pueblos de distintos y distantes países. Es la etapa de los escenógrafos realistas, que se guían por una documentación desigualmente elegida, en vez de visitar esos países.

Madrid es víctima de esa táctica equivocada. Recordamos dos películas pertenecientes a los tiempos de

las pantallas mudas. Una, «La bailarina española», adaptada del melodrama de Víctor Hugo «Don César de Bazán», que sucedía en la corte de Felipe IV, con el conde-duque de Olivares en uno de los papeles principales. Incorporaba a la protagonista una actriz entonces muy famosa: Pola Negri. El Palacio de Oriente era de pura fantasía, como la catedral de Madrid. Fracasó de modo completo la documentación, pero no la película, que obtuvo gran éxito por sus aspectos de «amor a la española».

Otra, «En el alegre Madrid», adaptada de la obra teatral de José Echegaray «El Gran Galeoto»—muy admirada en los Estados Unidos—, con Ramón Novarro como figura «estelar».

Cuando el cine norteamericano no se había dado cuenta aún que era menos costoso, aparte de que aseguraba la autenticidad ambiental, hacer las películas en los propios lugares de acción, aprovechó el interés que promovió en el mundo nuestra guerra para efectuar el primer film con argumento sobre este tema, de título sensacionalista: «El último tren de Madrid». Un folletín plagado de tópicos, como lo revela que se asignase uno de los papeles primordiales a Lionel Atwill, protagonista de «Los crímenes del Museo de Cera».

Por el empleo habilísimo de «los efectos especiales», Marlène Dietrich y Gary Cooper recorrían algunas calles céntricas madrileñas, sin haber estado en nuestra ciudad, en una

película que relataba amablemente, en tono humorístico, un inteligente y audaz robo, con el envío a domicilio, al hotel, del botín: una alhaja de gran valor. (Años después, Marlène actuaría como cantante en un local de verano y Gary Cooper pasaría unos días en nuestra capital como invitado de unos compatriotas y también con fines publicitarios, ya que se preparaba una nueva cineversión de «Don Quijote» y se quería que él encarnase a «nuestro hidalgo y cervantesco manchego don Alonso de Quijano».

Podíamos citar más películas norteamericanas de tramas que sucedían en nuestra capital, con episodios en el monasterio de El Escorial, edificado por Felipe II. Y precisamente es esta figura histórica la protagonista de una titulada «En el Palacio del Rey». Tan falsa y estulta que Felipe II, por rivalidades amorosas con Juan de Austria—los dos se disputan los favores de la duquesa de Eboli—le mata en duelo. Pero eso es demasiado imaginativo para ser comentado. Hay que resaltarlo como prueba de unos extravíos que caen en la zona de lo mordaz.

El cine norteamericano, al mirar con ojos perspicaces, penetrantes—necesarios para su labor, definida por la visualidad—las naciones más fascinantes, fija su atención en España. No es sólo un interés turístico, si bien ofrece facetas de esta curiosidad, que proporciona tantos goces a los cinco sentidos. Es más hondo y más amplio. Y ve en Ma-



"Mi tío Jacinto", película de genuino ambiente madrileño

drid muy diferentes aspectos que le deleita. ¿Un compendio de España? Algo hay de esto al constituir su vecindad «unos madrileños» que no lo son de nacimiento, sino de adopción y de fervor—procedentes de todas las provincias—, que identificados con los que lo son desde varias generaciones le infunden una originalidad muy simpática.

Ese aire de Madrid, que se refleja en la peculiarísima luz pictórica

—perennizada por Velázquez y por Goya en estilos opuestos—, es un decisivo elemento filmico. Como pasa siempre, los cineastas madrileños, acostumbrados a disfrutarlo, no lo aprecian exactamente. La utilizan, sí, en películas tipistas—de diferentes fases del costumbrismo o casticismo—, y sus escenarios verdaderos son los mismos de los cuadros goyescos—y de sus cartones para tapices—, pero cambiadas las ves-

tiduras: la pradera de San Isidro, las orillas del Manzanares. «La verbena de la Paloma», título que se repite tres veces en la historia del cine español, es la obra más significativa de ese madrileñismo de sainete, con personajes muy humanos, mejores los más modestos que los adinerados. Todos, a la hora de limpiarse de malas pasiones, bailan de alegría, después de haberse peleado o divertido, a los sonos de las músicas de Barbieri, Bretón, Chapí y Chueca.

La teoría interpretativa de la sugestión de Madrid según los cinco sentidos, es genuinamente filmica. La vista se recrea en la contemplación de sus paseos, avenidas, calles y rincones típicos, con sus gentes—tan expresivas—, y recrea luego en la rememoración esas imágenes vividas. El olfato aspira el perfume natural de las acacias, de los nardos. El oído, lejos o aislado de los centros urbanos, muy alborozados y alborotadores, se afina para no perder palabra de esas charlas ocurrentes en las tertulias de los cafés, en los bares, en las tabernas, en los locales populares, entre amigos y vecinos, que superan en gracia, en donosura a las de los más ingeniosos autores. El gusto paladea los platos típicos—el cocido, los callos...— ayudados, «empujados», para su fácil digestión, por vinillos tinto y blanco de la tierra. Y el tacto abraza con el pensamiento, y en ocasiones también con gestos expresivos, ese aire cínico de Madrid, que por sí por los progresos de la motorización desaparece en los sectores céntricos, envuelve los espacios verdes de jardines—que afortunadamente no son ya sólo el Retiro, el Parque del Oeste y la Casa de Campo, sino que son cada vez más—, y las afueras, saneadas por la sierra de Guadarrama.

Sin saberlo, o acaso sí, los que han hecho documentales y cortometrajes sobre Madrid cumplieron esa teoría que tiene su mejor lucimiento, que se realiza plenamente en las películas en color. Pero de un cromatismo logrado no con fría perfección técnica, sino en matizada labor artística, para aplicar a los diferentes temas de nuestra ciudad su estilo apropiado. No puede ser lo



Otro plano de "Mi tío Jacinto"

Para realizar "Un ángel pasó por Brooklyn" se construyó en un estudio de Madrid esta barriada neoyorquina

mismo si transcurre en el Rastro —revelado en la pintura por Solana y en la literatura por Ramón Gómez de la Serna— que en el del Madrid actual, en continuo engrandecimiento.

Vienen a Madrid directores norteamericanos; alguno efectúa una intriga de espionaje, y es su escenografía verdadera la única nota que elogia la crítica. William Wyler, contento por el éxito de «Vacaciones en Roma», con Audrey Hepburn y Gregory Peck, visita nuestra capital. Desea hacer en Madrid una película análoga, pero desiste de su proyecto al no encontrar un guión que le agrade.

Jean Negulesco, viajero incansable e ilusionado, de los que se quedan en las ciudades que le gustan a vivir una larga temporada, realiza en Roma «Creemos en el amor» («The coins in the Fountain»), y después de permanecer unos meses en Madrid, cuando está seguro de conocer sus ambientes más típicos, dirige una película en igual línea. Amores de unas muchachas norteamericanas, que se instalan en una barriada popular. Convencionalismo y puerilidad revestidos de simpatía.

Ladislao Vajda, director cinematográfico español, que aporta a nuestro cine triunfos internacionales como «Marcelino Pan y Vino» y «Mi tío Jacinto»—ésta de ambiente madrileño—, devuelve a los norteamericanos su gentileza de haber construido en sus estudios de Hollywood decorados de ciudades y lugares españoles. Vajda es meticuloso, y para su película «Un ángel pasa por Brooklyn»—con Pablito Calvo, protagonista de esos tres éxitos, y con Peter Ustinov—encarga al escenógrafo Antonio Simont un gran decorado que sea exactamente esa parte de Nueva York, que se levanta en los Estudios Chamartín.

Samuel Bronston, productor de películas monumentales, se instala en Madrid y adquiere los Estudios Chamartín. Los transforma en unos estudios norteamericanos. Antes se



habían realizado en paisajes madrileños de la sierra de Guadarrama algunas películas estadounidenses e inglesas, como «Alejandro el Magno» y «La rubia y el sheriff». Bronston establece en nuestra ciudad una organización cinematográfica a la manera hollywoodense. Contrata a obreros, a especialistas españoles y afirma categóricamente: «Son buenos, si no mejores, que los más expertos de Hollywood». Tiene un ambicioso plan de producción. Cree que el procedimiento de que el cine venza a la televisión y a otros enemigos, como que sus públicos ha-

bituales se vayan al campo dominicos, festividades y días de tiempo espléndido, que supere estos peligros, es hacer películas grandes y grandes películas, dirigidas por figuras de reconocido prestigio y con artistas famosos de intérpretes. Cumple su programa en estos títulos: «El Cid», de Anthony Mann, con Charlton Heston y Sofía Loren de pareja protagonista; «Rey de Reyes», de Nicholas Ray, con un reparto excepcional; «Cincuenta y cinco días en Pekín», de Nicholas Ray, con Charlton Heston y Ava Gardner en papeles principales; «La



"Rey de Reyes", de Nicholas Ray, otra gran película norteamericana hecha íntegramente en estudios y paisajes de Madrid

caída del Imperio romano», de Anthony Mann, y «El fabuloso mundo del circo», de Henry Hathaway. Llegó Frank Capra para asumir la realización de esta última película, pero por discrepancias con Bronston renunció y regresó a los Estados Unidos.

Todas esas películas llevan la marca Samuel Bronston de Madrid. En el kilómetro 26 de la carretera de La Coruña, cerca de Las Rozas, se acotó una extensa zona, cara al Guadarrama, para edificar allí los monumentos que exigían esas tramas. Visitarla era como si se estuviese en uno de los más espléndidos estudios cinematográficos norteamericanos. No se limitaban los trabajos a ese lugar, sino que se ampliaban cuando lo requería la trama. Como en «El

fabuloso mundo del circo», en que se transformó el estanque del Retiro en un superspectacular local para presentar las atracciones internacionales más emocionantes.

El ejemplo de Bronston ha sido imitado por otros productores y directores extranjeros, que alquilan los estudios madrileños y utilizan como escenografía diversos lugares de nuestra ciudad.

Basil Dean realizó íntegramente en España «El Doctor Zhivago» y algunas de sus secuencias en el barrio madrileño de Canillejas.

El tema de Madrid en el cine, por menorizado, llenaría un extenso volumen. Esta crónica es como el «trailer», dicho en terminología filímica, de ese libro.

Cerrémosla con dos notas curio-

sas. Una, con el nombre de una actriz norteamericana, nacida en Madrid (Nuevo Méjico), Mae March, intérprete de célebres películas de David W. Griffith, como «Intolerancia», y especializada en el género risueño de la comedia. Y otra, con el nombre de un actor, Antonio Moreno, nacido en nuestro Madrid, triunfador en el cine norteamericano. Descuella en su extensa filmografía «La tierra de todos», la segunda película hollywoodense de Greta Garbo, adaptada, como la primera, «El Torrente» («Entre naranjos»), de una novela de Vicente Blasco Ibáñez.

L. G. M.



«El Cid», película norteamericana hecha en Madrid



Plaza de las Ventas

"MÁDRID, CÁSTILLO FAMOSO..."

LA PRIMERA FERIA DE TOROS DEL MUNDO

¿A qué coso taurino o plaza de toros podía referirse Nicolás Fernández de Moratín cuando escribió las quintillas de su famoso poema «Fiesta antigua de toros en Madrid»? Cuando se inauguró la primera plaza de fábrica en Madrid, el

fracasado autor teatral y triunfador poeta, sólo tenía diecisiete años, y es de suponer que no conocía ningún otro coso y tampoco podía ignorar que en los años a que alude en sus versos —nada menos que a los de la juventud de Rodrigo Díaz

de Vivar— no existía coso alguno. Y, sin embargo, escribe:

*Madrid, castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo,
arden fiestas en su coso...*

Y a lo largo de su extensa tirada

de quintillas lo hace ver y casi palpar a sus lectores:

*El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.*

Y precisa detalles descriptivos como éste:

*...Le embiste el toro de un vuelo,
cogiéndole entablado.*

Las antiguas plazas no tenían barreras para «entablarse»; pero ¿quién pone riendas a la fantasía de los poetas que todo lo intuyen, lo presienten y visten de bello y musical lenguaje?

*Dio vuelta hiriendo y matando
a los que a pie se encontrara
el circo desocupado...*

No hay duda: en tiempos del Cid había cosos taurinos, aunque otras cosas digan las historias; pero como se trata de saber con qué cosos contó Madrid, el vulgar prosista ha de acudir a las historias recabando datos de aquí y de allá, empezando por el venerado maestro José María de Cossío, que es la «paloma azul» de la información taurica.

La primera plaza, mandada construir expresamente por Felipe IV, para que en ella se celebrasen espectáculos taurinos, cada vez más arraigados en el alma popular, fue de madera y se elevó en las inmediaciones del palacio del Buen Retiro. De igual material se construyeron por entonces, aunque es de suponer que no al tiempo, sino escalonadamente, conforme se iba ensanchando la «afición», plazas en el «camino» de Alcalá —el mismo camino que sucesivamente había de ser elegido para las tres plazas de fábrica madrileñas—, en el Soto de Luzón, en las inmediaciones del palacio de Medinaceli y en Hortaleza.

Fue otro Felipe, Felipe V, primer rey de la dinastía borbónica, quien pese a su aversión personal a los toros, mandó construir otro coso, también de madera, en el mencionado camino de Alcalá, inmediato a la Puerta de Alcalá, que mandara construir su antecesor el rey Carlos III, que inició en Madrid reformas dignas de la capital de España, reformas que continuaron algún que otro alcalde hasta llegar a don Carlos Arias, de larga mirada a un futuro Madrid. La finalidad de Felipe V

no era contribuir al indudable incremento que adquirirían las corridas de toros, sino arbitrar recursos más cuantiosos para pagar con sus beneficios a los ministros de la Corte, insospechado procedimiento del Tesoro nacional para enjugar del gasto público tan importante y significativo capítulo.

Esta misma plaza, que se inauguró en el mes de julio de 1743, fue sustituida diez años después con una de fábrica por disposición de Fernando VI, que, más generoso y desprendido, la mandó construir a sus expensas, sin buscar recompensa en sus rentas, ya que éstas las mandaba destinar «al mayor beneficio de los hospitales de Madrid».

Las obras, con arreglo a planos de los arquitectos don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo, se realizaron con diligencia, merced a

lo cual pudo inaugurarse el 30 de mayo de 1754. Su emplazamiento era el mismo que tuvo la de madera, inmediato a la Puerta de Alcalá, en el lugar concreto que hoy ocupa la manzana de casas entre las calles de Serrano y Claudio Coello.

En esta plaza hicieron sus primeras armas diestros tan famosos como Lagartijo y Frascuelo, que en ella iniciaron su encrespada competencia, dividiendo a la afición en dos bandos irreconciliables de lagartijistas y frascuelistas. Pero su nota más destacada y mil veces evocada fue la trágica muerte de José Delgado «Hillo» o «Pepehillo», que también así se le llamaba. Autor de una *Tauromaquia* con reglas útiles para «librarse» del peligro de los toros; pero tales reglas y su dilatada experiencia en el arte de lidiar toros bravos no le sirvieron de nada, ya que





Vista general de Madrid, tomada desde el Este, con la plaza de toros en primer término. Litografía de la segunda mitad del siglo XIX. Museo Municipal de Madrid

en su vida profesional recibió veinticinco cornadas y fue, al fin, mortalmente herido por el toro «Barbudo», procedente de Peñaranda de Bracamonte, el día 11 de mayo de 1801.

Los toros eran a la sazón fuertes y poderosos, sin perjuicio de que los hubiere mansos y llenos de peligro. En un trabajo del bachiller González de Rivera y de Recorte, titulado *Los toros de bandera*, se reseñan muchos de los lidiados en la histórica plaza, que tomaron de dieciséis varas en adelante, como se demuestra en una copiosa nómina. Pero también afirman los mentados autores, en el prólogo de su trabajo, que asimismo se lidiaron «muchos bues y se fogueaban muchos toros y se echaban perros a muchos e iban bastantes al corral por mansos del todo».

Es lógico que en una plaza de toros como la de la Puerta de Alcalá, de tan larga existencia—ciento veinte años—salieran toros de toda índole y desfilasen diestros de todas las categorías y calidades, valientes y medrosos, dotados de inspiración artística y carentes de los más elementales conocimientos. El siempre sorprendente espectáculo de los toros tuvo tiempo de ofrecer todas sus cambiantes facetas; tardes gloriosas y tardes aburridas, faenas deslumbrantes y torpes amagos de faenas, triunfos sensacionales y broncas ensordecedoras.

Pero los madrileños amaban la secular plaza con su cara y su cruz, y cuando comenzó su derribo, el día 17 de agosto de 1874, las lamentaciones eran unánimes. Eran las mismas que en nuestros días escuchamos cada vez que un viejo café se

convierte en oficina bancaria o un bulvar en amplia y moderna vía. Cada vez, en fin, que algo viejo desaparece para dar paso a lo nuevo en esa ley inexorable que rige la vida y la muerte.

Para sustituir el coso de la Puerta de Alcalá ya se alzaba el llamado después de la Carretera de Aragón. La iniciativa había partido del marqués de Salamanca, afanado entonces en el desarrollo del barrio que lleva su nombre. Aquel ancho espacio que ocupaba la vieja plaza entre las calles de Serrano y Claudio Coello, daría empaque y belleza a la moderna plaza de la Independencia, y el marqués, sacrificándose, ofrecía, en compensación, un solar muy alejado del núcleo urbano, que produjo la irritación de los madrileños; pero el intrépido e inteligente Salamanca se impuso, pese a que en lugar más apto y próximo se ofreció un solar espléndido para la construcción del nuevo coso. Además alegaba la necesidad de ampliar las diez mil localidades distribuidas en ciento once palcos, incluido el real, las gradas y las andanadas. En un siglo y la propina de cuatro lustros, Madrid había aumentado su población y era necesario y justo dotar a la capital de una plaza digna de su categoría. De esto y de otras cosas, el marqués de Salamanca sabía mucho.

Los arquitectos señores Rodríguez Ayuso y Álvarez Capra derrocharon técnica y buen gusto para ofrecer a los madrileños una perfecta plaza de toros, en depurado estilo mudéjar al exterior y cómeda en lo interior, con dependencias y servicios bien dotados y perfectamente acondicionados. Su aforo práctico para la empresa era de 13.013 localidades. Los madrileños desecharon su pesadumbre al contemplar el bello y armónico aspecto del nuevo coso de la Carretera de Aragón.

Cuando se anunció la corrida inaugural, que la Diputación se había reservado para su fin primordial de aportar beneficios al hospital provincial, se produjo ese alboroto que se producía cuando se anunciaba a Manolete y se producen cuando se anuncia a El Cordobés. Cuatro días antes de la corrida ya el señor Casiano, representante de la empresa, había mandado poner, según cuenta Rafael Hernández en su historia de la plaza de la Carretera de Aragón, el siguiente aviso: «De orden de la *Impresa* no ay sol oy.»



Para el sensacional espectáculo habían regalado toros los siguientes ganaderos: el duque de Veragua, don Carlos Navarro y don Manuel García Puente, dos reses cada uno, y don Ildefonso Núñez de Prado, don Antonio Hernández, don Anastasio Martín y don Antonio Miura, una cada uno. Los diestros, que actuaron desinteresadamente, fueron Manuel Fuentes (Bocanegra), Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito), Salvador Sánchez (Frascuero), Vicente García (Villaverde), José Lara (Chicorro), José Machío y Angel Fernández (Valdemoro).

La víspera del festejo hubo gran ajeteo con las obras, aún no terminadas, de la avenida de Felipe II, que se abrió expresamente para dar acceso a la plaza desde la calle de Alcalá, a fin de que los madrileños salvaran con mayor facilidad y agrado el kilómetro y medio que la separaban de la demolida plaza. Para más complicación se escapó un toro del encierro, que gracias a su infinita mansedumbre no produjo víctimas, aunque sí el pánico entre obremos y curiosos que por allí paseaban.

Llegado que fue el 4 de septiembre, por la mañana, se procedió a la bendición de la nueva plaza por el capellán del hospital don Pedro Yarza, quien celebró una misa, a la que asistieron numerosos diestros y subalternos, mayoresales de las ganaderías, diputados provinciales y el personal dependiente de la plaza. Por la tarde, por cierto desapacible con lloviznas y vientos, en el palco presidencial—después regio—tomó asiento el presidente de la agonizante república o del poder ejecutivo, como había empezado a decirse, general Duque de la Torre, y con él el pleno del Gobierno, presidido por don Práxedes Mateo Sagasta, que aquella misma mañana había jurado su cargo. Pese a tanta solemnidad y a tantas ilusiones depositadas en la corrida inaugural, el mal tiempo deslució lo que se esperaba como brillante espectáculo.

La vida de esta plaza sólo alcanzó sesenta años. En ellos culminó en tardes triunfales la competencia Lagartijo-Frascuero, se forjó la fama inmovible de Guerrita y se alumbraron diestros como Bombita, Machaquito, el Papa Negro, Vicente Pastor, Rafael el Gallo, Gaona, Joselito y Belmonte, el Niño de la Palma, Marcial Lalanda, Antonio Márquez y tantos otros que sería excesivo recordar en un artículo. Jose-lito, al calor de los trepidantes éxi-



tos propios y los de su competidor Belmonte, fue el iniciador de que se construyera una plaza monumental, en la que se pudiera dar cabida a tantos madrileños que se quedaban sin localidades en los días que repicaban a gordo. El arquitecto don José Espeliú, amigo suyo, fue encargado de trazar los planos. El público, muy contento con su plaza, se opuso en innumerables polémicas, que trascendían y se sostenían en los periódicos, a la construcción de la monumental. Pero inevitablemente llegó el día de clausura de la plaza de la Carretera de Aragón, celebrándose una corrida en la que actuaron don Antonio Cañero con un novillo de don Martín Martín y los diestros Marcial Lalanda, Joaquín Rodríguez Cagancho y Rafael Vega

(Gitanillo de Triana). Como hechos destacables del espectáculo señalamos la grave herida que recibió don Antonio Cañero en la región abdominal, las orejas que cortaron en sus segundos toros Lalanda y Cagancho y el toro que despachó Marcial por no haberlo podido hacer Cañero. De remate, el madrileño fue paseado en hombros por el anillo. El fue quien echó la llave al espectáculo y a la plaza.

Rafael Hernández, en su mencionada historia, puntualiza: «Las gentes desfilaron silenciosas, tristes, entre las sombras de la noche, dando el último adiós a la alegre y bellísima plaza, donde se desarrollaron tantos y tan brillantes episodios del toreo y tantas inolvidables tragedias.»

La nueva plaza de las Ventas, no agradaba tampoco al público. Sus obras se realizaron con desesperante lentitud y ya terminada estuvo varios años sin estrenar. Su contorno, lleno de montículos, cuya destrucción y transporte de tierras era muy costoso, apenas daban facilidades para el acceso del público y muchísimo menos para el aparcamiento de carruajes y automóviles que ya empezaban a prodigarse por las calles de Madrid. El Ayuntamiento se negaba a realizar las obras necesarias y fue preciso, para llegar a un acuerdo, que se formara una comisión con representantes del Ayuntamiento, la Diputación y la Empresa, la cual decidió al fin sufragar los gastos de desmonte y transporte de tierras a partes iguales.

Prácticamente, el coso estuvo terminado un lustro antes de inaugurarse oficialmente. Pero don Pedro Rico, alcalde a la sazón del Ayuntamiento republicano madrileño, tuvo la ocurrencia de que en 1931 se celebrase un festival a beneficio de los obreros parados, que florecían como hongos. (No deja de ser curioso que las dos últimas plazas madrileñas fuesen inauguradas bajo el dominio de sendas repúblicas.) Con no pocos esfuerzos se logró la organización, con toros regalados por don Juan Pedro Domecq, don Julián Fernández, don Manuel García, señora viuda de Concha y Sierra, don Graciliano Pérez Tabernero, señores hijos de don Andrés Coquilla, señor Conde de la Corte y don Indalecio García. Fueron los diestros Diego Mazquiarán (Fortuna), Marcial Lalanda, Nicanor Villalta, Fausto Barajas, Luis Fuentes (Bejarano), Vicente Barrera, Armillita Chico y Manolito Bienvenida. El primer toro que piso el albero fue «Hortelano», de don Juan Pedro Domecq, y lo lidió y estoqueó Fortuna. Fue el 17 de junio de dicho año 1931.

La inauguración formal se celebró el 2 de octubre de 1934, lidiándose seis toros de doña Carmen de Federico por los diestros Juan Belmonte, Marcial Lalanda y Cagancho. El nuevo coso de las Ventas tiene un aforo de 23.000 localidades, aumentadas ahora en unos centenares con motivo de las obras que recientemente se han efectuado de consolidación y mejora de servicios. Su exterior, semejante al de su antecesor, muestra tendencia al estilo mozárabe con incrustaciones de brillan-

tes azulejos. Cuenta con todas las instalaciones necesarias, destacando por su modernidad y la importancia de su instrumental la enfermería, a la altura de los mejores quirófanos. Los servicios higiénicos son numerosos y asépticos. Tiene además un museo taurino y una biblioteca, enriquecida actualmente ésta con la colección del que fue magnífico cronista taurino don Celestino Espinosa (R. Capdevila).

Los primeros que hallaron muerte en su arena fueron el novillero Félix Almagro y el matador de toros Pascual Márquez. En orden a sus tardes triunfales destacan la doble alternativa de Juan Belmonte Campoy y Manuel Rodríguez (Manolito); la tarde triunfal de este último con un toro portugués de la ganadería de Pinto Barreiro y la afortunada presentación de Carlos Arruza. Otras muchas cosas notables acaecieron sobre sus arenas, pero cualquier intento de enumeración resultaría enojoso.

Las plazas de Madrid fueron y siguen siendo epicentro del toreo, «Meca del toreo», se ha dicho y aún se dice. Dieron y quitaron fama, sin que el hecho haya desaparecido. Para que un diestro trascienda ha de revalidar en Madrid los méritos que en provincias le dieron fama. Nada o bien poco valen los triunfos que no se refrendan ante la competente afición madrileña, aunque otras plazas pretendan disputarle su hegemonía.

No puede darse por terminado este trabajo sin hacer mención de los numerosos diestros que Madrid y su provincia dieron a la fiesta. Sin elementos de comprobación, ateniéndome a la memoria, recuerdo los siguientes, en orden asimismo a una supuesta, sólo calculada, antigüedad: Vicente Pastor, Antonio Sánchez, Marcial Lalanda, Félix Colo-

mo, Antonio Márquez, Alfredo Corrochano, Aguado de Castro, Manolo Escudero, Rafael Llorente, Agustín Parra (Parrita), Rafael Albaicín, los hermanos Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín, Paquito Muñoz, Pablo Lalanda II, Julio Aparicio, Antonio Chenel (Antoñete), Miguel Ortas, Curro y Antonio Caro, José Roger (Valencia III), Ricardo González García, Luis Segura, Luis Gómez (el Estudiante), Antonio García (Maravilla), Luis Fuentes Bejarano, Pepe Bienvenida y Victoriano Roger, Valencia II, que murió asesinado.

Hasta aquí el dictado de la memoria, que si desgraciadamente no es completo ni rigurosamente ordenado, no deja de ser exponente de la importancia de la afición madrileña, pues sólo donde ésta abunda y se dan por término medio cincuenta corridas cada temporada, pueden surgir tantos diestros, algunos de los cuales alcanzaron la categoría de grandes figuras.

Pero ¿dónde está el famoso castillo? ¿Dónde la feria primera del mundo? El castillo, como sería de ladrillo. acabarían comiéndoselo los grajos. Pero la feria está a las puertas, casi al volver de la esquina. La primera feria del mundo es la de nuestro Santo Patrón San Isidro, que se celebra en mayo, en plena eclosión de la primavera. El Ayuntamiento se vuelca y, entre innumerables festejos y fantásticas iluminaciones, patrocina las corridas de toros, que este año, como en varios pasados, constará de dieciséis espectáculos de primerísima categoría en toros y toreros. Desde el año 1948 viene creciendo la feria como la espuma y no extrañaría nada que algún año próximo, superada esa crisis taurina que dicen existe, hubiera corridas todos los días de mayo, de este mayo florido y hermoso, privilegio del clima madrileño.



MADRID, INDUSTRIAL

Más de 34.000 industrias y una población laboral de 600.000 trabajadores

Por el valor total de su producción —100.000 millones de pesetas— es la segunda provincia industrial de España

Tiene sus empresas más importantes en la rama metalúrgica

Por
FERNANDO CASTAN

MADRID es también una capital industrial. Y esa industria es importantísima —la segunda— dentro de la economía española, habiendo crecido, en muy pocos años, de una forma verdaderamente vertiginosa, hasta el punto de que en estos momentos es ya objeto de honda preocupación por cuanto el llamado cinturón fabril empieza a asfixiar al propio núcleo urbano.

Vaya por delante que Madrid nunca tuvo una gran tradición industrial. Eso sí, como cualquier otra ciudad española, tuvo a lo largo de los siglos una industria artesana muy variada, muy deliciosa en la evocación actual, y que, dentro de unos límites más bien modestos, dejó una es-

tela de recuerdos que todavía se conserva hoy en el nombre de algunas de las más típicas y recoletas calles y plazuelas de la villa: Bordadores, Latoneros, Herradores, Cuchilleros...

De aquellos artesanos agrupados en gremios a estos industriales de ahora han pasado muchos años. Y una evolución más bien lenta en el progreso fabril de la gran urbe. Porque sólo en los últimos treinta años ha sido cuando su expansión cobró verdadera fuerza, un ritmo arrollador, un impulso paralelo al propio desarrollo de la capital y a su mismo crecimiento demográfico. Una industria ésta que se asentó, casi sin discriminaciones, a lo largo y a

lo ancho de los doce distritos actuales de la ciudad, para invadir más tarde los barrios más periféricos y desparramarse después por toda el área metropolitana —su extensión es de 1.782 kilómetros cuadrados— alrededor de los veintidós municipios en ella incluidos.

MÁS DE 34.000 INDUSTRIAS

Al comenzar nuestro siglo, Madrid, capital, contaba con unos 4.000 contribuyentes industriales. Hoy —según el censo de la Cámara Oficial de la Industria (datos de 1968)— su número es de 34.449 en toda la provincia, correspondiendo 29.500 a la



LA RAMA METALURGICA, LA DE MAYOR VOLUMEN

Pero ¿cómo es esta industria madrileña? ¿Cuáles son sus actividades más acusadas o sobresalientes?

Por número de establecimientos y también por importancia económica destacan las industrias de la rama metalúrgica, que ascienden a 9.117, y dentro de las cuales hay importantes empresas dedicadas a la fabricación de material eléctrico y electrónico y de automóviles.

A continuación figura el sector industrial de la construcción, vidrio y cerámica, con 4.268 establecimientos, y la rama de las maderas y el corcho, con 3.012 industrias. A éstas siguen las industrias dedicadas a la fabricación de productos para la alimentación, con 2.851; la de actividades textiles, con 2.748; las pertenecientes a la rama del papel y artes gráficas, con 1.652; las de industrias químicas, con 857, y las de energía, gas y agua, con 213. Además existen otras 1.500 industrias agrupadas, por su heterogeneidad, bajo el concepto genérico de actividades diversas.

Como es natural, también corresponde al sector metalúrgico el mayor número de operarios en él trabajando. Y de las 600.000 personas que en total laboran en la industria madrileña, 200.000 lo hacen en la rama del metal, mientras que en la de la construcción y obras públicas se integran otros 150.000 trabajadores, según se desprende de los censos del mutualismo laboral. Cifras más bajas alcanzan otros sectores, y así, por ejemplo, la industria química absorbe a 40.000 personas; artes gráficas, 25.000, confección, 23.000; madera, 20.000, etc.

LA SEGUNDA CIUDAD INDUSTRIAL DE ESPAÑA

Con ser bien elocuentes todos estos datos referentes a número de industrias y a población laboral, todavía lo es más la cifra del valor total de la producción de esa industria. Según señala la Cámara Oficial, la provincia de Madrid se sitúa, con más de cien mil millones de pesetas de producción, en segundo lugar, detrás de la provincia de Barcelona, y, por su valor añadido neto, significa alrededor del 11 por 100 de la correspondiente cifra nacional.

capital, unos 1.600 a los restantes municipios del Area Metropolitana y 3.400 a los otros 160 municipios de la provincia.

Como puede apreciarse, el salto es enorme, y más aún si tomamos la anualidad de 1940, en que se alcanzó la cifra de los 10.000 contribuyentes. De entonces acá es cuando se ha producido esa gran expansión industrial, y de ahí sus características peculiares de modernidad, especialización, etc.

Pero no por eso deja de haber todavía un gran número de industriales artesanos, pues según los datos de la referida Corporación existen aún 12.536 contribuyentes clasificados en esa categoría, al no tener más de cinco personas empleadas y

no disponer de potencia instalada en su establecimiento. Son pequeñas industrias al servicio de los propios vecinos de Madrid, sin más trascendencia fuera de los límites locales, y que comprenden pastelerías, hornos, fábricas de churros, modistería y sastrería, imprentas, carpinterías, talleres de reparaciones, decoradores y otras muchas actividades propias de toda gran ciudad.

Junto a esta industria artesana, casi familiar, esta otra que puede calificarse de mediana empresa, y después la que comprende la gran industria, en la cual quedan comprendidos unos quinientos establecimientos, algunos verdaderamente importantes dentro de la producción nacional.

He aquí, pues, la gran importancia de esta industria madrileña, cuyas realizaciones van en constante aumento, y de ahí el que, como decíamos al principio, constituya en estos momentos objeto de preocupación para urbanistas y autoridades municipales, empeñados en una tarea de descongestión industrial para dar un ligero respiro al casco urbano de la ciudad.

El problema, aun cuando no es nuevo, ha vuelto a cobrar actualidad con motivo de un reciente decreto del Ministerio de Industria, en el cual se señala que el desarrollo industrial de Madrid, aunque no sea el único factor determinante de

su crecimiento, ha sido particularmente notable, creando problemas derivados de la naturaleza de esta actividad, que se ven especialmente agravados por la localización de las industrias dentro del casco urbano o excesivamente próximas al mismo. «Para evitar que esta situación continúe agravándose en el futuro —se dice en el referido decreto—, y con el objeto de facilitar al Ayuntamiento de Madrid la solución de los problemas con que actualmente se enfrenta, se establece el sistema de autorización previa para la instalación, ampliación o traslado de industrias dentro del Area Metropolitana de Madrid.»

Como puede apreciarse, se trata

de ordenar, en cierto modo, esta gran expansión industrial de Madrid y su provincia, y llevar estos establecimientos a unos Polígonos Industriales de Descongestión que se crearon hace unos años y que están situados en las ciudades de Toledo, Guadalajara, Alcázar de San Juan, Aranda de Duero y Manzanares, con una superficie total de unas 2.400 hectáreas.

Todo ello, necesario, imprescindible, para crear un equilibrio y un orden urbanístico, frenar la gran corriente migratoria —Madrid ha pasado ya de los tres millones de habitantes— y lograr así el mejor crecimiento armónico de la capital de España.

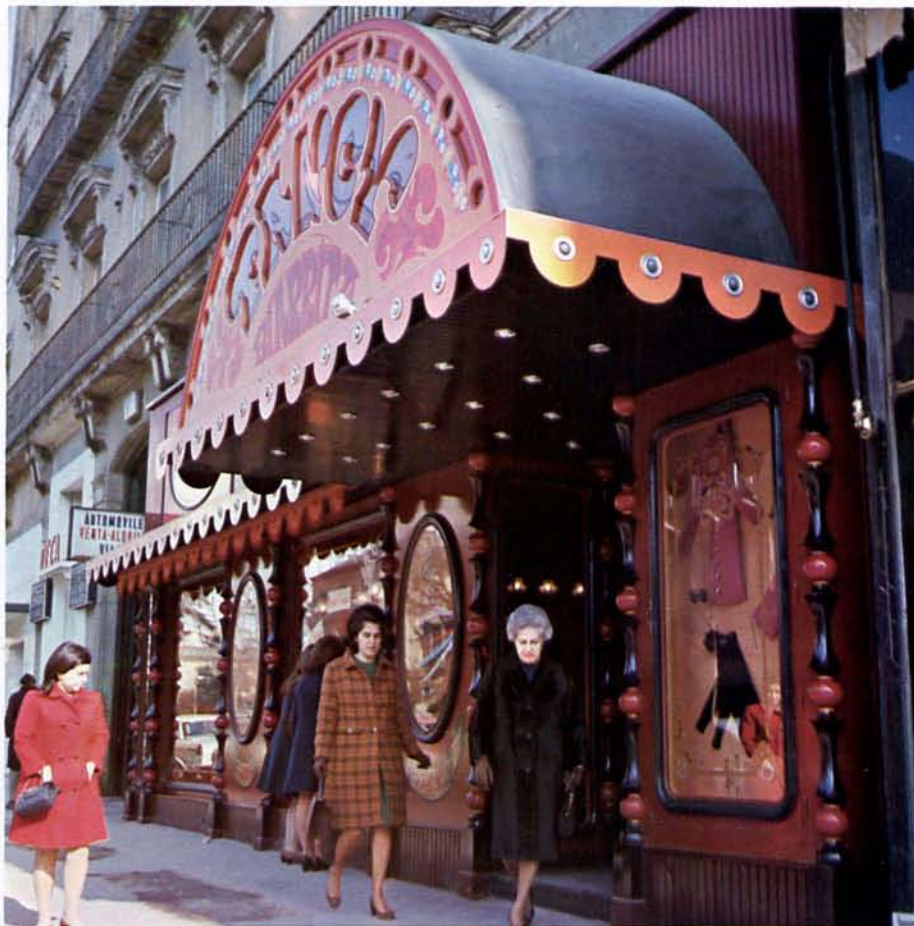
F. C.



DE TIENDAS POR MADRID

(WINDOW SHOPPING IN MADRID)

Por María Luz NACHON RIAÑO



MADRID ha tenido siempre, y tiene, fama de ciudad elegante. Sus mujeres van muy bien vestidas y, sobre todo en estos últimos años, a la última moda.

A esta elegancia sirve el comercio madrileño, en tiempos concentrado en el viejo casco urbano con sus calles incluso rotuladas según los oficios en ella establecidos —Bordadores, Sombrereros, etc.—, para más tarde extenderse por las vías de nueva creación hasta llegar hoy a una total y absoluta expansión por la ciudad.

Hacer tiendas o ver escaparates —«window shopping»— constituye, no sólo para las madrileñas, sino para cuantos nos visitan, y muy especialmente para los extranjeros, uno de los grandes atractivos de la capital, en la que puede encontrarse cuanto se desee, o simplemente contemplar sus escaparates, de verdadero buen gusto y continuamente renovados.

En ellos se exhiben desde los artículos más tradicionales hasta el último grito de la moda mundial, tra-



ducido en las más atrevidas realizaciones de la costura o exóticos collares y pendientes. Y aunque la industria nacional sea la de mayor importancia, existen muestras abundantes de la producción de los más lejanos países.

ITINERARIO IMPOSIBLE

El centro comercial de Madrid sigue siendo la zona que irradia a partir de la Puerta del Sol, pero en los últimos tiempos, ateniéndose al ritmo expansivo de la ciudad, las grandes casas han comenzado ya a establecer sucursales en otros barrios donde el incremento de la población ha sido realmente espectacular.

Por tanto, hacer un itinerario de tiendas resulta casi imposible.

No obstante, pueden señalarse algunas calles de esta zona central en las que están situadas las más importantes firmas y los grandes establecimientos comerciales, hasta hace muy poco tiempo exclusivamente es-

pañoles, y que hoy comienzan a sentir la competencia de entidades extranjeras mundialmente conocidas que, aun cuando tienen éxito no llegan a alcanzar a los colosos del comercio madrileño, en continua expansión y modernización de sus instalaciones.

La Gran Vía de José Antonio, Alcalá, Puerta del Sol, Carmen, Preciados, Montera, Carretas, Carrera de San Jerónimo ofrecen a todas horas el simpático y vivo espectáculo de quienes van de compras.

En estas calles pueden adquirirse desde el más moderno artículo hasta el más bello abrigo de pieles, pasando por toda la infinita gama de objetos, no sólo de uso personal, sino también del hogar, sin olvidar el importante capítulo de los libros.

Aunque en estas vías hay establecidas importantes joyerías, Madrid tiene una zona entre la Plaza Mayor y la plaza de Santa Cruz en la que existen establecimientos especializados en platería. Son incontables y pueden adquirirse en ellos no sólo



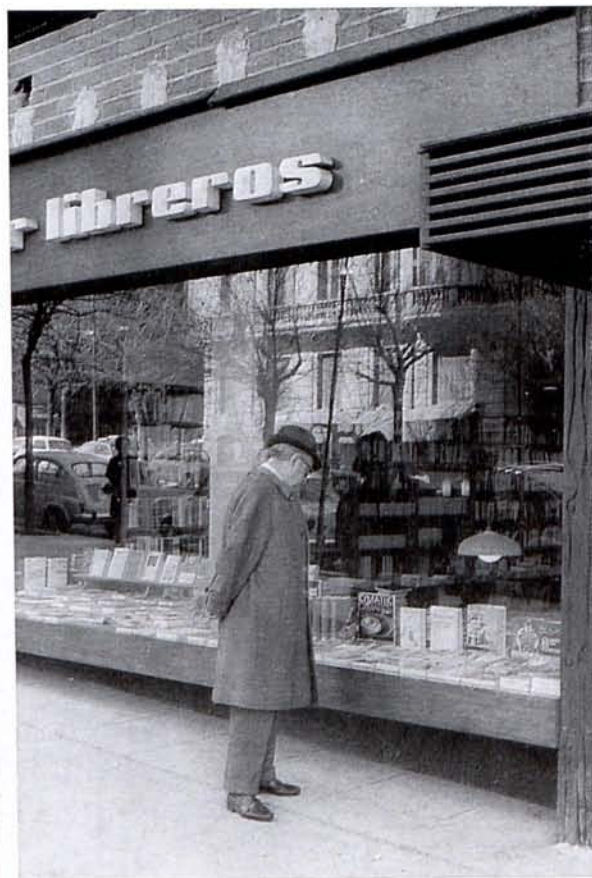
alhajas, sino bandejas, cuberterías, candelabros... Y no muy lejos, en la calle de Postas, los caballeros disponen de establecimientos especializados en la industria del afeitado, conservándose aún, si bien en menor escala que otros tiempos, el oficio de vaciador o afilador de cuchillos y hojas de todo tipo.

El tradicional establecimiento, la tienda —que ha perdido casi por completo su carácter familiar y hasta un poco íntimo—, ha visto la aparición de otra serie de comercios que con un extranjerismo, «boutique», denomina aquellos establecimientos donde se compra lo que antiguamente se llamaba bisutería y chucherías, y que tienen entre su clientela a un importante número de jóvenes «ye-yés».

BARRIO DE SALAMANCA

La calle de Serrano, centro otro tiempo de los «pollos bien» madrileños, y siempre gran centro comercial junto con la de Goya, continúa manteniendo su importante rango con tiendas de categoría y fre-





cuentadas tanto por lo que en término periclitado podemos llamar «alta sociedad», como por quienes no pertenecen a ella. En Serrano se da el caso curioso de subsistir junto a estos refinados establecimientos las mercerías o tiendas en las que se encuentra de todo, y en las que las señoras tienen a su disposición las más variadas mercancías —encajes, cintas, botones, hilos, lanas...— en auténtico batiburrillo, si bien es cierto que comienzan a perder su carácter al renovar sus instalaciones para ponerse a la altura de las circunstancias.

Pero Serrano y Goya han perdido su singularidad al proliferar en todo el barrio Salamanca toda una serie de modernos establecimientos (algunos filiales de los existentes en la zona central) que comienzan a poblar las calles de Ayala, Claudio Coello, Lagasca y... «Moncho Street».

«MONCHO STREET»

La juventud madrileña, que adopta y asimila con la mayor rapidez cuantas modas y maneras se lanzan en el mundo, ha «inventado» una ca-



lle siguiendo los pasos de los «hippies», clientes en Londres de los establecimientos de «Carnaby Street», y ha convertido la dedicada a don Ramón de la Cruz en «Moncho Street», denominación entre graciosa y desenfadada, como corresponde a estos jóvenes, que se ríen o aparentan reírse de sus mayores y de cuanto se consideraba tradicional e incluso inamovible.

La nueva denominación (que por supuesto no ha pasado, ni creemos vaya a pasar, a la Guía callejera de Madrid) surgió como consecuencia

de la aparición de numerosas «boutiques» y establecimientos análogos, muy «in» y, desde luego, muy «op», por cuanto fachadas y escaparates constituyen una muestra del «op art», aunque naturalmente en tono menor

En estos establecimientos, que tienen como vecinos a toda clase de «clubs», «pubs» y «whiskys á gogó» también de reciente instalación, se pueden comprar toda clase de objetos y prendas. Desde un collar historiado que lleva la paloma picas-

siana de la paz o la reproducción de una cruz bizantina, hasta la más atrevida minifalda o la más púdica y —¡oh paradoja!— amplia y larga maxifalda.

El ambiente de estas «boutiques» es... un tanto sicodélico en su decoración interior y en la música de ambiente. Y más de un avisado propietario dispone de una barra en la que la clientela toma sus copas mientras decide comprar una chaqueta de cuero o una vieja condecoración militar.





EL RASTRO

Madrid tiene, junto con estas zonas comerciales un lugar lleno de años e historia, que por su singularidad es punto de cita de cuantos visitan la capital de España: el Rastro, es el más castizo y uno de los más viejos barrios de la ciudad, que muchos comparan con el «marché aux puces» de París, pero al que le gana no sólo por la variedad de artículos y objetos de toda clase que allí se ofrecen, sino por el valor real de muchas de las espléndidas antigüedades de todo tipo que pueden adquirirse.

En el Rastro madrileño, el visitante puede ver los más extraños y curiosos objetos, que por su número renunciamos a señalar, y cuya contemplación es por sí sola un espectáculo.

Mas el Rastro no queda en esto, ya que adoptándose también a los nuevos tiempos ha establecido un muy floreciente comercio de extraños atuendos y adornos personales, algunos usados (en el Rastro hay muchos ropavejeros) y otros de flamante confección. En el Rastro pueden vestirse los jóvenes «ye-yés» y aun los «hippies», aunque éstos no existan apenas en Madrid. Largas ga-

bardinas, chaquetones de cuero, tabardos, pellizas de piel de borrego..., es decir, cuanto de acuerdo con las actuales modas juveniles es susceptible de vender y apetecible de comprar.

PLAZA MAYOR

Tal vez sea la Plaza Mayor, auténtica joya de la urbanística de Madrid, el principal reducto de los antiguos gremios: el de sombrereros, que tiene allí los más importantes establecimientos, en los que puede encontrarse, sin exageración alguna, cuanto se quiera en materia de som-

breros, sin que dejen de adquirir y por supuesto vender puntualmente los últimos modelos o estilos más solicitados en este mercado en las diferentes épocas.

Y así chambergos de los tiempos de Flandes están al lado de los cascos prusianos, tricorrios diplomáticos o gorrillas del tiempo de la guerra de Secesión norteamericana.

Junto a ellos figuran también efectos militares de reglamento vigentes en la actualidad: gorras, cordones, distintivos, etc., etc., así como los sombreros de uso corriente, tanto «de vestir» como «de trapillo».

En la Plaza Mayor abundan tiendas de este tipo que, al igual que en otras, han encontrado nuevo filón en viejas condecoraciones e insignias. Y hay también joyerías, jugueterías y numerosas tiendas de recuerdos españoles o madrileños —los típicos «souvenirs», en los que hay objetos damasquinados, banderines, pañuelos, etc., etc.

EN OTROS LUGARES

Pero el comercio de Madrid no termina aquí, ya que los nuevos núcleos de población y aun otros existentes más desplazados del centro ofrecen excelentes comercios que frecuenta la mayoría de la población madrileña, como es Diego de León, calle de Torrijos y adyacentes que, al igual que en el centro, muestran corrientemente gran afluencia de compradores.

Los barrios periféricos, especialmente Cuatro Caminos y Vallecas, disponen asimismo de un nutrido e importante comercio, sin olvidar los grandes almacenes, cada día mejor surtidos y que cada día también cuidan más sus instalaciones y escaparates.

Y para que nada falte en este bosquejo del comercio en Madrid citaremos finalmente la zona de la avenida del Generalísimo en las inmediaciones del Estado Santiago Bernabéu, escenario de las luchas del

famoso equipo de fútbol Real Madrid, que constituye un importantísimo centro comercial independiente, como corresponde a esta zona, una de las más pobladas de Madrid.

Aquí residen un gran número de súbditos norteamericanos que, incluso han impuesto, por decirlo así, una nomenclatura «made in USA», por lo que no es difícil ver rótulos con las palabras «Drug Store», «Laundry», etc., etc., a los que acuden tantos madrileños como norteamericanos.

Más, mucho más podría escribirse sobre las compras en Madrid, pero necesitaríamos un espacio del que no disponemos. Por otra parte, creemos que nuestro pequeño bosquejo es más que suficiente para reafirmar que Madrid es una de las grandes capitales del mundo, donde ir de compras o ver escaparates constituye realmente una grata distracción para quien tenga tiempo para ello.

M. L. N. R.



Ayuntamiento de Madrid

Este número de nuestra Revista es una aportación más del Ayuntamiento de Madrid a la celebración de la Semana de Madrid en Nueva York, organizada por la Cámara Española de Comercio en los Estados Unidos de América.

Se ha pretendido ofrecer a los norteamericanos una imagen, acaso muy incompleta, pero verdadera, de la vieja y renovada Villa del Oso y el Madroño; una imagen trazada a ritmo periodístico, que los habituales lectores de la Revista advertirán, sin duda.

Con los cronistas de la Villa colaboran en este número algunos de los periodistas que habitualmente desarrollan tareas informativas en el Ayuntamiento. A todos, nuestra gratitud por el interés y diligencia con que realizaron la colaboración que les fue solicitada, ya que ha sido la forzada limitación de tiempo el más difícil obstáculo superado, gracias, en gran parte, al magnífico esfuerzo de la imprenta. Estas anormales circunstancias con que el presente número ha sido realizado nos permiten rogar que sepan disculparse las pequeñas deficiencias que se adviertan. Nos interesa subsanar una errata que aparece en el artículo "Madrid, la primera plaza de toros del mundo": donde dice "que su antecesor Carlos III...", decía el original manuscrito del autor "que más tarde su sucesor Carlos III...". Y, una vez más, gracias.

Madrid, marzo de 1969.



